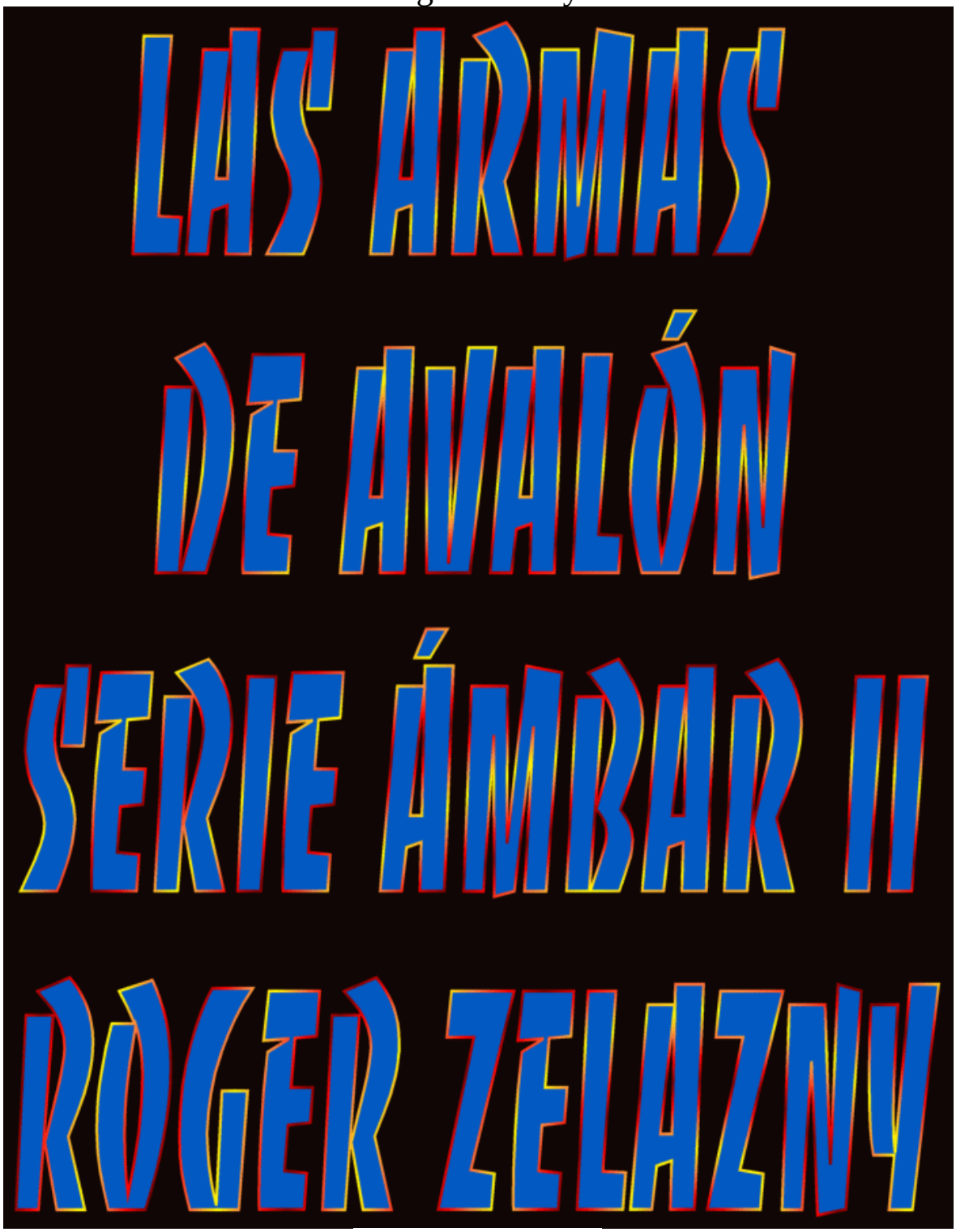
Las Armas de Avalón
Serie Ámbar II
Roger Zelazny



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

1

De pie en la playa, dije:

-Adiós, *Butterfly.*

Y el barco giró lentamente y se hizo a la mar. Regresaría de nuevo al puerto del faro de Cabra, lo sabía, ya que aquel lugar estaba cerca de la Sombra.

Volviéndome, contemplé la negra hilera de árboles que había cerca, sabiendo que me aguardaba un largo camino. Me dirigí hacia allí tratando de orientarme mientras avanzaba. En el silencioso bosque hacía un frío que anunciaba el amanecer, y le revivía a uno.

Quizá me faltaban cerca de veinte kilos para tener el peso normal y esporádicamente todavía veía doble, pero estaba mejorando. Había escapado de las mazmorras de Ámbar y me había recuperado, con la ayuda de Dworkin el loco y del borracho Jopin, por ese orden. Tenía que encontrar un lugar, un lugar que se asemejara a otro sitio... uno que ya no existía. Localicé el sendero y avancé.

Al rato, me detuve ante un árbol hueco que tenía que estar allí. Introduje la mano, extraje mi espada de plata y me la ceñí. No importaba que hubiera estado en algún lugar de Ámbar. Ahora se hallaba allí, pues el bosque por el que caminaba estaba en la Sombra.

Continué durante varias horas, manteniendo el sol a la espalda en algún lugar detrás de mi hombro izquierdo. Luego descansé un rato, y seguí adelante. Era reconfortante ver las hojas y las rocas y los troncos muertos de los árboles, y los que rebosaban vida, la hierba, la oscura tierra. Era reconfortante sentir todos los pequeños olores de la vida, y escuchar sus sonidos: zumbidos/gorjeos/aleteos. ¡Dios! ¡Cómo apreciaba mis ojos! Tenerlos de nuevo después de casi cuatro años de negrura era algo que no podía expresar con palabras. Y estar caminando libre...

Continué. La brisa de la mañana agitaba mi raída capa. Con el rostro arrugado, y mi descarnada figura, debía aparentar más de cincuenta años. ¿Quién me hubiera reconocido por lo que era?

Caminaba cruzando la Sombra, hacia un lugar. Pero no llegué a él. Quizá de algún modo mi poder se había debilitado. Esto es lo que sucedió.

Encontré a siete nombres tendidos a un lado del camino; seis de ellos estaban muertos, yacían en diversos estados de rojo desmembramiento. El séptimo se hallaba medio reclinado, apoyando la espalda en el mohoso tronco de un roble anciano. Mantenía la espalda sobre el regazo y presentaba una gran herida húmeda en el costado derecho, por la que aún manaba sangre. No llevaba armadura, aunque algunos de los otros la tenían. Sus ojos grises, aunque vidriosos, estaban abiertos. Tenían los nudillos despellejados y su respiración era lenta. Bajo unas cejas poco pobladas, contemplaba como los cuervos les sacaban los ojos a los muertos.

No parecía verme.

Me coloqué la capucha y bajé la cabeza para que no viera mi rostro. Me acerqué.

En cierta ocasión le había conocido, o a alguien muy parecido a él.

Su espada se retorció y la punta se elevó al acercarme.

-Soy amigo -dije-. ¿Queréis un trago de agua?

Por un momento dudó, luego asintió.

-Sí.

Destapé la cantimplora y se la pasé.

Bebió un poco y tosió, luego bebió más.

-Gracias -dijo al devolvérmela-. Sólo lamento que no contenga algo más fuerte. ¡Maldita sea esta herida!.

-También tengo de eso, si estáis seguro de poder resistirlo.

Extendió la mano y yo saqué el tapón de una pequeña petaca y se la di. Debió toser durante unos veinte segundos después de beber un sorbo de la pócima que suele tomar Jópin.

Después sonrió con el lado izquierdo de la boca y parpadeó ligeramente.

-Mucho mejor -dijo-. ¿Puedo echarme un poco de esto en la herida? Me molesta derrochar buen whisky, pero...

-Usadlo todo si es necesario. Aunque pensándolo bien, parece que os tiembla la mano. Quizás sea mejor que os lo eche yo.

Asintió, y abrí su chaqueta de cuero y con la daga le hice un corte en la camisa hasta que la herida quedó al descubierto. Parecía una herida seria, profunda, que iba desde el torso a la espalda, unos centímetros por encima de la cadera. Tenía otras, aunque menos serias, en brazos, pecho y hombros.

La sangre seguía manando de la herida más grande; traté de secarla y limpiarla un poco con mi pañuelo...

-De acuerdo -dije-, apretad los dientes y mirad hacia otro lado-. Vertí el whisky.

Todo su cuerpo se arqueó en un gran espasmo, luego se tranquilizó y comenzó a temblar. Pero no gritó. No pensé que lo hiciera. Doblé el pañuelo y lo coloqué sobre la herida. Le vendé con una larga tira que había arrancado del borde de mi capa.

-¿Queréis otro trago? -le pregunté.

-De agua -dijo-. Luego me temo que dormiré.

Bebió; su cabeza se inclinó hasta que la barbilla descansó sobre el pecho. Se durmió, yo le hice una almohada y lo cubrí con las capas de los muertos.

Luego me senté a su lado y contemplé a los hermosos pájaros negros.

No me había reconocido. ¿Quién sería capaz? Si le hubiera confesado quién era, posiblemente me hubiera conocido. Creo que nunca nos habíamos encontrado realmente el hombre herido y yo.

Pero en un sentido peculiar, estábamos relacionados.

Yo caminaba por la Sombra, en busca de un lugar, un sitio muy especial. Había sido destruido, pero yo tenía el poder de recrearlo, ya que Ámbar proyecta una infinidad de sombras. Un hijo de Ámbar puede caminar entre ellas, y tal era mi herencia. Si lo deseas puedes llamarlos mundos paralelos, universos alternos tal vez, o productos de una mente trastornada. Yo las llamo Sombras, como todos los que poseen el poder de caminar entre ellas.

Seleccionamos una posibilidad y caminamos hasta que la alcanzamos. O sea que, en cierto sentido, la creamos. Pero dejémoslo así por el momento.

Había comenzado el viaje hacia Avalón.

Siglos atrás había vivido allí. Es una larga, complicada, arrogante y dolorosa historia, y quizá continúe con ella más adelante si tengo vida para desarrollar este relato.

Me estaba aproximando hacia mi Avalón cuando di con el caballero herido y los seis hombres muertos. Si hubiera elegido continuar, podría haber alcanzado un lugar donde los seis hombres yacieran muertos y el caballero permaneciera intacto... o un sitio donde él estuviera muerto y ellos riendo. Algunos dirían que realmente no importa, ya que todas estas cosas no son sino posibilidades y por lo tanto todas existen en algún lugar de la Sombra.

Cualquiera de mis hermanos y hermanas -con la posible excepción de Gérad y Benedict- ni siquiera se hubieran detenido a contemplar la escena. Sin embargo, yo me había vuelto un poco blanco. No siempre fui así, pero quizá la Sombra, la Tierra donde pasé tantos años, me suavizó un poco, y quizá mis penurias en las mazmorras de Ámbar me habían hecho recordar lo que era el sufrimiento humano. No lo sé. Sólo sé que no pude pasar de largo ante aquel herido tan parecido a un amigo mío de otro tiempo. Si susurrara mi nombre al oído de este hombre, quizá oyera cómo me envilecía, pero ciertamente escucharía un relato repleto de infortunios.

De acuerdo. Pagaría cierto precio: estaría con él hasta que se recobrara, luego me marcharía. No me ocasionaba ningún perjuicio y quizá al otro le hiciere algún bien.

Permanecí sentado allí observándole, y, al cabo de varias horas, despertó.

-Hola -dije, destapando la cantimplora-. ¿Otro trago?

-Gracias -dijo extendiendo una mano.

Contemplé cómo bebía, y, cuando me la devolvió, dijo:

-Perdonad que no me haya presentado. No me hallaba en buenas condiciones.

-Os conozco -dije. Llamadme Corey.

Pareció como si fuera a decir, ¿Corey de qué?, pero lo pensó mejor y asintió con la cabeza.

-Muy bien, Sir Corey, -dijo otorgándome ese rango-. Deseo daros las gracias.

-Me doy por recompensado al ver que parecéis estar mejor -le dije-. ¿Deseáis comer algo?

-Sí, por favor.

-Tengo algo de carne seca y un poco de pan que podría estar más fresco -dije-. También un gran trozo de queso. Comed todo lo que queráis.

Se lo alcancé y lo hizo.

-¿Y vos, Sir Corey?-inquirió.

-He comido mientras vos dormíais.

Con la mirada le indiqué los restos. Sonrió.

-¿Y matasteis a los seis solo?-pregunté.

El asintió.

-Buen alarde. ¿Qué tengo que hacer con vos ahora? Trató inútilmente de ver mi rostro.

-No entiendo -dijo.

-¿Hacia dónde os dirigís?

-Tengo unos amigos -contestó-a unas cinco leguas hacia el norte. Me dirigía allí cuando sucedió esto. Y dudo mucho que ningún hombre, ni el mismo Demonio, pueda llevarme a cuestas una legua. Si pudiese, levantarme, Sir Corey, os haríais una idea más cabal de mi tamaño.

Me puse de pie, desenvainé la espada y seccioné de un tajo una rama de unos seis centímetros de diámetro. Luego le quité las hojas y la corté a medida.

Corté otra, y con los cinturones y capas de los hombres muertos construí una camilla.

El observó hasta que finalicé la operación, luego comentó:

-Manejáis una espada mortal, Sir Corey... y parece de plata.

-¿Estáis en condiciones de viajar un poco?- le pregunté.

Cinco leguas apenas son unos veinticinco kilómetros.

-¿Y los muertos? inquirió.

- ¿Acaso queréis darles una decente sepultura cristiana? -dije-. ¡Que se pudran! La naturaleza se ocupará de lo suyo. Larguémonos de aquí, ya hieden.

-Al menos me gustaría verlos cubiertos. Lucharon bien.

Suspiré.

-Bueno, si esto va a contribuir a que durmáis bien por las noches… Como no tengo ninguna pala, les construiré un monumento de piedras. Aunque va a ser una tumba común.

-Me parece bien -dijo.

Extendí los seis cuerpos pegados uno a otro. Escuché que murmuraba algo, sospeché que sería una plegaria por los muertos.

Los fui cubriendo con piedras, formando un círculo. Los alrededores estaban llenos de rocas, así que trabajé deprisa, eligiendo las más grandes para acelerar las cosas. En eso cometí un error. Una de las rocas debía pesar unos ciento ochenta kilos, y yo no la hice rodar. La alcé y la coloqué.

Oí un suspiro de admiración, y me di cuenta de que él lo había notado.

Me puse a jadear:

-¡Maldición, he estado a punto de quebrarme con esa piedra!- exclamé, a partir de entonces las elegí más pequeñas.

Cuando finalicé, dije:

-Ya está.

-¿Listo para partir?

-Sí.

Lo alcé en brazos y le coloqué sobre la camilla. Al moverlo apretó los dientes.

-¿Adonde vamos?-le pregunté.

El señaló.

-Retornad al sendero. Seguidlo hacia la izquierda hasta que se bifurque. Entonces hacia la derecha, os proponéis...?

Levanté la camilla en brazos, sosteniéndole a él como si fuese un bebé, con cuna y todo.

Entonces me volví y retorné al sendero, con él a cuestas.

-¿Corey?-dijo.

-¿Sí?

-Sois uno de los hombres más fuertes que haya conocido jamás y me parece que debería conoceros.

No le respondí inmediatamente. Luego dije:

-Trato de mantenerme en buenas condiciones. Una vida sana y todo eso.

-…Y vuestra voz me suena un tanto familiar.

Me miraba tratando todavía de ver mi rostro.

Decidí cambiar de tema rápidamente.

-¿Quiénes son estos amigos vuestros a los que os llevo?

-Nos dirigimos hacia la Fortaleza de Ganelón.

-¡Esa rata!-dije, casi sin querer.

-No entiendo la palabra que utilizasteis, pero creo que es un término insultante -dijo- por el tono de vuestra voz. Si tal es el caso, debo ser su defensor en...

-Conteneos -dije-. Tengo la sensación de que estamos hablando de dos personas diferentes con el mismo nombre. Lo siento.

Continuamos hasta que llegué al sendero, y entonces giré hacia la izquierda.

Nuevamente se quedó dormido, y en ese lapso aceleré el paso, cogiendo la bifurcación de la que me había hablado y corriendo mientras dormía. Comencé a preguntarme acerca de los seis hombres que habían tratado de matarlo y que casi lo logran. Esperaba que no tuvieran amigos en las cercanías.

Cuando su respiración cambió, volví a disminuir el paso hasta caminar con lentitud.

-Me quedé dormido -dijo.

-...y roncabais -añadí.

-¿Habéis avanzado mucho?

-Alrededor de dos leguas, diría yo.

-¿Y no estáis cansado?

- Un poco -dije-, pero no lo suficiente para necesitar todavía descanso.

-*Mon Dieu* - exclamó -. Estoy contento de no haberos tenido nunca por enemigo. ¿Seguro que no sois el Demonio?

-¡Pues claro! -dije-. ¿No oléis el azufre? Y la pezuña derecha me está matando.

Pero antes de reír olfateó el aire un par de veces, lo que hirió un poco mis sentimientos.

Según mis cálculos habíamos recorrido ya más de cuatro leguas. Esperaba que se durmiera nuevamente y que no se preocupara mucho acerca de las distancias. Los brazos comenzaban a dolerme.

-¿Quiénes eran esos seis hombres a los que matasteis?-le pregunté.

-Guardianes del Círculo -replicó-, y ya no eran hombres, sino seres poseídos. Rezadle a Dios, Sir Corey, para que sus almas descansen en paz.

-Guardianes del Círculo? -le pregunté-. ¿Qué círculo?

-El Círculo oscuro: ese lugar de iniquidad y repugnantes bestias... -respiró profundamente-. La fuente de los males que yacen sobre esta tierra .

-Esta tierra no me parece especialmente asolada por ningún mal- dije.

-Nos hallamos aún lejos del lugar, y el reino de Ganelón todavía es demasiado fuerte para los invasores. Pero el Círculo se ensancha. Tengo el presentimiento de que la última batalla se librará aquí.

-Habéis despertado mi curiosidad con vuestras palabras.

-Sir Corey, si no conocéis nada sobre el asunto, será mejor que lo olvidéis. Rodead el Círculo y seguid vuestro camino. Aunque me encantaría luchar a vuestro lado, esta no es vuestra lucha; y no hay quién pueda predecir el resultado.

El sendero comenzó a serpentear hacia arriba. Entonces, a través de un claro en los árboles, vi algo distante que me hizo detener. Me recordaba otro lugar similar.

-¿Qué...? -me preguntó mi carga, volviéndose. Luego añadió-: Habéis avanzado mucho más rápidamente de lo que hubiera imaginado. Aquella es nuestra meta, la Fortaleza de Ganelón.

Entonces pensé en cierto Ganelón. No quería hacerlo, pero lo hice.

Había sido un asesino traicionero y le había exiliado de Avalón siglos atrás. En realidad le proyecté a través de la Sombra hacia otro tiempo y lugar, tal como más tarde hiciera conmigo mi hermano Eric. Esperaba que éste no fuera el lugar al que lo había enviado. Aunque no era muy probable, sí era posible. El era un hombre mortal, con tiempo de vida limitada, y le había exiliado a aquel lugar seis siglos atrás, pero era posible que sólo hubieran transcurrido unos pocos años de tiempo de este mundo. También el tiempo es una función de la Sombra, y ni siquiera Dworkin conocía todos sus secretos. O quizá si los conocía. Tal vez fue eso lo que le volvió loco. Llegado a la conclusión de que lo más difícil con respecto al tiempo es crearlo. De cualquier modo, sentía que este no podía ser mi viejo enemigo (y antes ayudante de confianza), ya que *él* ciertamente no se encontraría aquí ofreciendo resistencia a ninguna ola de iniquidad que estuviera asolando el país. Estaba seguro de que si se trataba de él, apoyaría a las repugnantes bestias.

Quien me preocupaba era el hombre que llevaba ahora. Su otro yo, por la época en la que se produjo el exilio, estaba viviendo en Avalón, lo que significaba que el lapso de tiempo transcurrido podría ser el correcto.

No tenía ningún interés en encontrar al Ganelón que había conocido y ser reconocido por él. El no sabía nada acerca de la Sombra. Sólo sabría que yo le había aplicado alguna oscura magia, como pena alternativa a la de muerte, y el haber sobrevivido quizá fuera el más duro de los dos castigos.

Pero el hombre que llevaba en brazos necesitaba descanso y un refugio, así que continué.

Aunque me preguntaba...

Había algo en mí que este hombre reconocía. Si en este país, parecido y distinto a Avalón, existían algunos recuerdos de una sombra de mí mismo, ¿qué forma tomarían? ¿Cómo condicionarían la recepción de mi auténtico «yo» en caso de ser descubierto?

El sol comenzaba a ponerse. Surgió una fresca brisa anticipando la fría noche. Mi carga estaba roncando otra vez, por lo que decidí correr la mayor parte de la distancia que faltaba. No me gustaba la sensación de que este bosque, al llegar la oscuridad de la noche, pudiera convertirse en un lugar con extraños habitantes de algún maldito Círculo del que no conocía nada, y que parecían tener controlados los alrededores de la propiedad de Ganelón

Así que corrí a través de crecientes sombras, evitando pensar en persecución, emboscada o vigilancia hasta que no pude evitar más estos pensamientos. Habían alcanzado fuerza de premonición; y oí los ruidos a mi espalda: un suave *pat-pat-pat* de pisadas.

Dejé la camilla en tierra y desenvainé la espada mientras me volvía.

Había dos de ellos, con forma de gato.

Sus rasgos eran precisamente de gatos siameses, sólo que del tamaño de tigres. Tenían ojos de un sólido color amarillo brillante como el sol, sin pupilas. Se sentaron sobre las patas traseras al volverme yo y me contemplaron sin parpadear. Se hallaban a unos treinta pasos de distancia. Me coloqué de costado entre ellos y la camilla, esgrimiendo la espada.

Entonces, el de la izquierda abrió la boca. Yo no sabía si esperar un maullido o un rugido.

En cambio, habló. Dijo:

-Hombre, extremadamente mortal.

El sonido de la voz no era humano. .Era demasiado aguda.

-Y sin embargo aún vive -dijo el segundo-, como el otro.

-Mátalo - ordenó el primero.

-¿Y al que lo protege con la espada que no me gusta nada?

-¿Mortal?

-Ven a averiguarlo -dije con suavidad.

-Es delgado, y quizá sea viejo.

-Y sin embargo, trajo al otro desde la fosa hasta aquí, velozmente y sin descansar. Rodeémoslo.

Salté hacia adelante justo cuando ellos se levantaban. El que estaba a mi derecha saltó hacia mí.

Mi espada le partió el cráneo y continuó hasta los hombros. Mientras me volvía, liberándola, el otro pasó rápidamente a mi lado dirigiéndose hacia la camilla. Blandí frenéticamente el arma.

Le cayó sobre el lomo y atravesó completamente su cuerpo. Emitió un grito agudo que rascó como una tiza sobre una pizarra mientras caía partido en dos y comenzaba a arder. El otro también estaba ardiendo.

Pero el que había partido por la mitad aún no estaba muerto. Volvió la cabeza hacia mí y aquellos centelleantes ojos sostuvieron los míos.

-Muero la muerte final -dijo- y así te conozco. Tú eres el que abrió el camino. ¿Por qué nos matas?

Y las llamas consumieron su cabeza.

Me volví, limpié la espada y la envainé. Recogí la camilla, ignorando todas las preguntas, y emprendí la marcha.

Tuve una ligera intuición acerca de lo que era la cosa y lo que había querido decir.

Y todavía, a veces, veo en sueños esa ardiente cabeza de gato, y me despierto transpirando y temblando, y la noche parece más oscura y llena de formas que no puedo definir.

La Fortaleza de Ganelón tenía un foso que la circundaba, y un puente levadizo que estaba alzado. Había una torre en cada una de las cuatro esquinas donde convergían las altas murallas. Dentro de aquellas murallas se elevaban muchas otras torres, aún más altas, acariciando los vientres de las bajas y oscuras nubes, ocultando las tempranas estrellas, proyectando sombras de azabache por la pendiente de la alta colina que realzaba la Fortaleza. Varias de las torres ya estaban iluminadas, y el viento me trajo leves ecos de voces.

Bajé mi carga a tierra, y de pie ante el puente levadizo, hice bocina con las manos, y grité:

-¡Hola! ¡Ganelón! ¡ Somos dos viajeros desamparados en la noche!

Escuché el repiqueteo del metal sobre la piedra. Sentí que estaba siendo estudiado desde algún lugar por encima de mí. Escudriñe en la oscuridad, pero mis ojos no estaban todavía completamente normales.

-¿Quién va? -descendió la voz, alta y estruendosa.

-Lance, que está herido, y yo, Corey de Cabra, que le traje hasta aquí.

Esperé mientras le gritaba la información a otro centinela, y escuché elevarse otras voces transmitiendo el mensaje a su vez.

Después de una pausa de varios minutos, llegó la respuesta de la misma manera.

El guardia llamó:

-¡Manteneos alejados! ¡Vamos a bajar el puente! ¡Podéis entrar!

Los crujidos comenzaron mientras hablaba, y en un breve lapso la rampa retumbó contra la tierra de nuestro lado del foso. Alcé una vez más mi carga y atravesé el puente.

De este modo llevé a Sir Lancelot du Lac, a la fortaleza de Ganelón, de quien me fiaba como de un hermano. Es decir, absolutamente nada.

Un enjambre de gente se apiñó a mi alrededor. Me encontré rodeado de hombres armados. Sin embargo, no mostraban ningún tipo de hostilidad, sólo preocupación. Había entrado en un gran patio adoquinado, iluminado por antorchas y lleno de camastros. Podía sentir el olor del sudor, del humo, de los caballos, mezclados con olores de comida. Allí dentro se encontraba acuartelado un pequeño ejército.

Muchos se habían aproximado, miraban y murmuraban. Se acercaron entonces dos hombres que iban completamente armados, como para una batalla, y uno tocó mi hombro.

-Venid por aquí -dijo.

Los seguí y ellos se colocaron a mis costados. El círculo de gente se abría para dejarnos paso. El puente levadizo ya estaba crujiendo nuevamente al ser alzado. Avanzamos hacia el complejo principal, de piedra oscura.

Dentro, caminamos a lo largo de un pasillo y atravesamos lo que parecía ser un cámara de recepción. Llegamos ante una escalera. El hombre de mi derecha me indicó que podía subir. En el segundo piso, nos detuvimos ante una pesada puerta de madera y el guardia dio unos golpes.

-Entrad -dijo una voz que desafortunadamente parecía muy familiar.

Entramos.

Estaba sentado ante una pesada mesa, cerca de un amplio ventanal que daba al patio. Llevaba chaqueta de cuero marrón sobre una camisa negra, y sus pantalones, también negros, formaban bombachos sobre las oscuras botas. Alrededor de su cintura un ancho cinturón sostenía una daga con empuñadura de pezuña. Tenía delante, sobre la mesa, una espada corta. Su cabello y barba eran rojos, con destellos blanquecinos. Los ojos, oscuros como el ébano.

Me miró, luego dirigió su atención a un par de guardias que entraban con la camilla.

-Ponedlo en mi cama -dijo-. Roderick, atiéndelo.

Su médico, Roderick, era un hombre viejo que parecía inofensivo, lo que de algún modo me tranquilizo. No había transportado tanto trecho a Lance para que ahora lo desangraran.

Entonces Ganelón se volvió hacia mí otra vez.

-¿Dónde lo encontrasteis? -preguntó.

-Cinco leguas al sur -dije.

Me estudió demasiado profundamente, y sus labios, parecidos a gusanos, se arquearon con casi una sonrisa debajo del bigote.

-¿Qué tenéis vos que ver en este asunto? -preguntó.

-No sé lo que queréis decir -dije.

Había dejado que mis hombros se hundieran un poco. Hablaba lentamente, con suavidad, y con un ligero tartamudeo. Mi barba era más larga que la suya, y blanqueada por el polvo. Pensé que debía parecer un hombre más viejo. Su actitud al examinarme tendía a indicar que pensaba así.

-Os pregunto por qué le ayudasteis -dijo.

-Por fraternidad humana, y todo eso -repliqué.

-¿Sois forastero?

Asentí.

-Bien, sois bienvenido aquí por tanto tiempo como deseéis permanecer.

-Gracias. Probablemente me marche mañana.

-Ahora, tomad conmigo un vaso de vino y contadme las circunstancias en que lo encontrasteis.

Así lo hice.

Ganelón me dejó hablar sin interrumpirme en ningún momento, y aquellos penetrantes ojos suyos estuvieron sobre mí constantemente. Siempre había pensado que eso de que los ojos hieren era una engañosa forma de hablar. No lo veía así aquella noche. Los de Ganelón apuñalaban. Me pregunté qué sabía y qué estaba adivinando acerca de mí.

Luego la fatiga me asaltó, me cogió por el cuello. El esfuerzo que había realizado, el vino, el calor de la habitación... todo esto se unió, y repentinamente fue como si me encontrara en alguna esquina y me estuviera escuchando a mí mismo, contemplándome, sintiéndome dividido. Aunque todavía era capaz de realizar grandes esfuerzos en períodos breves, me di cuenta de que estaba por debajo de mi nivel en cuanto a resistencia. También noté que las manos me temblaban.

-Lo siento -me escuché decir-. El cansancio del día está comenzando a poder conmigo.

-Por supuesto -dijo Ganelón-. Mañana hablaré con vos nuevamente. Ahora dormid. Que descanséis.

Llamó a uno de los guardias y le ordenó que me condujera a una habitación. Debí tambalearme por el

camino, porque recuerdo la mano del guardia en mi codo, sosteniéndome.

Aquella noche dormí el sueño de los muertos. Un sueño grande y negro, de unas catorce horas de duración.

Por la mañana me dolía todo el cuerpo.

Me bañé. Había una bañera al fondo de mi habitación, con jabón y un paño para frotar el cuerpo que alguien había colocado acertadamente

a su lado. Sentía la garganta llena de serrín y tenía los ojos completamente nublados.

Me senté y me palpé el cuerpo.

Hubo un tiempo en que podría haber cargado con Lance toda aquella distancia sin sentirme molido después. Hubo un tiempo en que escalé toda la ladera de Kolvir peleando, abriéndome camino con la espada, hasta llegar al mismo corazón de Ámbar.

Aquellos días ya habían desaparecido. De repente me sentí como la ruina que debía parecer.

Tenía que hacer algo al respecto.

Había estado recuperando peso y fuerzas lentamente. Debía acelerar el proceso.

Decidí que una semana o dos de vida sana y ejercicio violento podrían ayudarme mucho. Ganelón no había dado ninguna señal de reconocerme. Pues muy bien. Me aprovecharía de la hospitalidad que me había ofrecido.

Tras esta decisión, busqué la cocina y me preparé un abundante desayuno. Bien, realmente ya era la hora de la comida, pero llamemos a las cosas por su nombre. Sentía un fuerte deseo de fumar y me daba cierta alegría perversa no tener tabaco. El Destino estaba conspirando para ayudarme en mi recuperación.

Salí al patio; hacía un día radiante y lleno de vida. Pasé largo rato observando a los hombres allí acuartelados mientras cumplían su régimen de entrenamiento.

En la parte más lejana había arqueros lanzando flechas a blancos sujetos a balas de heno. Noté que utilizaban anillos para los pulgares y que cogían la cuerda al estilo oriental, en vez de utilizar la técnica de los tres dedos, con la que yo me sentía más a gusto. Aquello me hizo preguntarme muchas cosas con respecto a esta Sombra. Los espadachines usaban tanto el filo como la punta de sus armas, exhibiendo cierta variedad en espadas y técnicas de esgrima. Traté de calcular cuántos había, y estimé que habría unos ochocientos hombres a la vista, pero no tenía ni idea de cuántos más podría haber. Sus complexiones físicas, su cabello, sus ojos, iban desde el pálido hasta un oscuro intenso. Escuché muchos acentos extraños por encima del ruido que producían, aunque la mayoría hablaba la lengua de Avalón, que pertenece a la misma familia que la de Ámbar.

Mientras permanecía observándoles, un espadachín alzó una mano, bajó la espada, se enjugó la frente y dio un paso atrás. Su oponente no parecía estar especialmente cansado. Era la oportunidad de realizar algunos de los ejercicios que buscaba.

Me adelanté, sonreí y dije:

-Soy Corey de Cabra. Te estaba contemplando.

Me dirigí al hombre moreno y grande que sonreía a su oponente mientras éste descansaba.

-¿Puedo practicar contigo mientras descansa tu amigo? -le pregunté.

Continuó sonriendo y se señaló la boca y los oídos. Intenté con varios lenguajes más, pero no tuve éxito con ninguno. Así que señalé la espada, a él, y a mí hasta que comprendió. Su oponente pensó que era una buena idea y me ofreció su espada.

Era más corta y mucho más pesada que Grayswandir. (Ese es el nombre de mi espada; aunque no lo he mencionado hasta ahora. Tiene una larga historia, quizá te la cuente antes de que te enteres de qué es lo que me trajo hasta aquí; o tal vez no. Pero si me oyes mencionar de nuevo su nombre, ya sabrás a qué me refiero).

Hice unas cuantas fintas con la espada para probarla, me quité la capa, arrojándola a un lado, e hice la señal de en guardia.

El grandullón atacó. Le bloqueé y ataqué. El hizo lo mismo y lanzó una estocada de contragolpe. Detuve su contraataque, amagué y ataqué. Etcétera. A los cinco minutos, tenía ya claro que él era bueno. Y que yo era mejor. Detuvo la lucha dos veces para que pudiera enseñarle una maniobra que yo había usado. Aprendió ambas muy rápidamente. Al cabo de quince minutos, su sonrisa se ensanchó. Creo que ese debía ser el punto por el que vencía a la mayoría de sus oponentes: por mera capacidad de resistencia, si los otros tenían la suficiente categoría como para aguantar sus ataques iniciales. Tenía mucha resistencia, debo reconocerlo. A los veinte minutos apareció en su rostro una expresión de desconcierto. Yo no tenía el aspecto de poder resistir tanto tiempo. Pero realmente, ¿puede algún hombre saber lo que se esconde tras un vástago de Ámbar?

Veinticinco minutos. Él estaba bañado en sudor, pero continuaba. Mi hermano Random, en algunas ocasiones parece actuar como un asmático adolescente: pero una vez estuvimos practicando esgrima veintiséis horas para ver quién abandonaba primero. (Si tienes curiosidad por saberlo, fui yo. Tenía una cita para el día siguiente y quería llegar en condiciones razonablemente aceptables). Podríamos haber continuado. Aunque en ese momento no me encontraba en condiciones como para mantener una lucha tan larga, sabía que podría resistir más que mi oponente. Al fin y al cabo, él era solamente humano.

Aproximadamente hacia la media hora, el hombre ya respiraba pesadamente, se volvió más lento en los contraataques y me di cuenta de que en pocos minutos podría aceptar que yo ganaba.

Alcé la mano y bajé la espada, tal como vi que había hecho mi anterior émulo. El también se detuvo, luego se abalanzó hacia delante y me dio un abrazo. No entendí lo que dijo, pero pude comprender que estaba satisfecho del combate. Yo también. Lo más horrible era que realmente lo sentía. Me sentía un tanto peleón.

Pero necesitaba más. Me prometí que me mataría, que me pasaría todo el día entrenando, y que por la noche me llenaría de comida; y que luego dormiría profundamente, para despertar y empezar de nuevo.

Así que me dirigí hacia donde se encontraban los arqueros. Al rato, pedí prestado un arco y, con mi estilo de los tres dedos, lancé aproximadamente cien flechas. Luego, durante un tiempo, observé a los jinetes, con sus lanzas, escudos y mazas. Proseguí. Contemplé algunas prácticas de combate mano a mano.

Finalmente, luché contra tres hombres, uno tras otro. Después me sentí exhausto. Absolutamente. Completamente.

Me senté en un banco a la sombra, sudando, respirando pesadamente. Me pregunté por Lance, Ganelón, por la cena. Al cabo de unos diez minutos, regresé a la habitación que me habían asignado y me bañé de nuevo.

Estaba ya terriblemente hambriento, así que me encaminé a buscar cena *e* información.

Antes de que me alejase de la puerta, se me acercó uno de los guardias, a quien reconocí de la noche anterior: era el que me había guiado hasta mi habitación.

-Lord Ganelón os ruega que os reunáis con él en sus cámaras cuando suene la campana de la cena.

Se lo agradecí, asegurando que no faltaría; retorné a mi habitación y me tumbé en la cama hasta que fue la hora. Entonces me puse en camino.

El cuerpo comenzaba a dolerme terriblemente y tenía algunas magulladuras más. Decidí que aquello era mejor, pues me ayudaría a parecer más viejo. Llamé a la puerta de Ganelón. Un muchacho me hizo entrar y se fue enseguida a ayudar a otro que estaba colocando una mesa cerca de la chimenea.

Ganelón llevaba camisa y pantalones verdes, botas y cinturón del mismo color, y estaba sentado en una silla de respaldo alto. Cuando entré, se incorporó y vino a saludarme.

-Sir Corey, he oído contar vuestras hazañas de hoy -dijo, estrechando mi mano-. Ahora puedo entender que hayáis cargado con Lance tanto trecho. Debo decir que sois más hombre de lo que parecéis... sin pretender ofenderos con ese comentario.

Me reí.

-No hay ofensa.

Me condujo a una silla, alcanzándome un vaso de vino blanco que, para mi gusto, se pasaba un poco de dulce, y luego dijo:

-Al veros, diría que se os puede tumbar con una mano... pero habéis transportado a Lance en vuestros brazos durante cinco leguas y por el camino matasteis a dos de esos gatos malditos. El mismo me ha hablado acerca de la tumba que construisteis con piedras grandes...

-¿Cómo se siente hoy Lance? - interrumpí.

-Tuve que colocar un guardia en su cámara para asegurarme de que descansaría. El muy terco quería levantarse y echar un vistazo por los alrededores. ¡Por Dios!, permanecerá toda la semana en cama.

-Entonces, ya se siente mejor.

Asintió.

-Por su salud.

-Por su salud.

Bebimos, luego dijo:

-Si tuviera un ejército de hombres como Lance y vos, la historia quizá habría sido diferente.

-¿Qué historia?

-La del Círculo y sus Guardianes -dijo-. ¿No habéis oído hablar de ello?

-Lance me lo mencionó. Eso es todo.

Un mozo colocó un gran trozo de buey en el asador, encima de un fuego bajo. Esporádicamente, giraba el asador y derramaba un poco de vino sobre la carne. Siempre que el olor me llegaba, mi estómago hacía ruido y Ganelón se reía entre dientes. El otro criado se fue a la cocina a buscar pan.

Ganelón permaneció en silencio largo tiempo. Terminó el vino y se sirvió otra copa. Yo bebía lentamente.

-¿Habéis oído hablar alguna vez de Avalón? -preguntó finalmente.

-Sí -repliqué-. Hace mucho tiempo le oí a un bardo trotamundos cantar unos versos: «Más allá del Río de los Benditos nos sentamos, así, y lloramos cuando recordamos Avalón. Llevábamos en la mano espadas rotas, y nuestros escudos pendían del roble. Las torres de plata habían caído en un mar de sangre. ¿A cuántas millas se encuentra Avalón? A ninguna, digo, y a todas. Las torres de plata han caído».

-¿Avalón caída...? -dijo.

-Creo que el hombre estaba loco. No conozco ninguna Avalón. aunque los versos se me quedaran grabados.

Ganelón apartó su rostro y se quedó varios minutos mudo. Cuando habló, su voz parecía cambiada.

-La hubo -dijo-. Existió tal lugar. Yo viví allí, hace años. No sabía que hubiese caído.

-¿Cómo habéis venido aquí desde aquel lugar? -le pregunté.

-Fui exiliado por su Señor, el mago Corwin de Ámbar. Me envió a través de la locura y la oscuridad a este sitio para que sufriera y muriera aquí; y vive Dios que sufrí y muchas veces estuve al borde del último sueño. Intenté encontrar el camino de regreso, pero nadie lo conoce. He hablado con hechiceros, incluso con una criatura del Círculo que

capturamos, antes de matarla. Pero nadie conocía el camino de Avalón. Es como dice el poeta, «Ninguna milla, y todas» -dijo, citando mal mi poema-. ¿Recordáis el nombre del poeta?

-Lo siento, pero no.

-¿Dónde se encuentra el lugar del cual venís? Cabra.

-Muy lejos hacia el este, más allá de las aguas -dije-. Muy lejos. Es un reino-isla.

-¿Hay alguna posibilidad de que puedan proporcionarnos tropas? Puedo pagar bastante.

Negué con la cabeza.

-Es un lugar pequeño con un ejército reducido, y venir hasta esta tierra constituiría un viaje de varios meses por tierra y mar. Nunca han luchado como mercenarios y por eso no son guerreros.

-Vos parecéis muy diferente de vuestros compatriotas -dijo, mirándome una vez más.

Bebí algo de vino.

-Yo era maestro de armas -dije- de la Guardia Imperial.

-Entonces, ¿acaso» sintáis alguna inclinación a ser contratado para ayudar al entrenamiento de mis tropas?

-Me quedaré unas pocas semanas para poder hacerlo -dije.

Asintió, con los labios apretados en una sonrisa que duró un microsegundo. Luego dijo:

-Me entristece escuchar que la hermosa Avalón ha desaparecido. Pero si es así, eso significa que el que me exilió también está muerto-. Acabó su vaso de vino-. Así que llegó un tiempo en que ni siquiera el demonio pudo defenderse -musitó-. Es un pensamiento reconfortante. Quiere decir que quizá tengamos aquí posibilidades de vencer a nuestros propios demonios.

-Disculpadme -dije-. Si os referís a Corwin de Ámbar, deberéis saber que no murió en tales acontecimientos.

Por poco rompe el vaso que tenía en la mano.

- *¿Conocéis a Corwin?* -dijo.

-No, de oídas sólo - repliqué-. Varios años atrás conocí a uno de sus hermanos: un hombre llamado Brand. Me habló del lugar conocido como Ámbar, y de la batalla que libraron Corwin y un hermano suyo llamado Bleys -al frente de temibles hordas- contra su hermano Eric, que dominaba la ciudad. Bleys cayó de la montaña Kolvir y Corwin fue hecho prisionero. Después de la coronación de Eric, a Corwin le arrancaron los ojos y le encerraron en una de las mazmorras que existen debajo de Ámbar, donde quizá se encuentre si es que aún no ha muerto.

Conforme yo hablaba el rostro de Ganelón perdía el color.

-Todos esos nombres que habéis mencionado, Brand, Bleys, Eric -dijo-. En tiempos muy remotos le oí a él mencionarlos. ¿Cuánto hace que oísteis contar esto?

-Hace unos cuatro años.

-Merecería algo mejor.

-¿Después de lo que os hizo?

-Bien -dijo el hombre-, he tenido mucho tiempo para pensar en aquello, y desde luego no es que yo no le diese motivos para hacer lo que hizo. Era un hombre fuerte -más fuerte que vos o Lance, incluso- y era inteligente. En ocasiones podía ser también un buen compañero. Eric debía haberlo matado rápidamente y no del modo en que lo hizo. No siento ningún afecto hacia él, pero mi odio ha disminuido un poco. Ese demonio merecía una muerte algo mejor, eso es todo.

El segundo sirviente retornó con un cesto lleno de pan. El que había estado preparando la carne la quitó del asador y la colocó en una bandeja en el centro de la mesa.

Ganelón hizo un gesto.

-A comer -dijo. Se levantó y fue a la mesa.

Le seguí. Durante la comida hablamos poco.

Después de atiborrarme hasta que el estómago ya no admitió más, bebí con otro vaso de aquel vino demasiado dulce, y comencé a bostezar. Al tercer bostezo, Ganelón soltó una imprecación.

-¡Maldición, Corey! ¡Deteneos! ¡Es contagioso!

El ahogó también un bostezo.

-Tomemos un poco el aire -dijo, incorporándose.

Caminamos a lo largo de las murallas, pasando al lado de los centinelas que hacían las rondas. Tan pronto como veían quién se aproximaba se ponían firmes y saludaban a Ganelón. Este les decía dos palabras y continuábamos. Al llegar a una almena nos detuvimos a descansar, sentados sobre la piedra, aspirando el aire nocturno, frío y húmedo, lleno de aromas, del bosque. Observamos la aparición de las estrellas, una por una, en el cielo que se oscurecía. La piedra estaba fría. A lo lejos, me pareció detectar el brillo del mar. Oí a un pájaro nocturno oculto en algún lugar más abajo de nosotros. Ganelón extrajo una pipa y tabaco de una bolsa que llevaba al cinturón. La llenó, la aplastó, y finalmente la encendió. Con el resplandor intermitente de la pipa, su rostro hubiera parecido satánico de no ser porque su boca se curvó hacia abajo y los músculos de sus mejillas se tensaron en la dirección contraria formando un ángulo entre las esquinas interiores de sus ojos y el agudo puente de su nariz.

Se supone que un demonio debe tener sonrisa perversa, y éste parecía demasiado displicente.

Me llegó el aroma del humo. Al cabo de un tiempo comenzó a hablar, al principio lenta y suavemente.

-Recuerdo Avalón -comenzó-. Mi nacimiento allí no fue innoble, pero la virtud nunca formó parte de mis puntos fuertes. Pronto acabé con la herencia que había recibido y decidí entonces marcharme a los caminos para asaltar a los viajeros. Más tarde me uní a una banda de hombres parecidos a mí. Cuando descubrí que yo era el más fuerte y el más apto para el mando, me convertí en su líder. Pusieron precio a nuestras cabezas; la mía era la más cotizada.

Ahora hablaba más rápidamente, su voz se hizo más refinada y la elección de palabras parecía un eco de su pasado.

-Sí, recuerdo Avalón -dijo-, un lugar de plata y sombra y aguas frías, donde las estrellas brillaban como fogatas en la noche y donde el verde del día era siempre el verde de la primavera. En Avalón conocí la juventud, el amor, la belleza... Orgullosos monturas, metal brillante, labios suaves, cerveza negra. Honor...

Sacudió la cabeza.

-Un día -continuó-, cuando estalló en el reino la guerra, el soberano ofreció una amnistía total a los bandidos que lo siguieran para luchar contra los insurgentes. Era Corwin. Me pasé a su bando y fui a la guerra. Me convertí en oficial, y luego -más tarde- en miembro de su estado mayor. Ganamos las batallas y dominamos el alzamiento. Entonces Corwin reinó pacíficamente otra vez, y yo permanecí en su corte. Aquellos fueron los mejores años. Más tarde se produjeron algunas escaramuzas fronterizas, pero jamás nos crearon ningún problema. Me confió estas tareas para que las solucionara por él. Entonces concedió un Ducado para dignificar la Casa de un noble menor con cuya hija deseaba él casarse. Yo quería aquel Ducado, y él me había insinuado muchas veces que quizá un día fuera mío. Me puse furioso, y la siguiente vez que me envió a arreglar una disputa en la frontera sur, donde siempre había problemas, traicioné su mandato.

»Muchos de mis hombres murieron, y los invasores penetraron en el reino. Antes de que pudieran ser derrotados, el mismo Lord Corwin tuvo que empuñar nuevamente las armas. Los invasores habían entrado con gran fuerza, y yo pensé que conquistarían el reino. Esperaba que lo hicieran. Pero Corwin, con sus tácticas de zorro, los derrotó de nuevo. Yo huí, pero fui capturado y llevado ante él para recibir su sentencia. Lo maldije y le escupí. Jamás me inclinaría. Odiaba hasta el suelo que él pisaba, y un hombre condenado no tiene ningún motivo para enfrentarse a todo con gallardía y morir como un hombre. Corwin anunció que me tendría cierta misericordia por mis méritos pasados. Le dije que se guardara su misericordia, y entonces comprendí que se estaba burlando de mí. Ordenó que me soltaran y se aproximó. Yo sabía que podía matarme con sus propias manos. Traté de luchar con él, para nada. De un golpe me tumbó. Cuando desperté, estaba atado sobre la grupa de su caballo. El cabalgaba, insultándome todo el tiempo. Yo no contesté a nada. Cabalgamos a través de tierras maravillosas a veces y otras por lugares de

pesadilla; de ese modo conocí sus poderes mágicos: ya que nunca me he encontrado con ningún viajero que conociera los sitios que atravesamos aquel día. Después pronunció mi sentencia de exilio, me liberó en este lugar, dio media vuelta y se alejó.

Se detuvo a encender nuevamente la pipa, que se le había apagado, chupó varias veces y continuó:

-Recibí muchos golpes aquí a manos de hombres y bestias, y a duras penas logré salvar la vida. Me había abandonado en el lugar más siniestro del reino. Pero un día mi suerte cambió. Un caballero armado me ordenó salir del camino para que él pudiera pasar. En aquel momento a mí ya no me importaba la vida, o sea que le líeme hijo de puta sarnoso y le dije que se fuera al Demonio. Cargó contra mí, yo le cogí la lanza y bajé su punta hasta que se clavó en la tierra, desmontándolo. Con su propia daga, le dibujé una sonrisa debajo de la barbilla, y de este modo conseguí montura y armas. Entonces me dediqué a vengarme de los que me habían tratado mal. Retorné a mi vieja profesión de salteador de caminos y formé otra banda. Crecimos en número. Cuando tuve cientos de hombres, nuestras necesidades se hicieron considerables. Entonces entrábamos en cualquier pueblo y lo tomábamos. El ejército local nos temía. Esta también era una buena vida, aunque no tan espléndida como la de Avalón que nunca volveré a ver. Todas las posadas de los caminos llegaron a temer el trueno de nuestras monturas y los viajeros se ensuciaban los calzones cuando nos oían venir. ¡Ja! Esto duró varios años. Mandaron grandes destacamentos a localizarnos y destruirnos, pero siempre los evadíamos para tenderles una emboscada. Sin embargo, un día apareció el Círculo oscuro, sin que nadie sepa por qué.

Aspiró más vigorosamente la pipa, y su mirada se perdió en la lejanía.

-Me han dicho que comenzó como un diminuto anillo de hongos, muy lejos hacia el oeste. Se encontró a una niña muerta en su centro, y el hombre que la encontró -su padre- murió varios días después víctima de convulsiones. Inmediatamente se dijo que el lugar estaba maldito. En los meses que siguieron creció rápidamente, hasta que alcanzó media legua de diámetro. En su interior las hierbas se oscurecían y brillaban como el metal, pero no morían. Los árboles se retorcieron y sus hojas se volvieron negras. Se agitaban cuando no había ningún viento, y los murciélagos bailaban y volaban entre ellos. Al anochecer se podían ver extrañas figuras en movimiento -siempre *dentro* del Círculo- y había luces, como de pequeñas hogueras, durante toda la noche. El Círculo continuó creciendo, y todos los que vivían cerca huyeron en su mayoría. Unos pocos permanecieron. Se dijo que todos los que se quedaron habían hecho cierto trato con las cosas oscuras. Y el Círculo continuó ensanchándose, extendiéndose como la onda producida por una piedra en el agua. Más y más gente quedó viviendo en su interior. He hablado con esa gente, he luchado contra ellos, y los he matado. Es como si hubiera algo muerto en su interior. A sus voces les falta el énfasis

y la profundidad de la gente que mastica sus palabras, y las saborea. Muy rara vez expresan nada con sus rostros que son como máscaras de muerte. Comenzaron a salir del círculo en grupos, merodeando por los alrededores. Mataban caprichosamente y sin motivos. Cometieron muchas atrocidades y profanaron lugares sagrados. Siempre que abandonaban un sitio le prendían fuego. Nunca robaron objetos de plata. Después, al cabo de varios meses, comenzaron a aparecer otras criaturas que no eran hombres... con formas extrañas, como los gatos del infierno que vos matasteis. Entonces el Círculo creció más lentamente, casi imperceptiblemente, como si se estuviera acercando a alguna clase de límite. Pero surgían de él toda clase de expediciones -algunas incluso de día- que devastaban las zonas fronterizas. Una vez asolada una gran franja a su alrededor, el Círculo se amplió para abarcar también esas áreas. Y así su crecimiento comenzó nuevamente. El viejo rey Uther, que durante tanto tiempo me había perseguido, me olvidó completamente y envió a sus tropas a patrullar el maldito Círculo. También a mí comenzaba a preocuparme, ya que no me gustaba la idea de que alguna sanguijuela infernal me sorprendiera mientras dormía. Entonces reuní a cincuenta y cinco de mis hombres -fueron los únicos voluntarios, no quería cobardes- y una tarde entramos en ese lugar. Dimos con un grupo de hombres con cara de muertos que estaban quemando a una cabra viva sobre un altar de piedra, y caímos de improviso sobre ellos. Tomamos a un sólo prisionero, lo atamos a su propio altar y lo interrogamos allí. Nos dijo que el Círculo crecería hasta que cubriera toda la tierra, de océano a océano. Un día se cerraría sobre sí mismo en el otro lado del mundo. Nos dijo que si deseábamos salvar la piel debíamos unirnos a ellos. Entonces uno de mis hombres lo ensartó en su lanza y lo mató. Murió realmente, yo sé distinguir bien cuando un hombre muere. Lo he experimentado bastante a menudo. Pero mientras su sangre caía sobre la piedra, su boca se abrió y emitió la risa más estentórea que jamás oí en mi vida. Era como si los truenos nos hubieran rodeado. Entonces se sentó, sin respirar, y comenzó a arder. Mientras ardía, su silueta cambió hasta que fue la de una cabra -sólo que más grande- ardiendo sobre el altar. Entonces de la cosa surgió una voz. Dijo:

«Huye, hombre mortal! ¡Pero nunca dejaras este círculo!» Y creedme, ¡huimos! El cielo se ennegreció de murciélagos y otras... cosas. Oímos ruido de cascos. Cabalgamos con nuestras espadas en la mano, matando todo lo que se nos aproximaba. Había gatos como los que vos matasteis, y serpientes y cosas que saltaban, y Dios sabe qué más. Cuando nos acercábamos al borde del Círculo, una de las patrullas del rey Uther nos vio y vino en nuestra ayuda. Sólo dieciséis de los cincuenta y cinco hombres que entraron conmigo lograron salir. Y la patrulla perdió otros treinta hombres. Cuando vieron quién era yo, me trajeron preso a la corte. Aquí. Este era el palacio de Uther. Le dije lo que había hecho, lo que había visto y oído. Hizo conmigo lo que había hecho Corwin. Me ofreció a mí y a todos mis hombres una amnistía total si nos uníamos a él para luchar contra los Guardianes del Círculo. A la vista de la experiencia, comprendí que había que parar aquella plaga. Así que estuve de acuerdo. Entonces caí enfermo, y me han dicho que pasé tres días

delirando. Después de volver en mí quedé débil como un niño, y supe que todos los que habían entrado en el Círculo habían pasado por lo mismo. Tres habían muerto. Visité al resto de mis hombres, les conté la historia y todos se alistaron. Se reforzaron las patrullas alrededor del Círculo. Pero no habría forma de contenerlo; y en los años que siguieron, el Círculo siguió creciendo. Hubo muchos choques. Yo fui promovido hasta que me convertí en la mano derecha de Uther tal como una vez lo fuera de Corwin. Luego las luchas fueron algo más que simples escaramuzas. Grupos cada vez más grandes emergían de aquel agujero del infierno. Perdimos unas pocas batallas y tomaron alguno de nuestros puestos de avanzada. Entonces una noche emergió un ejército, un ejército -una horda- de hombres y de otros seres que habitan allí. Aquella noche nos enfrentamos a la fuerza más grande con la que nos habíamos encontrado hasta entonces. El mismo rey Uther salió a luchar contra mi parecer -ya que tenía demasiados años- y cayó aquella noche y la tierra quedó sin soberano. Yo quería que mi capitán, Lancelot, ocupara el puesto de mando ya que sabía que él era un hombre mucho más recto que yo... Y esta parte es extraña. Yo había conocido a un Lancelot, igual que él, en Avalón, pero este hombre no me conoció cuando nos encontramos. Es extraño... De cualquier modo, declinó, y se me confió a mí el puesto. Lo odio, pero aquí estoy. Los he mantenido a raya durante tres años ya. Todos mis instintos me dicen que me largue. ¿Qué le debo a esta maldita gente? ¿Qué me importa que el sangriento Círculo se ensanche? Podría atravesar el mar y llegar a una tierra a la que jamás se acercará el Círculo en los años que me quedan de vida, y olvidar todo este maldito asunto. ¡Maldición! ¡Yo no quería esta responsabilidad! ¡Pero ahora es mía!

-¿Por qué? -le pregunté, y el sonido de mi propia voz me resultó extraño.

Hubo silencio.

Vació su pipa. La rellenó. La encendió nuevamente y aspiró.

Hubo más silencio.

Entonces dijo:

-No lo sé. Yo soy capaz de apuñalar a un hombre por la espalda si él tiene un par de zapatos y yo los necesito para que no se me hielen los pies. Lo sé porque una vez lo hice. Pero... esto es diferente. Esto está dañando a todos, y yo soy el único que puede realizar la tarea. ¡Maldición! Sé que un día me enterrarán aquí junto con los demás. Pero no puedo marcharme. Mientras pueda, tengo que mantener a esa cosa alejada.

Mi cabeza estaba despejada debido al frío aire nocturno, que le dio a mi conciencia un segundo aire, por decirlo así, aunque sentía todo el cuerpo suavemente anestesiado.

-¿No podría mandarlos Lance? -le pregunté.

-Pienso que sí. Es un buen hombre. Pero hay otra razón. Creo que esa especie de cabra, fuera lo que fuere, que estaba en el altar me teme un

poco. Yo había entrado allí y me había dicho que nunca lograría salir, pero lo logré. Sobreviví también a la enfermedad que me aquejó después de aquello. Sabe que soy yo quien ha estado enfrentándosele todo este tiempo. En aquel sangriento combate en que murió Uther, vencimos nosotros, y de nuevo me encontré con la cosa bajo un aspecto diferente y me reconoció. Quizá esto contribuye actualmente a contenerla.

-¿Bajo qué aspecto?

-Era una cosa con forma humana pero con cuernos de chivo y ojos rojos. Estaba montada en un caballo moteado. Luchamos por un tiempo, pero la marea de la batalla nos apartó. Por suerte, ya que estaba venciéndome. Mientras nuestras espadas se cruzaban habló otra vez, y reconocí su voz. Me dijo que era un tonto y que jamás podía tener esperanzas de victoria. Pero cuando llegó la mañana, el campo era nuestro y les hicimos retroceder hasta el Círculo, causándoles estragos en la desbandada. El jinete del caballo moteado logró escapar. Se han producido otras salidas desde entonces, pero ninguna como la de aquella noche. Si yo dejara esta tierra, aparecería otro ejército como aquel. Lo están preparando ya. Aquella cosa de algún modo se enteraría de mi partida, igual que supo que Lance me traía otro informe de la disposición de las tropas dentro del Círculo, y envió a esos Guardianes para destruirlo cuando regresaba. Ahora ya debe saber de vos, y seguramente tratará de interpretar esta novedad. Se preguntará quién es ese hombre tan fuerte. Yo permaneceré aquí y lucharé contra ella hasta que caiga. Debo hacerlo. No me preguntéis por qué. Sólo espero que antes de que llegue el día, pueda al menos averiguar cómo llegó a suceder esto, *por qué* está ese Círculo ahí.

Entonces sentí un aletear cerca de mi cabeza. Rápidamente me eché a un lado para evitar lo que fuese. Aunque no era necesario. Sólo era un pájaro. Un pájaro blanco. Se posó sobre mi hombro izquierdo y permaneció allí, produciendo sonidos apagados. Alcé la muñeca y saltó sobre ella. Había una nota atada a su pata. La desaté, la leí, y la estrujé luego. Entonces fijé la mirada y la mente en distantes cosas invisibles.

-¿Qué sucede, Sir Corey? -gritó Ganelón.

La nota, que yo había enviado delante mío hacia mi destino, escrita por mi propia mano, transmitida por un pájaro de mi deseo, sólo podía llegar al lugar donde yo hiciese la escala siguiente.

No era precisamente este el lugar que había tenido yo en mente.

Sin embargo, pude entonces comprender mi propia profecía.

-¿Qué es? -preguntó-. ¿Qué es lo que tenéis? ¿Un mensaje?

Asentí y se lo pasé.

No podía tirarlo ya que él lo había visto.

Decía «Llegaré», y llevaba mi firma. Ganelón aspiró la pipa y lo leyó a su resplandor.

-¿El, vivo? ¿Y vendrá *aquí!* -exclamó.

-Eso parece.

-Es muy extraño -dijo-. No entiendo nada...

-Parece como una promesa de ayuda -dije, despidiendo al pájaro, que gorjeó dos veces, voló alrededor de mi cabeza y se fue.

Ganelón sacudió la cabeza.

-No lo entiendo.

-¿Por qué contar los dientes de un caballo que puede venir regalado? -dijo-. Vos tan sólo habéis conseguido contener a esa cosa.

-Cierto -aceptó-. Quizá él pueda destruirla.

-Y quizá tan sólo sea una broma -le dije-. Una broma cruel.

El negó con la cabeza.

-No. Ese no es su estilo. Me pregunto qué persigue.

-Será cosa de consultarlo con la almohada -le sugerí.

-Por el momento es lo único que puedo hacer -dijo, ahogando un bostezo.

Nos levantamos, recorrimos la muralla de vuelta, nos despedimos y yo me tambaleé hacia el foso del sueño y caí tendido en él.

2

Otro día. Más molestias. Más dolores.

Alguien me había dejado una capa nueva de color marrón, que me pareció apropiado. Especialmente si ganaba peso y Ganelón recordaba mis rasgos. No me afeité la barba ya que él me había conocido con menos pelo. Me producía dolores el esfuerzo de disimular la voz cada vez que él estaba presente. Escondí a Grayswandir debajo de la cama.

Durante toda la semana siguiente me sometí a una disciplina despiadada. Trabajé, sudé y me esforcé hasta que desaparecieron los dolores y mis músculos volvieron a tensarse. Creo que en aquella semana aumenté siete kilos. Lentamente, muy lentamente, comencé a sentirme como mi antiguo yo.

El país se llamaba Lorraine, y ese era el nombre de ella. Si tuviera deseos de contarte cuentos, te diría que nos conocimos en un prado detrás del castillo, cuando ella estaba recogiendo flores y yo caminaba haciendo ejercicio y tomando aire puro. Estupideces.

Para definirla diplomáticamente te diré de ella que era una seguidora del ejército. La encontré al finalizar un día de trabajo duro, principalmente de práctica con el sable y la maza. Ella estaba de pie a un lado atenta a su cita cuando la vi por primera vez. Sonrió y yo le devolví la sonrisa, la saludé con la cabeza, guiñé un ojo y seguí adelante. Al día siguiente la vi de nuevo y al pasar por su lado le dije: «Hola». Eso es todo.

Bien, continué encontrándomela. Al finalizar la segunda semana, cuando ya los dolores me habían desaparecido, pesaba más de ochenta kilos y me sentía como antes, concerté un encuentro con ella una noche. Para entonces yo estaba al tanto de su oficio y no me importaba. Pero aquella noche no hicimos lo que se suele hacer. No.

En vez de eso, hablamos, y entonces sucedió otra cosa.

Su cabello era de color rojizo con unos pocos trazos de gris. Aunque creo que tenía menos de treinta años. Los ojos, eran muy azules. Una barbilla ligeramente en punta. Tenía dientes blancos y parejos en una boca que me sonreía mucho. Voz un poco nasal, cabello excesivamente largo, un maquillaje exagerado sobre demasiado cansancio, piel demasiado pecosa, y vestidos demasiado chillones y ajustados. Pero me gustaba. Aunque en realidad no creo que sintiera eso cuando le pedí aquella noche, porque, como dije, el que me gustara no era lo que tenía en mente.

No había ningún lugar a donde ir excepto mi habitación, así que fuimos allí. Yo me había convertido en capitán, y me aproveché del rango para hacer que nos trajeran la cena y una botella extra de vino.

-Los hombres te temen -comentó-. Dicen que nunca te cansas.

-Me canso -dije-, créeme.

-Por supuesto -dijo sacudiendo sus cabello demasiados largos y sonriendo-. ¿No nos cansamos todos?

-Eso creo -repliqué.

-¿Cuántos años tienes?

-¿Cuántos años tienes *tul*

-Un caballero no preguntaría eso.

-¿Y una dama?

-Cuando llegaste aquí la gente pensaba que tenías más de cincuenta.

-¿Y…?

-Y ahora no tienen la más mínima idea. ¿Cuarenta y cinco? ¿Cuarenta?

-No -dije.

-No creía que los tuvieras. Pero tu barba engañó a todos.

-Las barbas a menudo hacen eso.

-Cada día pareces encontrarte mejor. Más grande…

-Gracias. Me siento mejor que cuando llegué.

-Sir Corey de Cabra -dijo-. ¿Dónde queda Cabra? ¿Qué es Cabra? ¿Si te lo pidiera cariñosamente, me llevarías allí contigo?

-Te diría que sí -dije-, pero estaría mintiendo.

-Lo sé. Pero sería agradable oír tu promesa.

-De acuerdo. Te llevaré allí conmigo. Es un lugar horrible.

-¿Eres realmente tan bueno como dicen los hombres?

-Me temo que no. ¿Y tú?

-Realmente no. ¿Quieres que vayamos a la cama ahora?

-No. Más bien prefiero hablar. Toma un vaso de vino.

-Gracias... A tu salud.

-A la tuya.

-¿Por qué eres tan buen espadachín?

-Aptitud y buenos maestros.

-... Y cargaste con Lance tantas leguas y mataste a aquellas bestias...

-Las historias crecen a medida que la gente las repite.

-Pero te he observado. Y de verdad eres mejor que los otros. Por eso Ganelón quiso hacer un trato contigo. El reconoce algo bueno en cuanto lo ve. He tenido muchos amigos espadachines, y los he observado ejercitándose. Tú podrías hacerles pedazos a todos. Los hombres dicen que eres un buen maestro. Les gustas, aunque los asustas.

-¿Por qué los asusto? ¿Porque soy fuerte? Hay muchos hombres fuertes en el mundo. ¿Porque puedo resistir mucho tiempo con la espada en combate?

-Creen que hay algo sobrenatural en ti.

Reí.

-No, soy uno de los mejores espadachines. El segundo. Perdón: quizá el tercero. Pero intento superarme.

-¿Quién es mejor?

-Posiblemente Eric de Ámbar.

-¿Quién es?

-Una criatura sobrenatural.

-¿Es el mejor?

-No.

-¿Quién es el mejor?

-Benedict de Ámbar.

-¿También es sobrenatural?

-Si está vivo, sí.

-Muy extraño eres tú -dijo-. ¿Y por qué? Dime. ¿Eres realmente una criatura sobrenatural?

-Tomemos otro vaso de vino.

-Se me subirá a la cabeza.

-Magnífico.

Las serví.

-Vamos a morir todos -dijo.

-Algún día.

-Quiero decir aquí, pronto, luchando contra esa cosa.

-¿Por qué lo dices?

-Es demasiado fuerte.

-¿Entonces por qué te quedas?

-No tengo ningún otro lugar al que ir. Por eso te pregunté por Cabra.

-¿Y por eso viniste aquí esta noche?

-No. Vine a ver cómo eras.

-Soy un atleta que se está matando entrenándose. ¿Naciste por aquí?

-Sí. En el bosque.

-¿Por qué vas con estos soldados?

-¿Por qué no? Es mejor que ensuciarse los zapatos con mierda de cerdo cada día.

-¿Nunca tuviste a un hombre para ti? Fijo, quiero decir.

-Sí. Murió. El fue quien encontró el... anillo de Hadas.

-Lo siento.

-Yo no. Solía emborracharse siempre que podía pedir prestado o robar para beber y entonces venía a casa y me pegaba. Cuando encontré a Ganelón me alegré.

-¿Así que piensas que esa cosa es demasiado fuerte, que vamos a perder?

-Sí.

-Quizá tengas razón. Pero creo que te equivocas.

Se encogió de hombros.

-¿Pelearás con nosotros?

-Me temo que sí.

-Nadie lo sabía con seguridad, y si alguien lo sabe no lo dice. Puede resultar interesante. Me gustaría verte luchar con el hombre-cabra.

-¿Por qué?

-Porque parece que es el jefe. Si lo mataras, tendríamos más de una posibilidad. Quizá seas capaz de hacerlo.

-Tengo que hacerlo -dije.

-¿Alguna razón en especial?

-Sí.

-¿Privada?

-Sí.

-Buena suerte.

-Gracias.

Terminó el vino y le serví otro.

-Sé que él es de verdad una criatura sobrenatural -dijo.

-Abandonemos el tema.

-De acuerdo. ¿Pero me harás un favor?

-Dilo.

-Mañana ponte la armadura, coge una lanza y un caballo y derrota al gran oficial de caballería Harald, castígale.

-¿Por qué?

-La semana pasada me pegó, como solía hacerlo Jarl. ¿Puedes hacerlo?

-Sí.

-¿Lo harías?

-¿Por qué no? Considéralo humillado.

Se aproximó y se apoyó en mí.

-Te amo -dijo.

-Tonterías.

-De acuerdo. ¿Qué te parece «me gustas»?

-Suficientemente bien. Yo...

Entonces un viento frío y entumecedor me recorrió la columna vertebral. Puse el cuerpo rígido y la mente completamente en blanco, para ofrecer resistencia a lo que iba a venir.

Alguien me estaba buscando. Indudablemente era alguien de la Casa de Ámbar, y estaba utilizando mi Triunfo o algo muy parecido. La sensación era inconfundible. Si era Eric, entonces tenía más agallas de las que había pensado, ya que la última vez que estuvimos en contacto casi le había incinerado el cerebro. No podía ser Random, a menos que estuviera fuera de prisión, cosa que dudaba. Si era Julián o Caine, se podían ir al infierno. Bleys probablemente estaba muerto. Benedict posiblemente también. Quedaban Gérard, Brand y nuestras hermanas. De todos ellos, solo Gérard podría pretender algo bueno. Así que resistí y tuve éxito. Me llevó tal vez cinco minutos, y cuando acabó estaba sudando y temblaba, y Lorraine me contemplaba extrañada.

-¿Qué sucede? -preguntó-. Aún no estás borracho, ni yo tampoco.

-Simplemente un hechizo que me afecta a veces -dije-. Es una enfermedad que cogí en las islas.

-Vi un rostro -añadió-. Quizá estuviera en el suelo, o tal vez en mi cabeza. Era un hombre viejo. El cuello de su vestido era verde y se parecía mucho a ti, sólo que su barba era gris.

Entonces la abofeteé.

-¡Estás mintiendo! No puedes haber...

-¡Simplemente te estoy diciendo lo que vi! ¡No me pegues! ¡No sé lo que significa! ¿Quién era?

-Creo que era mi padre. Dios, qué extraño...

-¿Qué sucedió? -repitió.

-Un hechizo -dije-. A veces los tengo, y la gente cree que ve a mi padre en los muros del castillo o en el suelo. No te preocupes. No es contagioso.

-Tonterías -dijo-. Me estas mintiendo.

-Lo sé. Pero por favor olvida todo este asunto.

-¿Y por qué?

-Porque te gusto -contesté-. ¿Lo recuerdas? Y porque mañana voy a derrotar a Harald en tu honor.

-Es cierto -dijo, y yo comencé a temblar nuevamente; ella cogió una manta de la cama y me la pasó por los hombros.

Me alcanzó el vaso de vino y lo bebí. Se sentó a mi lado, posó la cabeza en mi hombro y la apreté con el brazo contra mí. Comenzó a aullar un viento demoníaco y oí el rápido tamborileo de la lluvia que llegó con él. Por un segundo, pareció como si algo golpeara contra los postigos. Lorraine gimió ligeramente.

-No me gusta lo que está ocurriendo esta noche -dijo.

-A mí tampoco. Ve a cerrar la puerta con el cerrojo. Sólo está cerrada de golpe.

Mientras lo hacía, moví nuestro asiento hasta que quedó enfrente de la única ventana que tenía mi habitación. Saqué a Grayswandir de debajo de la cama y la desenvainé. Entonces apagué todas las luces del cuarto excepto una vela que había en la mesa de mi derecha.

Me senté nuevamente con la espada sobre mis rodillas.

-¿Qué estamos haciendo? -preguntó Lorraine mientras venía y se sentaba a mi izquierda.

-Esperar -dije.

-¿Esperar qué?

-No estoy seguro, pero por cierto que esta es la noche.

Se estremeció y se acercó más.

-Sabes, quizá sea mejor que te marches -sugerí.

-Lo sé -dijo-, pero tengo miedo de salir. Si me quedo aquí serás capaz de protegerme, ¿no?

Negué con la cabeza.

-Ni siquiera estoy seguro de poder protegerme a mí mismo.

Tocó a Grayswandir.

-¡Qué espada tan hermosa! Nunca he visto nada igual.

-No hay otra -dije, y con cada movimiento, la luz caía de forma diferente sobre ella, por lo que en un momento parecía estar toda cubierta con sangre no humana de un tinte naranja y al instante yacía allí fría y blanca como la nieve o como el pecho de una mujer, temblando en mi mano cada vez que me invadía un escalofrío.

Me pregunté cómo era posible que Lorraine hubiera visto algo que yo no había podido ver durante el intento de contacto. Ella no podía haber imaginado algo tan familiar.

-Hay algo extraño en ti -dijo.

Permaneció en silencio durante cuatro o cinco parpadeos de la vela, y luego dijo:

-Tengo cierto poder de visión. Mi madre tenía más que yo. La gente dice que mi abuela era una bruja. Aunque yo no sé nada de esas artes. Bueno, no mucho. Llevo años sin ejercer. Siempre acabo por perder más de lo que gano.

Luego quedó en silencio nuevamente, y yo le pregunté:

-¿Qué quieres decir?

-Usé la magia para conseguir a mi primer hombre -dijo-, y mira cómo terminó. Si no lo hubiera hecho habría estado mejor. Luego quise una hija hermosa, lo logré y...

Se detuvo abruptamente y me di cuenta de que estaba llorando.

-¿Qué sucede? No entiendo...

-Pensé que lo sabías -dijo.

-No, me temo que no.

-Era la pequeña del Círculo de Hadas. Pensé que lo sabías...

-Lo siento.

-Desearía no tener ese poder. Ya no lo uso nunca. Pero no me dejará en paz. Todavía me trae sueños y señales, y nunca son cosas que pueda controlar. Ojalá se fuera a molestar a otro.

-Eso es lo único que no hará, Lorraine. Me temo que estás atada a él.

-¿Cómo lo sabes?

-He conocido gente como tú, eso es todo.

-Tú también tienes un poco, ¿no es cierto?

-Sí.

-Entonces sentirás ahora que hay algo ahí afuera, ¿no?

-Sí.

-Yo también. ¿Sabes lo que está haciendo?

-Me está buscando.

-Sí, también siento eso. ¿Por qué?

-Quizá para probar mi fuerza. Sabe que estoy aquí. Si soy un nuevo aliado de Ganelón, se debe estar preguntando lo que represento, quién soy…

-¿Es el ser de los cuernos en persona?

-No lo sé. Aunque no lo creo.

-¿Por qué no?

-Si yo soy realmente el que le destruirá, sería estúpido venir a buscarme aquí en la fortaleza de su enemigo, cuando estoy rodeado de fuerza. Diría que es uno de sus lacayos el que me busca. Quizá, de algún modo, eso es lo que el fantasma de mi padre… No lo sé. Si su sirviente me encuentra y me nombra, sabrá cómo prepararse. Si me encuentra y me destruye, habrá resuelto el problema. Si yo destruyo a su sirviente, tendrá mucho más conocimiento de mi fuerza. Cualquiera que sea el modo en que esto termine, el de los cuernos habrá avanzado algo. Entonces, ¿por qué iba a arriesgar la base de sus propios cuernos a esta altura del juego?

Esperamos, en aquella habitación bañada por las penumbras, mientras la vela consumía los minutos.

Ella me preguntó:

-¿Qué querías decir cuando dijiste que si te encuentra y te nombra…? ¿Cómo te tiene que llamar?

-El que por poco no viene aquí -dije.

-¿Crees que te puede conocer de algún lugar? -preguntó.

-Tal vez -dije.

Entonces se apartó de mí.

-No tengas miedo -añadí-. No te haré daño.

-¡Tengo miedo y me harás daño! -dijo ella-. ¡Lo sé! ¡Pero te quiero! ¿Por qué te quiero?

-No lo sé -dije.

-¡Hay algo ahí fuera ahora! -gritó, con voz ligeramente histérica -¡Está cerca! ¡Está muy cerca! ¡Escucha! ¡Escucha!

-¡Cállate! -dije, mientras una sensación fría y punzante me dominaba la nuca y se me enroscaba alrededor del cuello-. ¡Vete al otro extremo de la habitación, detrás de la cama!

-Tengo miedo a la oscuridad -dijo.

-Hazlo o tendré que dejarte sin sentido y llevarte yo. Aquí me estorbarás.

Por encima de la tormenta podía oír un pesado aleteo, y mientras ella me obedecía, se oyó que algo raspaba la piedra del muro.

Entonces topé con dos ojos rojos y calientes que me devolvían la mirada. Aparté la vista rápidamente. La cosa estaba en el alféizar de la ventana y me observaba.

Medía bastante más de metro ochenta y su frente tenía una gran cornamenta. Desnuda, su carne era de un gris ceniza uniforme. Parecía asexuado, y de su espalda partían unas correosas alas grises, enormes, que se fundían con la noche. Sostenía en la mano derecha una espada corta y pesada de un metal oscuro. A lo largo de la hoja había grabados signos cabalísticos. Con la mano izquierda se sujetaba al borde del marco.

-Entra a tu muerte -dije en voz alta, y alcé la punta de Grayswandir señalando su pecho.

Se rió entre dientes. Simplemente permaneció allí riéndose y burlándose de mí. Trató otra vez de encontrar mis ojos, pero yo no lo permití. Si me miraba a los ojos durante cierto tiempo me reconocería, como me había conocido el gato.

Cuando habló, sonó como un. fagot que soplase palabras.

-Tú no eres él -dijo-, ya que eres más pequeño y viejo. Sin embargo... esa espada... podría ser suya. ¿Quién eres?

-¿Quién eres tú? -pregunté.

-Strygalldwir es mi nombre. Invócalo y te comeré el corazón y el hígado.

-¿Conjurarlo? Ni siquiera puedo pronunciarlo -dije-, además mi cirrosis te dará indigestión. Lárgate.

-¿Quién eres? -repitió.

-*Misli, gammi gra'dil, Strygalldwir* -dije, y saltó como si le hubieran golpeado con un hierro candente.

-¿Quieres dominarme con un hechizo tan simple? -preguntó cuando se instaló nuevamente-. No pertenezco a la clase inferior.

-Pareció incomodarte un poco.

-¿Quién eres? -dijo otra vez.

-No te importa Charlie. Ladybird, Ladybird, vuela de regreso a casa...

-Cuatro veces debo preguntártelo y cuatro veces debo ser rechazado antes de que pueda entrar a matarte. ¿Quién eres?

-No -dije, incorporándome-. ¡Entra y arde!

Entonces arrancó el marco y el viento que lo acompañó dentro de la habitación apagó la vela.

Me arrojé hacia adelante, y saltaron chispas cuando Grayswandir se encontró con la oscura espada rúnica. Chocamos, y entonces salté hacia atrás. Mis ojos se habían adaptado a la semioscuridad, así que no me encontraba ciego ante la pérdida de la luz. La criatura también veía bastante bien. Era más fuerte que un hombre, pero yo también lo soy. Giramos en el cuarto. Nos envolvía un viento helado y, cuando pasamos nuevamente ante la ventana, frías gotas me azotaron el rostro. La primera vez que le hice un corte -una larga herida en el pecho- permaneció en silencio, aunque en los bordes de la herida bailaban llamas diminutas. La segunda vez -en la parte superior del brazo -gritó, maldiciéndome.

-¡Esta noche te chuparé la médula de los huesos! -gritó-. ¡Los secaré y trabajaré hasta convertirlos en instrumentos de música perfectos! ¡Siempre que toque con ellos tu espíritu se retorcerá en una agonía sin cuerpo!

-Ardes de un modo encantador -dije.

Durante una fracción de segundo se volvió más lento. Era mi oportunidad.

Aparté de un golpe la oscura espada y di una estocada perfecta. El centro de su pecho era mi blanco. Lo atravesé.

Entonces aulló, pero no cayó. Grayswandir se me fue de la mano y surgieron llamas alrededor de la herida. La cosa permaneció allí en pie. Dio un paso hacia mí y yo cogí una silla pequeña y la mantuve entre los dos.

-No tengo el corazón donde lo tienen los hombres -dijo.

Entonces me lanzó una estocada, pero la bloqueé con la silla y le golpeé en el ojo derecho con una de las patas. Luego arrojé la silla a un lado y adelantándome, le cogí la muñeca derecha y se la retorcí. Golpeé su codo con el canto de mi mano tan fuerte como pude. Sonó un crujido seco y la espada hechizada rebotó contra el suelo. Entonces su mano izquierda me golpeó en la cabeza y caí.

Saltó hacia la espada, pero le agarré por el tobillo y tiré.

Cayó extendido; salté sobre él y encontré su garganta. Giré la cabeza hacia el hueco de mi hombro, con la barbilla contra el pecho, porque su mano izquierda convertida en garra trataba de hallar mi rostro.

Mientras mi apretón de muerte se intensificaba, sus ojos buscaron los míos y esta vez no los evité. En la base de mi cerebro surgió un pequeño sobresalto porque ambos sabíamos que sabíamos.

-¡Tú! -logró jadear antes de que retorciera mis manos con fuerza y la vida desapareciera de aquellos ojos rojos.

Me incorporé, puse un pie sobre su cadáver y extraje a Grayswandir.

Cuando mi espada quedó libre la cosa comenzó a arder, y continuó haciéndolo hasta que de su existencia no quedó nada salvo una marca chamuscada en el suelo.

Entonces se acercó Lorraine y yo pasé mi brazo alrededor de ella; me pidió que la acompañara a sus habitaciones, a la cama. Así lo hice, pero eso fue todo, yacer juntos hasta que sus lágrimas se agotaron y quedó dormida. Así conocí a Lorraine.

Lance, Ganelón y yo cabalgábamos sobre una colina alta. El último sol de la tarde golpeaba nuestras espaldas. Observábamos el lugar. Su apariencia confirmaba mis suposiciones.

Guardaba semejanza con aquel tortuoso bosque que cubría el valle del sur de Ámbar.

¡Oh, padre mío! ¿Qué he provocado? dije en mi corazón, pero no había más respuesta que el Círculo oscuro que yacía debajo de mi y ocupaba la extensión que la vista podía alcanzar.

Lo contemplé a través de las barras de la visera. Parecía quemado, desolado y empapado de decadencia. Yo vivía dentro de mi visera aquellos días. Los hombres creían que era una afectación, pero mi rango me daba el derecho a ser excéntrico. La llevaba puesta hacía más de dos semanas, desde la batalla con Strygalldwir. Me la había colocado a la mañana siguiente antes de derrotar a Harald para cumplir lo prometido a Lorraine, y había decidido que como mi cuerpo se robustecía era mejor mantener oculta mi cara.

Ahora tal vez pesaba noventa kilos, y de nuevo me sentía como mi antiguo yo. Si podía ayudar a eliminar todo aquello que había surgido en la tierra llamada Lorraine, sabía que tendría al menos una posibilidad de intentar lo que más deseaba y quizá con éxito.

-Así que es esto -dije-. No veo tropas concentradas.

-Creo que tendremos que cabalgar hacia el norte -dijo Lance-, y sin duda los veremos sólo después de que se ponga el sol.

-¿Cuánto hacia él norte?

-Tres o cuatro leguas. Siempre cambian de zonas.

Habíamos cabalgado durante dos días para llegar hasta el Círculo. Aquella misma mañana nos encontramos con una patrulla que nos informó que las tropas dentro de la cosa continuaban reuniéndose cada noche. Realizaban varios entrenamientos y luego se iban -a algún lugar más profundo en la cosa- cuando llegaba la mañana. Por lo visto había una masa de nubes, que se mantenía siempre encima del círculo, sin que jamás se desatase la tormenta.

-¿Desayunamos aquí y luego nos dirigimos al norte? -pregunté.

-¿Por qué no? -dijo Ganelón-. Estoy hambriento y tenemos tiempo.

Desmontamos, comimos carne seca y bebimos de nuestras cantimploras.

-Todavía no entiendo aquella nota -dijo Ganelón después de eructar, palmeándose el estómago y encendiendo la pipa-. ¿Estará a nuestro lado en la batalla final o no? ¿Dónde se encuentra, si es que tiene intenciones de ayudar? El día del conflicto cada vez está más cerca.

-Olvídalo -dije-. Probablemente fuera una broma.

-¡No puedo, maldición! -exclamó-. ¡Hay algo extraño en todo este asunto!

-¿Qué sucede? -preguntó Lance, y por primera vez me di cuenta de que Ganelón no le había comentado nada.

-Mi anterior monarca, Lord Corwin, envía un extraño recado por medio de un pájaro mensajero, diciendo que vendrá. Yo le creía muerto, pero envió el mensaje -le dijo Ganelón-. Todavía no sé que pensar de esto.

-¿Corwin? -dijo Lance, y yo contuve la respiración-. ¿Corwin de Ámbar?

-Sí, de Ámbar y de Avalen.

-Olvida su mensaje.

-¿Por qué?

-Porque es un hombre sin honor, y su promesa no significa nada.

-¿Lo conoces?

-Sé de él. Tiempo atrás, reinó en esta tierra. ¿No recuerdas las historias del monarca que era como un demonio? Era él. Era Corwin, en tiempos anteriores a mis días. Lo mejor que hizo fue abdicar y huir cuando la resistencia en contra suya se hizo demasiado fuerte.

¡No era verdad!

¿O lo era?

Ámbar proyecta infinidad de sombras, y mi Avalón había también proyectado muchas debido a mi presencia en ella. Quizá fuera conocido en muchas tierras en las que jamás estuve, ya que las habían visitado sombras mías, imitando imperfectamente mis actos y mis pensamientos.

-No -dijo Ganelón-. Yo nunca presté atención a las viejas leyendas. Me pregunto si puede ser el mismo hombre que gobernó aquí. Es interesante.

-Muy interesante -dije para mantenerme en la conversación-. Pero si gobernó hace tanto tiempo, seguramente ahora debe estar muerto o decrépito.

-Era un hechicero -dijo Lance.

-El que yo conocí por cierto que lo era -dijo Ganelón-, ya que me desterró de una tierra que ni el arte ni el artificio pueden hallar ahora.

-Nunca hablaste de esto -dijo Lance-. ¿Cómo pasó?

-No es asunto tuyo -cortó Ganelón, y Lance quedó en silencio de nuevo.

Saqué mi propia pipa -había conseguido una hacía dos días- y Lance hizo lo mismo. Estaba fabricada de arcilla recalentada y endurecida. Las encendimos y los tres permanecimos allí sentados, fumando.

-Bien, nos tiene en vilo y vendidos -dijo Ganelón-. Olvidémoslo por ahora.

No lo hicimos, claro. Pero nos apartamos del tema.

Si no hubiera sido por la cosa oscura que teníamos detrás, habría resultado bastante agradable estar simplemente sentados allí, relajados. Repentinamente, me sentí cerca de los otros dos. Quería decir algo, pero no sabía qué.

Ganelón lo arregló hablando nuevamente de nuestros problemas actuales.

-¿Así que quieres atacarlos antes de que ellos nos ataquen a nosotros? -dijo.

-Exacto -repliqué-. Llevar la lucha a su terreno.

-El problema radica precisamente en que es su terreno -dijo-. Lo conocen mejor que nosotros, ¿y quién sabe a qué poderes podrán recurrir allí?

-Mata al de los cuernos y se derrumbarán -dije.

-Quizá. Tal vez no. Quizá tú puedas hacerlo -observó Ganelón-. A menos que tuviera suerte, no sé si yo podría. Es demasiado asqueroso para morir fácilmente. Aunque creo que sigo siendo tan bueno como años atrás, quizá me estoy engañando. Quizá me haya vuelto más blando. ¡Yo nunca quise este maldito trabajo sedentario!

-Lo sé -dije.

-Lo sé -dijo Lance.

-Lance -preguntó Ganelón-, ¿Hacemos como nos dice nuestro amigo? ¿Atacamos?

Podría haberse encogido de hombros y dar una respuesta ambigua. Pero no lo hizo.

-Sí -dijo-. La última vez casi nos vencen. Estuvieron muy cerca cuando murió el Rey Uther. Si no los atacamos ahora, creo que la próxima vez nos pueden derrotar. Oh, no les sería fácil, causaríamos estragos en sus filas. Pero creo que podrían ganar. Echemos un vistazo ahora, y luego diseñemos nuestros planes de ataque.

-De acuerdo -dijo Ganelón-. Yo también estoy enfermo de esperar. Repíteme esto una vez que regresemos y estaré de acuerdo.

Eso hicimos.

Aquella tarde cabalgamos hacia el norte, escondiéndonos en las colinas y observando el Círculo. Dentro, realizaban ritos sagrados, a su modo, y entrenaban. Estimé que había alrededor de cuatro mil hombres. Nosotros teníamos aproximadamente dos mil quinientos. Ellos también tenían criaturas extrañas que volaban o reptaban y que hacían ruidos en la noche. Nosotros teníamos corazones valientes. Sí.

Yo sólo necesitaba unos pocos minutos a solas con su jefe para que la muerte quedase decidida, en un sentido u otro. Todo dependería de ese encuentro. No les podía decir eso a mis compañeros, pero era verdad.

Yo me sentía responsable de todo aquel asunto. Yo lo había creado, y me correspondía a mí destruirlo, si podía.

Temía no poder hacerlo.

En un arranque de pasión, mezcla de ira, horror y dolor, yo había desencadenado esta cosa, y ahora se reflejaba en algún lugar de cada tierra existente. Tal es la maldición de sangre de un Príncipe de Ámbar.

Observamos toda la noche a los Guardianes del Círculo, y nos marchamos con la mañana.

El veredicto fue ¡atacar!

Cabalgamos y durante todo el camino de regreso nada nos siguió. Cuando llegamos a la Fortaleza de Ganelón, nos dedicamos a hacer planes. Nuestras tropas estaban listas -demasiado preparadas tal vez- y decidimos golpear al cabo de dos semanas.

Mientras yacía con Lorraine, le hablé de todo eso. Sentía que ella debía saberlo. Yo poseía el poder de enviarla a la Sombra aquella misma noche, si ella estaba de acuerdo. No lo estuvo.

-Me quedaré a tu lado -dijo.

-De acuerdo.

No le dije que sentía que todo estaba en mis manos, pero tengo la sensación de que lo sabía y que por alguna razón confiaba en mí. Yo no lo hubiera hecho, pero era su problema.

-Sabes cómo puede acabar esto -dije.

-Lo sé -contestó, y -yo supe que ella sabía y eso era todo.

Desviamos la atención a otras cosas, y más tarde dormimos.

Ella había tenido un sueño.

Por la mañana me dijo:

-Tuve un sueño.

-¿Sobre qué? -pregunté.

-Sobre la próxima batalla -me dijo-. Te veo a ti y al de los cuernos combatiendo.

-¿Quién gana?

-No lo sé. Pero mientras dormías, hice algo que quizá te ayude.

-Desearía que no lo hubieras hecho -dije-. Yo puedo cuidarme.

-Luego soñé con mi propia muerte, que va a ser enseguida.

-Déjame llevarte a un lugar que conozco.

-No, mi lugar está aquí -me dijo.

-No pretendo ser tu dueño -repliqué-, pero puedo salvarte de cualquier cosa que hayas soñado. Tengo poder para eso, créeme.

-Te creo, pero no me marcharé.

-Eres una maldita tonta.

-Deja que me quede.

-Como desees... Escucha, incluso te enviaré a Cabra...

-No.

-Eres una maldita tonta.

-Lo sé. Te amo.

-... y además estúpida. Se dice «me gustas». ¿Recuerdas?

-Ganarás -dijo.

-Vete al infierno -dije.

Entonces lloró, hasta que conseguí calmarla.

Así era Lorraine.

3

Una mañana me puse a recordar todo lo que hasta ahora había sucedido. Pensé en mis hermanos y hermanas como si estuvieran jugando a las cartas, lo cual sabía que no era cierto. Retrocedí mentalmente hasta el sanatorio donde había despertado, hasta la batalla por Ámbar, y cuando recorrí el Patrón en Rabma, y el tiempo que estuve con Moire, que ahora podría ser de Eric. Aquella mañana pensé en Bleys y en Random, Deirdre, Caine, Gérard y en Eric. Era la mañana de la batalla, por supuesto, y estábamos acampados en las colinas cercanas al Círculo. Mientras marchábamos habíamos sido atacados varias veces, pero fueron luchas breves, con tácticas de guerrilla. Nos habíamos librado de nuestros atacantes y continuado nuestra marcha. Cuando llegamos a la zona que habíamos elegido de antemano, levantamos nuestro campamento, apostamos guardias y nos retiramos a descansar. Dormimos sin ser molestados. Me levanté preguntándome si mis hermanos y hermanas pensaban de mí lo mismo que yo de ellos. Fue un pensamiento muy triste.

En un bosquecillo solitario, llené el yelmo de agua enjabonada y me afeité la barba. Luego me vestí lentamente con mis raídas prendas últimas. Estaba duro como una roca, moreno como la tierra y tenía de nuevo unos recursos demoníacos. Hoy sería el día. Me coloqué la visera, la cota de malla y abroché el cinturón, colgando a Grayswandir a mi lado. Luego sujeté la capa al cuello con una rosa de plata y fui descubierto por un mensajero que me estaba buscando para avisarme que todo estaba listo.

Besé a Lorraine, que había insistido en acompañarnos. Luego monté mi caballo, un ruano llamado Star, y me alejé hacia el frente.

Allí me encontré con Ganelón y con Lance. Ambos dijeron:

-Estamos preparados.

Llamé a los oficiales y les di instrucciones. Saludaron, dieron media vuelta -y se alejaron.

-Pronto -dijo Lance, encendiendo la pipa.

-¿Cómo está tu brazo?

-Ahora bien -replicó-, después del entrenamiento que le diste ayer. Perfecto.

Abrí la visera y encendí la pipa.

-Te has afeitado la barba -dijo Lance-. No puedo imaginarte sin ella.

-El yelmo encaja mejor así -dije.

-Buena suerte a todos -intervino Ganelón-. No conozco dioses, pero si alguno quiere estar a nuestro lado, le doy la bienvenida.

-Sólo hay un Dios -dijo Lance-. Rezo para que El esté con nosotros.

-Amén -dijo Ganelón, encendiendo su pipa-. Por hoy.

-Ganaremos -aseguró Lance.

-Sí -dije yo mientras el sol llenaba el este y los pájaros de la mañana el aire-, da la sensación de que será así.

Cuando terminamos de fumar, vaciamos las pipas y las guardamos en los cinturones. Luego aseguramos con los últimos ajustes las armaduras y Ganelón dijo:

-Vamos allá.

Los oficiales me informaron de la realización de los preparativos. Mis batallones estaban listos.

Descendimos en fila por la ladera de la colina y nos agrupamos fuera del Círculo. Adentro no se movía nada, no se veían tropas.

-Me pregunto por Corwin -me dijo Ganelón.

-Está con nosotros -le dije, y él me miró extrañamente, pareciendo advertir la rosa por primera vez y luego asintió bruscamente.

-Lance -gritó, cuando nos hubimos agrupado-. Da la orden.

Y Lance desenvainó la espada. Su grito «¡Carguen»! encontró innumerables ecos.

Antes de que sucediera nada habíamos penetrado ya más de un kilómetro dentro del Círculo. A la cabeza íbamos quinientos, todos montados. Apareció una caballería oscura y nos enfrentamos a ella. A los cinco minutos se dispersaron y nosotros continuamos.

Entonces oímos el trueno.

Había relámpagos, y la lluvia comenzó a caer.

La masa de nubes finalmente se había desatado.

Una delgada línea de soldados de infantería, principalmente armados con picas, bloqueaba nuestro camino, aguardando estoicamente. Quizá todos olimos la trampa, pero nos lanzamos sobre ellos.

Entonces la caballería atacó nuestros flancos.

Giramos, y la lucha comenzó de verdad.

Quizá fuera veinte minutos más tarde...

Nos impusimos, y esperamos a que llegara el grueso de nuestras fuerzas.

Luego cabalgamos adelante. Éramos unos doscientos...

Hombres. Eran hombres los que matábamos, los que nos mataban con rostros grises, de aspecto sombrío. Yo quería algo más. Buscaba a otro...

El adversario debía tener un problema logístico se-mi-metafísico. ¿Cuántas fuerzas podía destinar a esta Puerta? No estaba seguro. Pronto...

Llegamos a un alto. Lejos, a nuestros pies, yacía una ciudadela oscura...

Alcé la espada.

Atacaron cuando descendíamos.

Producían ruidos sibilantes; graznaban y aleteaban. Esto significaba, para mí, que se estaba quedando sin gente. Grayswandir se convirtió en mi mano, en una llama, un trueno, en una silla eléctrica portátil. Los mataba tan pronto como se aproximaban, y al morir ardían. Hacia mi derecha, vi que Lance estaba trazando una línea similar de caos, y murmuraba para sí mismo. A mi izquierda, Ganelón dejaba muertos a su alrededor, y la huella de su caballo era una estela de fuego. A la luz de los relámpagos la ciudadela parecía imponente.

Los ciento y algo que quedábamos avanzamos como una tormenta, y las abominaciones caían a nuestro paso.

Cuando alcanzamos la puerta de entrada nos salió al paso una infantería de hombres y bestias. Cargamos.

Nos sobrepasaban en número, pero no nos quedaba otra opción. Quizá nos habíamos adelantado demasiado a nuestra infantería. Pero no lo

creí así. Desde mi punto de vista, el tiempo era ahora de suma importancia.

-¡Tengo que pasar! -grité-. ¡El está adentro!

-¡Es mío! -dijo Lance.

-¡Podéis cogerlo los dos! -exclamó Ganelón mientras dejaba cadáveres a su alrededor- ¡Atravesad la puerta cuando podáis? ¡Os sigo!

Matamos y matamos y matamos, y luego la marea se volvió en favor de ellos. Nos presionaron, todos aquellos seres desagradables que estaban mezcladas con las tropas de hombres. Fuimos forzados a formar un círculo estrecho, defendiéndonos por todos los costados. Entonces apareció nuestra infantería, llena del polvo de diez batallas, y comenzó a cortar cuellos. Una vez más presionamos para llegar a la puerta y esta lo logramos, los cuarenta o cincuenta que quedábamos.

Cruzamos, y aparecieron en el patio tropas que matar.

La docena aproximadamente que logramos llegar hasta el pie de la oscura torre topamos con un último contingente de guardias.

-¡A la torre! -gritó Ganelón mientras desmontábamos y nos abalanzábamos sobre ellos.

-¡A la torre! -gritó Lance. Tal vez ambos se dirigían a mí. O el uno al otro.

Interpreté que era para mí, me aparté de la lucha y subí corriendo por las escaleras.

Sabía que él estaría allí, en la torre más alta; yo tendría que enfrentarme con él y matarlo. No estaba seguro de poder lograrlo, pero tenía que intentarlo, ya que yo era el único que realmente sabía cuál era su procedencia... y era yo quien lo había puesto ahí.

Llegué ante una pesada puerta de madera al final de las escaleras. Traté de abrirla, pero estaba trabada por dentro. Así que la golpeé tan fuerte como pude.

Cayó hacia atrás con estruendo.

Lo vi al lado de la ventana. Tenía cuerpo de hombre cubierto por una armadura ligera, y sobre sus enormes hombros se asentaba la cabeza de un macho cabrío.

Atravesé el umbral y me detuve.

El se había girado cuando la puerta cayó, y ahora buscaba mis ojos a través del acero.

-Hombre mortal, has llegado demasiado lejos -dijo-. ¿O no eres un mortal?-, y apareció una espada en su mano.

-Pregúntale a Strygalldwir -dije.

-Tú eres el que lo mató -dijo-. ¿Te nombró?

-Quizá.

Oí pasos en la escalera detrás de mí. Me coloqué a la izquierda de la puerta.

Ganelón entró velozmente en la cámara y yo dije:

-¡Detente!

Se volvió hacia mí.

-Esta es la cosa -dijo- ¿Qué es?

-Mi pecado contra algo que amaba -repliqué-. Mantente apartado. Es mío.

-Te lo regalo.

Permaneció completamente inmóvil.

-¿Lo dices en serio? -preguntó la criatura.

-Averígualo -dije, y salté hacia adelante.

Pero aquello no cruzó su espada con la mía. Hizo lo que cualquier espadachín consideraría una locura.

Lanzó la espada hacia mí como un rayo, de punta. Y el sonido de su trayectoria fue como un trueno. Los elementos, fuera de la torre, le hicieron eco, en estentórea respuesta.

Con Grayswandir bloqueé esa espada como si fuera una estocada ordinaria. Se empotró en el suelo y comenzó a arder. Afuera, los relámpagos respondían.

Por un instante, la luz fue tan cegadora como un fogonazo de magnesio, y en ese momento la criatura se echó sobre mí.

Me inmovilizó los brazos contra mis costados y sus cuernos golpearon mi visera, una vez, dos...

Concentré mi fuerza contra esos brazos, y su apretón comenzó a debilitarse.

Solté a Grayswandir, y con un movimiento final quebré su brazo.

Entonces ambos golpeamos y ambos retrocedimos.

-Señor de Ámbar -dijo - , ¿por qué lucháis conmigo? Fuisteis vos quien nos abrió este paso, este camino...

-Me arrepiento de un acto insensato y quiero repararlo.

-Demasiado tarde; y este es un extraño lugar para comenzar.

Atacó nuevamente, y con tanta velocidad que atravesó mi guardia. Me echó contra la pared. Su rapidez era mortal.

Y entonces alzó su mano e hizo un signo, y yo vi como venía hacia mí una visión de las Cortes del Caos: una visión que me heló el espinazo, y produjo un viento helado en mi alma, cuando comprendí lo que yo había hecho.

-...¿Lo veis? -estaba diciendo-. Vos nos distéis esta Puerta. Ayudadnos ahora y os devolveremos lo que es vuestro.

Vacilé por un momento. Era posible que pudiera hacer lo que había ofrecido, si yo accedía.

Pero después se convertiría en una amenaza para siempre. Durante un breve tiempo seríamos aliados, pero luego una vez que hubiéramos conseguido lo que queríamos, nos lanzaríamos uno a la garganta del otro y para entonces esas oscuras fuerzas serían mucho más fuertes. Sin embargo, si yo tenía la ciudad en mi poder...

-¿Hacemos un trato? -vino la aguda y llana pregunta.

Pensé en las sombras, y en los lugares más allá de la Sombra...

Lentamente, alcé las manos y me desaté el yelmo...

Entonces lo arrojé, en el momento en que la criatura parecía relajarse. Creo que Ganelón estaba ya avanzado.

Atravesé la cámara de un salto y lo hice retroceder hasta la pared.

-¡No! -grité.

Sus manos de hombre encontraron mi cuello al mismo tiempo que las mías se cerraban sobre el suyo.

Apreté, con toda mi fuerza, y retorcí. Creo que él hizo lo mismo.

Oí el crujido de algo que se quebraba como un palo seco. Me pregunté qué garganta se había roto. La mía, ciertamente me dolía.

Abrí los ojos y vi el cielo. Estaba echado de espaldas sobre una manta, en el suelo.

-Me temo que va a vivir -dijo Ganelón, y yo giré la cabeza, lentamente, en la dirección de su voz.

Estaba sentado en el borde de la manta con la espalda sobre las rodillas; Lorraine a su lado.

-¿Cómo va? -pregunté.

-Hemos ganado -me dijo-. Has mantenido tu promesa. Cuando mataste a aquella cosa, todo acabó. Los hombres cayeron sin sentido, las criaturas comenzaron a arder.

-Bien.

-He permanecido sentado aquí preguntándome por qué ya no te odio.

-¿Has llegado a alguna conclusión?

-No, ciertamente. Quizá sea porque somos muy parecidos. No lo sé.

Sonreí a Lorraine.

-Me alegro de que no seas precisa haciendo profecías. La batalla ha terminado y tú todavía estás con vida.

-La muerte ya ha comenzado -dijo, sin devolverme la sonrisa.

-¿Qué quieres decir?

-Todavía cuentan historias de cómo Lord Corwin ejecutó a mi abuelo -arrestado y descuartizado públicamente- por dirigir uno de los primeros levantamientos contra él.

-No fui yo -dije-. Fue una de mis sombras.

Pero ella sacudió la cabeza y añadió:

-Corwin de Ámbar, yo soy lo que soy -y se levantó, y me dejó.

-¿Qué era eso? -preguntó Ganelón, ignorando su partida-. ¿Qué era la cosa de la torre?

-Era algo mío -dije-, una de las cosas que fueron liberadas cuando lancé mi maldición sobre Ámbar. Entonces abrí el camino para que lo que está más allá de la Sombra pudiera entrar al mundo verdadero. Siguen los senderos de menor resistencia, van por las sombras hacia Ámbar. Aquí, el sendero era el Círculo. En cualquier otro lugar, podría ser otra cosa diferente. Ahora les he cerrado el camino por este lugar. Podréis descansar en paz aquí.

-¿Viniste aquí para esto?

No -dije-. Realmente no. Simplemente estaba de camino hacia Avalón cuando topé con Lance. No podía dejarlo tendido allí, y después de llevártelo me vi implicado en este trozo de mi obra.

-¿Avalón? ¿Entonces mentiste cuando afirmaste que estaba destruida?

Negué con la cabeza,.

-No. Nuestra Avalón cayó, pero en la Sombra podré encontrar otra vez algo parecido.

-Llévame contigo.

-¿Estás loco?

-No, deseo ver de nuevo la tierra donde nací, y no me importa el peligro.

-No voy allí a vivir -dije-, sino a armarme para una batalla. En Avalón hay un polvo rosa que utilizan los joyeros. Una vez encendí una muestra de ese polvo en Ámbar. Voy allí sólo a obtenerlo y -a construir rifles para poder sitiar Ámbar y conquistar el trono que me pertenece.

-¿Y que hay de esas cosas de más allá de la Sombra de las que hablaste?

-Me ocuparé de ellas después. Si esta vez pierdo, entonces serán problema de Eric.

-Dijiste que él te había dejado ciego, y te había arrojado a las mazmorras.

-Es cierto. Me crecieron ojos otra vez. Escapé.

-Eres un auténtico demonio.

-Me lo han dicho a menudo. Ya no lo niego.

-¿Me llevarás contigo?

-Si realmente deseas venir. Sin embargo será diferente de la Avalón que conociste.

-¡A Ámbar!

-¡Estás realmente loco!

-No. Durante mucho tiempo he deseado contemplar

aquella ciudad de fábula. Después de haber visto Avalen de nuevo querré algo diferente. ¿No era un buen general?

-Sí.

-Entonces me enseñarás a manejar eso que llamas rifles, y te ayudaré en la mayor de tus batallas. Sé que no me quedan muchos años buenos. Llévame contigo.

-Tus huesos se pueden emblanquecer al pie de Kolvir, al lado de los míos.

-¿Qué batalla es segura? Me arriesgaré.

-Como quieras. Puedes venir.

-Gracias, Lord.

Aquella noche acampamos allí y retornamos a la fortaleza por la mañana. Entonces busqué a Lorraine. Me enteré de que se había marchado con uno de sus antiguos amantes, un oficial llamado Melkin. Aunque había quedado trastornada, me dolió el hecho de que no me hubiera dado una oportunidad para explicarle algo que ella sólo conocía por rumores. Decidí seguirlos.

Monté a Star, giré mi rígido cuello en la dirección que supuestamente habían tomado, y cabalgué tras ellos. En cierto modo, no podía reprocharle nada. De regreso en la fortaleza no fui recibido como cualquier otro que hubiera matado al de los cuernos. Las historias de su Corwin perduraban, y todos tenían la convicción de que era un demonio. Los nombres con los que había trabajado y luchado, me miraban ahora con ojos que a veces tenían algo más que miedo eran miradas muy breves, ya que inmediatamente bajaban la vista o contemplaban otra cosa. Quizá temieran que deseara quedarme y reinara sobre ellos. Sin duda se tranquilizaron, todos excepto Ganelón, cuando me vieron partir. Creo que Ganelón temía que no volviese a buscarle tal como le prometí. Pienso que por esto se ofreció a cabalgar conmigo. Pero este asunto tenía que resolverlo yo solo.

Me sorprendió descubrir que Lorraine había cobrado significado para mí, y me encontré muy herido por su acción. Sentía que por lo menos debía escucharme antes de marcharse. Luego, si seguía prefiriendo a su capitán mortal, podía contar con mi bendición. Si no... me di cuenta de

que quería que se quedara conmigo. La agradable Avalón tendría que esperar todo el tiempo que me llevara resolver si esto continuaba o se había terminado.

Cabalgué siguiendo el sendero. A mi alrededor los pájaros cantaban en los árboles. El día era brillante y gozaba de un cielo azul, de una paz verde, ya que el país había quedado limpio de la plaga. En mi corazón sentía algo parecido a la alegría por haber deshecho una pequeña porción del mal que había provocado. ¿Mal? Infiernos, he hecho más daño que la mayoría de los hombres, pero en algún lugar del camino he cobrado también cierta conciencia, y ahora la dejaba gozar uno de sus escasos momentos de satisfacción. Una vez que Ámbar fuese mía, podía darle un poco más de solaz. ¡Ja!

Me dirigía hacia el norte y el terreno me resultaba desconocido. Seguía un sendero claramente marcado que tenía las huellas del paso reciente de dos jinetes. Continué todo aquel día, hasta el crepúsculo, hasta el anochecer, desmontando periódicamente para inspeccionar el camino. Finalmente, cuando la vista comenzó a engañarme demasiado, localicé una hondonada a varios cientos de metros a la izquierda del sendero y allí acampé para pasar la noche. Sin duda fueron los dolores del cuello los que me hicieron soñar con el de los cuernos, haciéndome revivir la batalla. «Ayúdanos ahora, y te devolveremos lo que es tuyo», dijo. En ese punto me desperté repentinamente con una maldición en los labios.

Cuando la mañana aclaró el cielo, monté a caballo y continué. Había sido una fría noche, y el día aún me sostenía con las manos del norte. Los pastos brillaban con una ligera capa de hielo y la capa estaba húmeda por haberla utilizado como manta.

Al mediodía, el mundo había recobrado algo de calor y las huellas estaban más frescas. Los estaba alcanzando.

Cuando la encontré, salté de mi montura y corrí hacia donde yacía bajo un rosal silvestre sin flores, cuyas espinas habían arañado sus mejillas y su hombro. Estaba muerta, y desde hacía poco, porque la sangre aún manaba del lugar por el que había penetrado la espada en el pecho, y su carne aún estaba cálida.

No había rocas con las que poder construirle una tumba, por lo que cavé una fosa con Grayswandir y en ella la dejé descansando. El le había quitado los brazaletes, los pendientes y las enjoyadas diademas que constituían toda su fortuna. Tuve que cerrarle los ojos antes de cubrirla con mi capa, y al hacerlo la mano me tembló y los ojos se me nublaron. Me llevó mucho rato.

Continué cabalgando, y no tardé mucho tiempo en alcanzarlo. Cabalgaba como si le persiguiera el Diablo, como en realidad ocurría. No dije palabra cuando lo desmonté, ni luego; y no usé mi espada, aunque él desenvainó la suya. Arrojé su cuerpo roto a un alto roble, y cuando me volví a mirarlo estaba negro por las aves que lo cubrían.

Le coloqué nuevamente sus pendientes, brazaletes y joyas antes de cerrar la tumba, y ahí acabó Lorraine. Todo lo que ella había sido alguna

vez o había deseado ser terminaba en esto, y esa es toda la historia de cómo nos conocimos y cómo nos separamos, Lorraine y yo, en la tierra llamada Lorraine; y así es cómo sucede todo en mi vida, creo, ya que un Príncipe de Ámbar es parte y partido de toda la podredumbre del mundo, y por eso siempre que hablo de mi conciencia, alguna otra cosa dentro de mí replica: «¡Ja!». En los espejos de muchos juicios mis manos tienen color de sangre. Yo soy una parte del mal que existe en el mundo y en la Sombra. A veces me engaño creyendo que soy un mal que existe para enfrentarse a otros males. Destruyo a los Melkies cuando los encuentro, y en el Gran Día del que los profetas hablan pero en el cual no creen, ese día en que el mundo sea completamente depurado del mal, entonces yo, también, desapareceré en la oscuridad, tragándome maldiciones. Quizá incluso antes de que llegue ese día, pienso ahora. Pero sea lo que... Hasta entonces no lavaré mis manos ni dejaré que cuelguen inútiles.

Dando media vuelta, cabalgué en dirección a la Fortaleza de Ganelón, que lo sabía pero nunca lo entendería.

4

Cabalgando, cabalgando por lugares salvajes y extraños que conducían a Avalón, íbamos Ganelón y yo, por callejones de ensueño y de pesadilla, bajo los cobrizos rayos del sol y las calientes y blancas islas de la noche; hasta que éstas fueron placas de oro y diamantes y la luna nadó como un cisne. El día trajo el verde de la primavera, cruzamos un caudaloso río y las montañas que había delante nuestro por la noche nos sorprendieron heladas. A la medianoche lancé una flecha de mi deseo que ardió en las alturas, abriéndose un camino de fuego, como un meteoro, hacia el norte. El único dragón con el que nos encontramos estaba lisiado, y se alejó rápidamente cojeando para esconderse, chamuscando flores mientras jadeaba y resollaba. Las migraciones de brillantes aves señalaban nuestra dirección, y voces cristalinas que venían de los lagos eran el eco de nuestras palabras al pasar. Yo cabalgaba cantando, y después de un tiempo, Ganelón empezó a corear. Habíamos estado viajando más de una semana, y ahora la tierra y el cielo y las brisas me decían que estábamos cerca de Avalón.

Cuando el sol se deslizó detrás de las rocas y el día murió, acampamos en un bosque que había cerca de un lago. Mientras Ganelón deshacía nuestros bártulos, fui a bañarme al lago. El agua estaba fría y era tonificante. Permanecí allí largo tiempo.

Creí oír varios gritos mientras me bañaba, pero no estaba seguro. Era un bosque de aspecto misterioso y yo no me sentía especialmente preocupado. Sin embargo, me vestí rápidamente y me apresuré a regresar al campamento.

Mientras caminaba, lo oí de nuevo; un gemido implorante. Al acercarme, comprendí que se trataba de una conversación.

Entonces entré en el pequeño claro que habíamos elegido. Nuestras cosas estaban esparcidas y se veían los primeros preparativos de un fuego de campamento. Ganelón estaba acuclillado bajo un roble. El hombre colgaba de él.

Era joven y tenía un aspecto y un cabello agradables. Más allá de eso era muy difícil decir algo más a primera vista. Descubrí que no es fácil obtener una clara impresión inicial de los rasgos y tamaño de un hombre cuando éste cuelga de los pies a varios palmos de altura del suelo.

Tenía las manos atadas a la espalda y colgaba de una rama baja por medio de una cuerda anudada al tobillo derecho.

Estaba hablando -respuestas breves y rápidas a las preguntas de Ganelón- y su rostro aparecía húmedo por el sudor y la saliva. No colgaba quieto, sino que se balanceaba. Tenía una magulladura en la mejilla y varios puntos de sangre en la parte delantera de la camisa.

Deteniéndome, me contuve para no interrumpir de momento y observé. Ganelón no lo hubiera atado donde estaba si no tuviera una razón, por lo que no me sentí inmediatamente invadido por simpatía hacia el tipo. Fuera cual fuera el motivo de Ganelón para interrogarlo de esta manera, yo también estaría interesado en la información. También estaba interesado en lo que la sesión pudiese mostrarme con respecto a Ganelón, quien ahora era algo así como un aliado. Y unos pocos minutos más cabeza abajo no le harían mucho más daño...

Cuando su cuerpo se iba a quedar quieto, Ganelón lo empujó con la punta de la espada en el esternón para que se tambaleara de nuevo violentamente. Esto rasgó ligeramente su piel y apareció otro punto rojo. El muchacho gritó. Por su constitución deduje que era joven. Ganelón extendió la espada y mantuvo su punta varios centímetros más allá del lugar que ocuparía la garganta del muchacho cuando oscilara hacia este lado. En el último momento la quitó y se rió entre dientes mientras el muchacho babeaba y gritaba:

-¡Por favor!

-El resto -dijo Ganelón-. Dime todo.

-¡Eso es todo -dijo el otro-. ¡No sé nada más!

-¿Por qué no?

-Porque entonces me dejaron atrás! ¡No lo pude ver!

-¿Por qué no los seguiste?

-Ellos iban a caballo: y yo iba a pie.

-En ese caso, ¿por qué no los seguiste a pie?

-Estaba confundido.

-¿Confundido? ¡Asustado estabas! ¡Desertaste!

-¡No!

Ganelón extendió la espada y de nuevo la quitó en el último momento.

-¡No! -gritó el joven.

Ganelón movió nuevamente la espada.

-¡Sí! -gritó el muchacho-. ¡Tenía miedo!

-¿Y entonces huiste?

-¡Sí! ¡Corrí todo el tiempo! He estado huyendo desde...

-¿Y no sabes qué ocurrió después de eso?

-No.

-¡Mientes!

Tendió la .espada nuevamente.

-¡No! -dijo el muchacho-. Por favor...

Entonces yo avancé.

-Ganelón -dije.

Me miró y sonrió, bajando la espada. El muchacho buscó mis ojos.

-¿Qué tenemos aquí?

-¡Ja! -dijo, golpeando la parte interna del muslo del muchacho y haciéndole gritar-. Un ladrón, un desertor con una interesante historia que contar.

-Entonces bájalo y deja que la oiga -dije.

Ganelón se volvió y cortó la cuerda con un sólo movimiento de la espada. El muchacho cayó al suelo y comenzó a sollozar.

-Lo cogí tratando de robarnos las provisiones y pensé en interrogarlo acerca de la zona -dijo Ganelón-. Ha venido de Avalón rápidamente.

-¿Qué quieres decir?

-Era un soldado de infantería en una batalla que tuvo lugar allí hace dos noches. Durante la lucha se acobardó y desertó.

El muchacho comenzó a negarlo y Ganelón le dio una patada.

-¡Silencio! -dijo-. Lo estoy contando tal como tú me lo contaste!

El muchacho se hizo a un lado como un cangrejo y me miró con ojos abiertos e implorantes.

-¿Una batalla? ¿Quién estaba luchando? -pregunté.

Ganelón sonrió sombríamente.

-Suena un poco familiar -dijo-. Las fuerzas de Avalón estaban ocupadas en la que parece haber sido la más larga -y tal vez la última- de una extensa serie de confrontaciones con seres que no eran naturales.

-¿Ah?

Estudié al muchacho y éste bajó la mirada, pero antes pude ver el miedo que expresaban aquellos ojos.

-...Mujeres -dijo Ganelón-. Pálidas furias salidas de algún infierno, adorables y frías. Con armas y armaduras. De cabello largo y claro. Ojos como el hielo. Cabalgan monturas blancas que lanzan fuego, y que se alimentan de carne humana. Salían por la noche de sus cuevas del monte, que se abrieron con un terremoto hace varios años. Hacían incursiones y se llevaban cautivos a los hombres jóvenes, matando a los otros. Muchos de ellos aparecieron más tarde como una infantería de zombies, siguiendo a su vanguardia. Parece algo muy similar a los hombres del Círculo que conocimos.

-Pero muchos de ellos vivieron cuando se los liberó -dije-. Parece que no eran seres sin alma, sólo estaban como yo en una época: amnésicos. Es extraño -continué-, que no tapasen la boca de esas cuevas durante el día, si los jinetes sólo aparecían de noche...

-El desertor dice que lo intentaron -dijo Ganelón-, pero que al cabo de un tiempo volvían a salir, más fuertes que antes.

El muchacho tenía un color ceniciento, pero cuando lo miré con gesto inquisitivo asintió.

-Su General, a quien él llama el Protector, logró derrotarlos varias veces -continuó Ganelón-. Incluso pasó parte de una noche con su jefa, una zorra pálida llamada Lintra -aunque no sé con certeza si fue una charla frívola o una conferencia, pero de esto no salió nada positivo. Los asaltos continuaban y esas hordas se hacían más fuertes. El Protector finalmente decidió reunir fuerzas para lanzar un ataque decisivo, con la esperanza de destruirlas completamente. Fue durante esta batalla cuando él huyó -dijo, indicando al joven con un gesto de su espada-, razón por la cual no conocemos el final de la historia.

-¿Ocurrió así? -le pregunté.

El muchacho apartó la vista de la punta del arma, miró mis ojos por un momento y luego asintió lentamente.

-Es interesante -le dije a Ganelón-. Muy interesante. Tengo la sensación de que su problema está encadenado con el que acabamos de resolver. Desearía saber cómo terminó la batalla.

Ganelón asintió y cambió el arma de mano.

-Bien, si hemos terminado con él ya... -dijo.

-Espera. ¿Supongo que trataba de robar algo para comer?

-Sí.

-Desátale las manos. Lo alimentaremos.

-Pero trató de robarnos.

-¿No dijiste que una vez habías matado a un hombre por un par de zapatos?

-Sí, pero aquello fue diferente.

-¿Sí? ¿Por qué?

-Porque lo conseguí.

Reí. Me desarmó completamente y no podía dejar de reír. El pareció irritado, y luego desconcertado. Al fin también se echó a reír.

El muchacho nos contemplaba como si fuéramos un par de lunáticos.

-De acuerdo -aceptó Ganelón finalmente-, de acuerdo -y se inclinó, dio vuelta al muchacho de un sólo empujón y cortó la cuerda que le ataba las muñecas.

-Ven, amigo -dijo-. Te traeré algo que comer-, y se dirigió hacia donde estaban nuestras cosas y abrió varios paquetes de comida.

El zagal se incorporó y lo siguió lentamente, cojeando. Cogió la comida que le ofrecían y comenzó a comer rápida y ruidosamente, sin apartar la vista de Ganelón. Su información, de ser verdadera, me planteaba varias complicaciones, la más seria era que probablemente me resultaría más difícil obtener lo que quería en una tierra asolada por la guerra. También le daba más peso a mis miedos con respecto a la naturaleza y extensión del esquema de disolución.

Ayudé a Ganelón a encender un pequeño fuego.

-¿De qué modo influye esto en nuestros planes -dijo.

Yo no veía ninguna otra opción. Todas las sombras cercanas a lo que yo deseaba estarían afectadas por la misma plaga. Podría poner rumbo a una sombra que no tuviera estos problemas, pero habría tomado un camino equivocado. Lo que deseaba no lo conseguiría allí. Si las incursiones del caos interferían una y otra vez con el trayecto de mi deseo a través de las sombras, era señal de que estaban vinculadas a la naturaleza de mi deseo y tendría que enfrentarme a ellas, de un modo u otro, tarde o temprano. No habría manera de evitarlas. Tal era la naturaleza del juego, y yo no podía quejarme ya que era yo quien había estipulado las reglas.

-Continuamos -dije-. Es el lugar de mi deseo.

El muchacho dejó escapar un grito corto y entonces -quizá por algún sentimiento de deuda por haber impedido yo que Ganelón lo pinchara- me advirtió:

-¡No vayáis a Avalen, Señor! ¡Allí no hay nada que podáis desear! ¡Os matarán!

Le sonreí, agradeciéndoselo. Entonces Ganelón sonrió entre dientes y dijo:

-Llevémoslo con nosotros para que le juzguen por desertar.

Ante esto, el joven se puso en pie de un salto y echó a correr.

Aún riendo Ganelón sacó la daga y echó el brazo hacia atrás con la intención de lanzarla. Le golpeé el brazo y el lanzamiento dio muy lejos del blanco. El muchacho desapareció en el interior del bosque y Ganelón continuó riendo.

Recogió la daga de donde había caído y dijo:

-Sabes que deberías haber permitido que lo matara.

-Decidí no hacerlo.

El se encogió de hombros.

-Si vuelve y nos corta el cuello por la noche quizá cambies de opinión.

-Tal vez. Pero no vendrá, lo sabes.

Se encogió de hombros nuevamente, cortando un trozo de carne y calentándolo sobre el fuego.

-Bien, la guerra le ha enseñado a tener un buen par de pies -reconoció-. Quizá despertemos por la mañana.

Mordió un trozo y comenzó a masticar. Parecía una buena idea, por lo que corté un poco para mí.

Mucho más tarde, me desperté de un sueño agitado para contemplar las estrellas a través de una pantalla de hojas. Alguna parte de mi mente, forjadora de profecías, se había fijado en el muchacho y nos maltrataba a los dos con saña. Pasó mucho tiempo antes de dormirme.

Por la mañana tapamos las cenizas con tierra y continuamos nuestro camino. A la tarde entramos en las montañas y las dejamos atrás al día siguiente. Se veían recientes huellas en el sendero que seguíamos pero no nos encontramos con nadie.

Al día siguiente pasamos ante varias granjas y cabañas sin detenernos en ninguna. Había decidido no seguir el demoníaco camino agreste que ya utilizara para exiliar a Ganelón. Aún siendo muy corto, sabía que él lo encontraría tremendamente desconcertante. Esta vez había querido tener tiempo para pensar; de ahí que emprendiera un largo viaje innecesario. Ahora, sin embargo, el camino

estaba llegando a su fin. Aquella tarde, llegamos al cielo de Ámbar y yo lo admiré en silencio. Casi parecía que cabalgábamos por el Bosque de Arden. Pero no se oían las notas del cuerno, ni tampoco estaba Julián, ni Morgersten, ni perros infernales que nos hostigasen, como había en Arden la última vez que pasé por allí. Sólo se escuchaban las notas de los pájaros en los árboles de grandes troncos, la queja de una ardilla, el aullido de un zorro, el fragor de una catarata, los blancos y azules y rosas de las flores en la sombra.

Las brisas de la tarde resultaban dulces y frías; me adormecieron de tal manera que no estaba preparado para ver la hilera de tumbas recientes que apareció al lado del camino cuando doblamos un recodo. Cerca había un pequeño valle destrozado y pisoteado. Nos detuvimos allí brevemente, pero no nos enteramos de nada más que lo que se veía con la primera ojeada.

Más adelante pasamos por un lugar parecido, con varias tumbas calcinadas. En esa zona el camino estaba lleno de huellas y los arbustos que había a los lados pisoteados y rotos, como si hubieran pasado

muchos hombres y bestias. Ocasionalmente aparecía en el aire el olor a cenizas, y nos apuramos en dejar atrás el cadáver de un caballo parcialmente devorado en estado de adelantada descomposición.

El cielo de Ámbar .ya no me alentaba, aunque a partir de aquí el camino no presentó nuevos sobresaltos durante un buen trecho.

El día estaba acercándose ya a la noche y el bosque era considerablemente menos espeso cuando Ganelón notó las señales de humo hacia el sudoeste. Cogimos el primer sendero que parecía conducir hacia allí, aunque fuera tangente al que nos hubiera llevado a Avalón. Era difícil estimar la distancia, pero podíamos calcular que no llegaríamos hasta después del anochecer.

-¿Será el ejército todavía acampado? -preguntó Ganelón.

-O el del conquistador.

Meneó la cabeza y dejó la espada suelta en la vaina.

Hacia el crepúsculo dejé el camino para seguir un sonido de agua. Era una corriente limpia y clara que se había abierto camino desde las montañas y que todavía conservaba algo del frío de aquéllas. Allí me bañé,

recorté mi nueva barba y quité el polvo del camino de mis ropas. Estábamos culminando esta etapa de nuestro viaje, era mi deseo llegar con el poco esplendor que pudiera lograr. Apreciando esto, incluso Ganelón se remojó el rostro y se sonó ruidosamente.

De pie en la orilla, parpadeando, levanté al cielo los ojos recién lavados, y vi a la luna que se destacaba netamente, sin que sus bordes me resultasen ya borrosos. Era la primera vez que sucedía. Mi respiración se detuvo súbitamente y continué mirando. Entonces escudriñé el cielo buscando las estrellas tempraneras, escruté los bordes de las nubes, las distantes montañas, los árboles más lejanos. Miré de nuevo a la luna, y todavía se mantenía clara y firme. Mi visión volvía a ser normal.

Ganelón retrocedió ante el sonido de mi risa, y nunca preguntó lo que la había motivado.

Conteniendo las ganas de cantar, volví a montar y me encaminé nuevamente hacia el sendero. Mientras cabalgábamos las sombras se intensificaron, y a puñados resplandecían las estrellas entre las ramas que nos cubrían. Inhalé un gran trozo de noche, lo retuve un momento, y luego lo liberé. Volvía a ser yo mismo, era una sensación magnífica.

Ganelón se acercó y en voz baja dijo:

-Sin duda habrá centinelas.

-Sí -dije.

-¿Entonces no sería mejor que abandonáramos el sendero?

-No. Preferiría que no pareciéramos furtivos. No me importa que lleguemos si entramos escoltados. Somos simplemente dos viajeros.

-Quizá pregunten la razón de nuestro viaje.

-Pues somos mercenarios que oyeron hablar de una lucha en el reino y vienen a buscar empleo.

-Sí. Lo parecemos. Esperemos que se detengan lo suficiente para preguntar.

-Si no nos pueden ver bien, entonces tampoco seremos un buen blanco.

-Cierto, pero esto no me tranquiliza del todo.

Escuché los sonidos de los cascos de los caballos en el sendero. Que no era precisamente recto. Se retorcía y curvaba, luego se apartaba un poco, y entonces giraba hacia arriba. Al subir, los árboles se hicieron más escasos aún.

Llegamos a la cima de una>colina, la zona estaba completamente despejada. Tiramos de las riendas ante un abrupto precipicio de diez o quince metros que luego se convertía en una pendiente más suave, extendiéndose hacia una amplia pradera tal vez a un kilómetro y medio de distancia y más allá había un área accidentada y esporádicamente boscosa. La pradera estaba moteada de hogueras y había unas pocas tiendas en el centro del campamento. Un gran número de caballos pastaba cerca, y calculé que habría varios cientos de hombres al lado de los fuegos o en los alrededores.

Ganelón suspiró.

-Al menos parecen hombres normales -dijo.

-Sí.

-...Y si son soldados normales, ahora mismo probablemente estemos siendo vigilados. Este es un punto de observación demasiado bueno para que lo dejen desguarnecido.

-Sí.

De atrás nuestro vino un ruido. Comenzábamos a volvernos cuando una voz cercana dijo:

-¡No os mováis!

Continué girando la cabeza y vi a cuatro hombres. Dos de ellos tenían arcos apuntándonos y los otros dos empuñaban espadas. Uno de estos avanzó dos pasos.

-¡Desmontad! -ordenó-. ¡Por este lado! ¡Despacio!

Nos apeamos de los caballos y quedamos enfrente de él, con las manos apartadas de las armas.

-¿Quién sois? ¿De dónde venís? -preguntó.

-Somos mercenarios -repliqué-, de Lorraine. Oímos que se estaba luchando aquí y vinimos en busca de empleo. Nos dirigíamos hacia aquel campamento de allí abajo. Es vuestro, ¿no?

-... ¿Y si os digo que no, que somos un patrulla de una fuerza que va a invadir el campamento?

Me encogí de hombros.

-En ese caso, ¿está vuestro bando interesado en contratar a un par de hombres?

El escupió.

-El Protector no necesita hombres de vuestra especie -dijo -¿De qué dirección venís?

-Del este -contesté.

-¿Os habéis encontrado con alguna... dificultad... recientemente?

-No -dije-. ¿Deberíamos haber tenido tropiezos?

-No lo sé -replicó-. Dejad vuestras armas. Voy a enviaros al campamento. Querrán interrogaros acerca de cualquier cosa que podáis haber visto en el este, cualquier cosa inusual.

-No hemos visto nada extraño -aseguré.

-Pase lo que pase, probablemente os den de comer. Aunque dudo que seáis contratados. Habéis llegado un poco tarde para la lucha. Ahora quitaos las armas.

Mientras nos desabrochábamos los cinturones llamó a dos hombres más que permanecían escondidos entre los árboles. Les ordenó que nos escoltaran hasta abajo, a pie. Teníamos que llevar nuestros caballos. Los hombres cogieron nuestras armas, y mientras nos volvíamos para marchar, nuestro interrogador gritó:

-¡Esperad!. -Di media vuelta.

-Tú. ¿Cuál es tu nombre? -me preguntó.

-Corey -dije.

-Estáte quieto.

Se aproximó, acercándose mucho. Me miró quizá durante diez segundos.

-¿Qué sucede? -le pregunté.

En vez de contestarme, metió la mano en una bolsa que llevaba en el cinturón. Extrajo un puñado de monedas y las acercó a sus ojos.

-¡Maldición! Está demasiado oscuro -exclamó-, y no podemos encender una luz.

-¿Para qué? -dije.

-Oh, no tiene mucha importancia -contestó-. Pero tu cara me pareció familiar, y estaba tratando de saber por qué. Te pareces a la cabeza que hay estampada en nuestras viejas monedas. Unas pocas de ellas todavía están en circulación.

-¿No se parece? -le preguntó al arquero más próximo.

El hombre bajó su arco y avanzó. Me observó desde unos pasos de distancia.

-Sí, -dijo entonces-, se parece.

-¿Quién era aquel en el que estamos pensando?

-Uno de los antiguos. Vivió mucho antes de mi nacimiento. No lo recuerdo.

-Yo tampoco. Bien... -se encogió de hombros-. No importa. Vete, Corey. Contesta a las preguntas sinceramente y no se te hará daño.

Me volví y lo dejé allí a la luz de la luna, mirándome y rascándose la cabeza.

Los hombres que nos escoltaban no eran habladores. Lo mismo daba.

Durante todo el trayecto me pregunté acerca de la historia contada por el muchacho y del final del conflicto que había descrito, ya que había llegado a la analogía física del mundo de mi deseo, y ahora tendría que operar teniendo en cuenta la situación existente.

El campamento tenía el agradable olor de hombres y bestias, humo de leños, carne asándose, cuero y aceite, todos entremezclados con la luz de las fogatas donde los hombres hablaban, afilaban armas, reparaban artefactos, comían, jugaban, dormían, bebían y nos miraban mientras conducíamos a nuestros caballos por entre ellos, escoltados, hacia un trío de ajadas tiendas situadas casi en el centro. Conforme avanzábamos, se formaba en torno nuestro una esfera de silencio.

Nos detuvieron ante la segunda tienda en tamaño y uno de nuestros guardias habló con un hombre que estaba vigilando la zona. El hombre meneó la cabeza varias veces y señaló hacia la tienda más grande. El intercambio duró varios minutos, entonces nuestro guardia volvió y habló con el otro guardia que estaba a nuestra izquierda. Finalmente, nuestro hombre asintió y se aproximó a mí mientras el otro llamaba a un hombre de la fogata más cercana.

-Los oficiales están todos reunidos en la tienda del Protector -dijo-. Vamos a llevarnos vuestros caballos a pastar. Coged nuestras cosas y colocadlas aquí. Tendréis que esperar para ver al capitán.

Asentí y nos pusimos a descargar nuestras pertenencias, luego cepillamos a los caballos. Palmeé a Star en el cuello y vi como un hombre que cojeaba conducía mi caballo y el de Ganelón, Firedrake, hacia donde se hallaban los otros. Entonces nos sentamos sobre nuestros bártulos y esperamos. Uno de los guardias nos trajo algo de té caliente y aceptó un poco de mi tabaco. Luego se apartaron, colocándose a nuestra espalda a cierta distancia.

Contemplé la tienda grande, sorbí el té y pensé en Ámbar y en un pequeño *night club* de la Rué de Char et Pain, en Bruselas, allí en la Sombra Tierra en la cual había vivido durante tanto tiempo. Una vez que obtuviera el colcótar de los joyeros que necesitaba, me dirigiría a Bruselas

para tratar de nuevo con los traficantes de armas de la Gun Bourse. Mi pedido sería caro y complicado, me daba cuenta, ya que habría que convencer a algún fabricante de municiones para que instalase una línea de producción especial. Conocía a otros fabricantes terrestres además de los de Interamco, debido a mi historial militar itinerante, y estimé que tan sólo me llevaría unos pocos meses el conseguir mi pedido. Comencé a considerar los detalles y el tiempo pasó rápidamente y de forma agradable.

Probablemente transcurrió cosa de media hora. Entonces las sombras de dentro de la gran tienda se movieron. Varios minutos después la cortina de entrada se hizo a un lado y comenzaron a salir hombres, lentamente, hablando entre ellos, mirando hacia la tienda. Los dos últimos se detuvieron a la entrada, todavía hablando con alguien que permanecía en el interior. El resto se metió en las demás tiendas.

Los dos de la entrada salieron al exterior, mirando hacia dentro. Pude oír el sonido de sus voces, aunque no discernir lo que decían. Al salir ellos más afuera, el hombre con el que estaban hablando también se movió y pude entreverle. A contraluz y medio tapado por los dos oficiales, pero pude ver que era delgado y muy alto.

Nuestros guardias aún no se habían movido, lo que indicaba que uno de esos dos oficiales era el capitán antes mencionado. Yo continué mirando, deseando que se apartaran para que me dejaran ver mejor a su superior.

Al cabo de un tiempo lo hicieron, y unos momentos después él dio un paso hacia adelante.

Al principio no pude estar seguro de si era un ilusión causada por el juego de la luz y las sombras... ¡Pero no! Se movió nuevamente y por un momento le vi con claridad. Le faltaba el antebrazo, desde un punto un poco por debajo del codo. Iba tan lleno de vendajes que supuse que la pérdida era muy reciente.

Entonces su larga mano izquierda descendió con gesto enérgico y quedó suspendida a una buena distancia de su cuerpo. El muñón dio un brinco al mismo tiempo, y lo mismo hizo algo en mi mente. Su cabello era largo, lacio y castaño, y vi el modo en que su mandíbula se proyectaba...

Entonces salió fuera, y la brisa hizo temblar la capa hacia su derecha. Vi que llevaba camisa amarilla y calzas pardas. La capa era de un color naranja fuego, y él cogió el borde con un movimiento insólitamente rápido de la mano izquierda y se la enroscó inmediatamente cubriendo el muñón. Me puse en pie con rapidez y su cabeza se volvió velozmente.

Nuestras miradas se encontraron, y ninguno de los dos se movió durante varios latidos de corazón.

Los dos oficiales se volvieron a contemplar, y entonces él los hizo a un lado y con largos pasos se encaminó hacia mí. Escuché que Ganelón mascullaba algo y se ponía rápidamente de pie. Nuestros guardias también se vieron sorprendidos.

Se detuvo a varios pasos de mí y sus ojos castaño claros me recorrieron. El raramente sonreía, pero esta vez logró hacerlo ligeramente.

-Ven conmigo -dijo, y se volvió hacia la tienda.

Lo seguimos, dejando nuestras cosas donde estaban.

Con una mirada despidió a los dos oficiales, se detuvo ante la entrada de la tienda y nos indicó que entráramos. Nos siguió, dejando que la cortina se cerrara detrás suyo. Mis ojos recorrieron su camastro, una pequeña mesa, bancos, armas y un cofre de campaña. Sobre la mesa había una lámpara de aceite, y también libros, mapas, una botella y algunas tazas. Sobre el cofre titilaba otra lámpara.

Estrechó mi mano y sonrió nuevamente.

-Corwin -dijo-, y todavía vivo.

-Benedict -agregué yo, con una sonrisa-, y aún respirando. Han pasado siglos.

-Realmente. ¿Quién es tu amigo?

-Su nombre es Ganelón.

-Ganelón -dijo, saludándole con la cabeza pero sin ofrecerle la mano.

Entonces se dirigió a la mesa y sirvió tres copas de vino. Me alcanzó una, otra a Ganelón, y alzó la tercera.

-A tu salud, hermano -dijo.

-A la tuya.

Bebimos.

Entonces, señalando el banco más cercano, y sentándose él a la mesa, nos dijo:

-Sentaos, y bienvenidos a Avalón.

-Gracias... Protector.

Sonrió con una mueca.

-El título me lo he ganado -dijo llanamente, aún estudiando mi rostro-. ¿Me pregunto si su anterior protector podría decir lo mismo?

-No era este lugar -repliqué-, y estoy seguro de que podría.

Se encogió de hombros.

-Por supuesto -dijo-. ¡Basta de eso! ¿Dónde has estado? ¿Qué has estado haciendo? ¿Por qué has venido aquí? Cuéntame algo de ti. Ha pasado mucho tiempo.

Asentí. Era una lastima, pero tanto la etiqueta familiar como el equilibrio del poder requerían que yo contestara a sus preguntas antes de preguntar a mi vez. El era mayor que yo, y yo -aunque sin saberlo- había entrado dentro de su esfera de influencia. No es que yo no quisiese brindarle esta cortesía. El era uno de los pocos de entre mis parientes a quien yo respetaba e incluso apreciaba. Sólo que me estaba muriendo por interrogarlo. Había pasado, tal como él había dicho, demasiado tiempo.

¿Y cuánto debía decirle ahora? No tenía ninguna idea del lado en que podrían estar sus simpatías. No deseaba descubrir las razones de su auto-impuesto exilio de Ámbar mencionándole cosas que sería mejor callar. Tendría que comenzar con algo relativamente neutral y sondearlo mientras yo hablaba.

-Por algún lado hay que comenzar -dijo-. Tú mismo puedes elegir.

-Hay muchos comienzos -dije-. Es difícil... supongo que debería remontarme hasta el comienzo de todo y seguir los hechos.

Bebí otro sorbo de vino.

-Sí -decidí-. Parece lo más sencillo aunque hace relativamente poco que recordé muchas de las cosas ocurridas.

«Varios años después de la victoria sobre los jinetes Lunares de Ghenesh y de tu partida, Eric y yo tuvimos una seria disputa -comencé-. Sí, fue una pelea por la sucesión. Papá había comenzado a especular nuevamente con la abdicación, y todavía se seguía negando a nombrar sucesor. Naturalmente, volvieron a encenderse las viejas discusiones sobre quién era el más legítimo para ocupar el trono. Por supuesto, tú y Eric sois mayores que yo, pero mientras que Faiella, madre de Eric y mía, fue su esposa después de la muerte de Clymnea, ellos...

-¡Basta! -gritó Benedict, pegando tal puñetazo en la mesa que ésta crujió.

La lámpara osciló y escupió fuego, pero por algún milagro no cayó. Inmediatamente se abrió la cortina de entrada de la tienda, y se asomó un preocupado guardia. Una mirada de Benedict le hizo retroceder al instante.

-No deseo retornar al tema de nuestros respectivos orígenes bastardos -dijo Benedict suavemente-. Ese pasatiempo obsceno fue una de las razones por las cuales inicialmente me aparté de la felicidad. Por favor, continúa con tu historia sin añadir comentarios al margen.

-Bien... Sí -dije, tosiendo ligeramente-. Como iba diciendo, tuvimos algunas discusiones más bien ásperas concernientes a todo ese asunto. Entonces, una tarde, fue más allá de simples palabras. Luchamos.

-¿Un duelo?

-No fue tan formal. Lo más idóneo sería decir que fue una decisión simultánea de matarnos mutuamente. De cualquier modo, luchamos bastante tiempo y finalmente Eric me venció y procedió a pulverizarme. Con riesgo de adelantarme a mi historia, debo añadir que todo esto sólo lo recordé hace unos cinco años.

Benedict asintió, como si entendiera.

-Sólo puedo hacer conjeturas con respecto a lo que sucedió inmediatamente después de que perdiera la conciencia -continué-. Pero Eric estuvo a punto de matarme él mismo. Cuando desperté, me encontraba en un sombra, la Tierra, en un sitio llamado Londres. La plaga hacía estragos en ese tiempo, y yo la había cogido. Me recuperé sin

recordar nada de mi vida anterior; nada antes de Londres. Viví en aquella sombra durante siglos, buscando alguna pista que me ayudara a recordar mi identidad. Recorrí todo aquel mundo, a menudo participando en campañas, militares. Fui a sus universidades, hablé con algunos de sus hombres más sabios, consulté a médicos famosos. Pero en ningún sitio pude encontrar la clave de mi pasado. Me resultaba obvio que no era igual a los otros hombres, y me resultó muy difícil ocultarlo. Estaba furioso porque podía tener cualquier cosa que deseara excepto lo que más quería: mi identidad, mis recuerdos.

«Pasaron los años, pero esta ira y añoranza no cesaron. Tuvo que ser un accidente que me fracturó el cráneo lo que puso en movimiento los cambios que condujeran al retorno de mis antiguos recuerdos. Esto ocurrió hace aproximadamente cinco años, y la ironía del caso es que tengo buenos motivos para creer que Eric fue el responsable de tal accidente. Al parecer, Flora había estado residiendo en aquella Sombra Tierra todo el tiempo, vigilándome.

«Volviendo a las conjeturas, Eric debió detener su mano en el último instante, deseando mi muerte pero sin querer que todas las sospechas recayeran sobre él. Así que me transportó a través de la Sombra a un lugar donde obtendría una muerte casi segura y repentina, indudablemente para regresar y decir que habíamos discutido y que yo me había largado en un arrebato de cólera, murmurando algo de que me marchaba otra vez. Aquel día habíamos estado cazando en el bosque de Arden juntos, los dos solos.

-Me resulta extraño -interrumpió Benedict- que a dos rivales como vosotros os diera por cazar juntos en tales circunstancias.

Bebí un sorbo de vino y sonreí.

-Quizá fuera un juego algo más planeado de lo que he dado a entender -dije-. Tal vez ambos nos alegrábamos de tener la oportunidad de cazar juntos, los dos solos.

-Ya veo -replicó-. ¿O sea que nuestros papeles podrían haberse invertido?

-Bien -dije-, es difícil de decir. No creo que yo hubiera ido tan lejos. Por supuesto, lo digo ahora. La gente cambia, ya sabes. ¿En aquel entonces...? Sí, quizá le hubiera hecho lo mismo que él hizo. No lo puedo asegurar, pero es posible.

Asintió nuevamente, y yo sentí una ráfaga de ira que rápidamente se transformó en diversión.

-Afortunadamente, no me encuentro aquí para justificar mis motivos en nada -continué-. Siguiendo con mis especulaciones, creo que Eric a partir de entonces me mantuvo vigilado, sin duda primero disgustado porque hubiera sobrevivido, pero satisfecho de mi desvalimiento. Dispuso que Flora me siguiera los pasos, y el mundo permaneció en paz por un tiempo. Entonces, presumiblemente, Papá abdicó y desapareció sin que el asunto de la sucesión quedara zanjado...

-¡Qué diablos! -dijo Benedict-. No hubo ninguna abdicación. Simplemente, desapareció. Una mañana resultó que no se encontraba en sus aposentos. Su cama ni siquiera había sido deshecha. No había ningún mensaje. Le habían visto entrar en sus habitaciones la noche anterior, pero nadie le vio salir. Durante mucho tiempo esto no fue considerado como algo extraño. Al principio simplemente se pensó que se había ido nuevamente a vagar por la sombra, quizá para buscar otra esposa. Pasó largo tiempo antes de que nadie se atreviera a pensar en un juego sucio ni nadie quisiese ver en lo ocurrido una nueva forma de abdicación.

-No estaba al tanto de esto -dije-. Tus fuentes de información parecen haber estado más cerca del meollo que las mías.

Se limitó a asentir con la cabeza, dejando que me devanase los sesos para adivinar sus contactos en Ámbar. Por lo que sabía, él podría estar a favor de Eric actualmente.

-¿Cuándo fue la última vez que estuviste allí? -me arriesgué a preguntar.

-Hace unos veinte años -replicó-, pero me mantengo en contacto.

¡Mas no con nadie que pudiera habérmelo dicho! El debía ser consciente de esto, o sea que me estaba dando un aviso ¿o una amenaza? Mi mente funcionaba a gran velocidad. Por supuesto, él poseía un mazo de los Triunfos Mayores. Los extendí mentalmente, recorriéndolos frenético. Random había reconocido que desconocía el paradero de Benedict. Brand había desaparecido hacía mucho. Tenía pruebas de que se hallaba vivo, prisionero en algún lugar desagradable y sin ninguna posibilidad de informar de lo que ocurría en Ámbar. Flora no pudo haber sido su contacto, ya que ella misma había estado virtualmente exiliada en la Sombra hasta muy recientemente. Llewella estaba en Rabma. Deirdre también estaba en Rabma, y había caído en desgracia en Ámbar la última vez que la vi. ¿Piona? Julián me había dicho que se encontraba «en algún lugar del sur». No estaba seguro del lugar. ¿Quién quedaba?

El mismo Eric, Julián, Gérard o Caine. Tachemos a

Eric. El no hubiera dado los detalles de la no-abdicación de Papá de un modo que permitiera que Benedict se tomara el asunto como lo había hecho. Julián apoyaba a Eric, pero no estaba exento de ambiciones personales del más alto nivel. Podría dar información si le beneficiaba. Lo mismo Caine. Gérard, por otro lado, siempre me había parecido más interesado en el bienestar de Ámbar que en saber quién se sentaría en el trono. No estaba muy a favor de Eric, y una vez había estado dispuesto a ayudarnos a Bleys o a mí. Estaba seguro de que él habría considerado el que Benedict estuviera al tanto de los acontecimientos como algo parecido a una póliza de seguro para el reino. Sí, tenía que ser uno de estos tres. Julián me odiaba. Caine no me quería ni me odiaba particularmente, y Gérard y yo compartíamos recuerdos agradables que se remontaban a mi infancia. Tendría que averiguar rápidamente quién era... y él todavía no estaba dispuesto a decírmelo, por supuesto, sin saber nada de mis actuales proyectos. Cualquier enlace con Ámbar podría ser

utilizado rápidamente para dañarme o en mi beneficio, dependiendo de su deseo y la persona que estuviera al otro lado. Por lo tanto, le servía tanto de espada como de escudo, y yo de algún modo me sentía herido porque hubiera elegido mostrar estos recursos tan pronto. Preferí pensar que su reciente mutilación le había vuelto anormalmente cauto, ya que yo jamás le había dado motivos de preocupación. Sin embargo también esto me hacía sentir especialmente prudente, algo realmente triste cuando uno se encuentra de nuevo con un hermano después de tantos años.

-Es interesante -dije, agitando la copa de vino-. Visto así, es como si todos hubiesen obrado prematuramente.

-No todos -dijo.

Sentí que mi rostro enrojecía.

-Discúlpame -dije.

Asintió con cortesía.

-Por favor, continúa tu historia.

-Bien, para continuar con mi cadena de suposiciones -dije-, cuando Eric decidió que el trono había estado vacante bastante tiempo y que había llegado el momento de que él actuara, también debió decidir que mi amnesia no era suficiente y que sería mejor hacer desaparecer completamente mi pleito. En aquel momento planeó que

yo tuviera un accidente en la Sombra Tierra, un accidente que debió haber sido fatal pero que falló.

-¿Cómo lo sabes? ¿A dónde llegan los datos y dónde empiezan las suposiciones?

-Flora vino a reconocerlo todo, incluida su propia complicidad en el asunto, cuando más tarde la interrogué.

-Muy interesante. Continúa.

-El golpe en la cabeza me proporcionó lo que incluso Sigmund Freud fue incapaz de darme antes -dije-. Me volvieron recuerdos fragmentados que crecieron y crecieron en intensidad, especialmente después de encontrar a Flora y verme expuesto a muchas cosas que estimularon mi memoria. Fui capaz de convencerla de que estaba completamente recuperado, por lo que su conversación fue abierta con respecto a la gente y los hechos. Entonces apareció Random, que huía de algo...

-¿Huía? ¿De qué? ¿Por qué?

-De unas criaturas extrañas salidas de la Sombra. Nunca averigüé por qué.

-Interesante -dijo, y tuve que estar de acuerdo. Yo había pensado en ello a menudo, allí en mi celda, preguntándome en primer lugar por qué Random se escabullía del acoso de aquellas furias. Desde el momento en que nos encontramos hasta que nos separamos, siempre estuvimos en algún peligro; yo estaba preocupado por mis propios problemas y él no había comentado nada concerniente a su repentina aparición. Por

supuesto, pensé en ello desde que lo vi, pero no sabía si se trataba de algo que yo debería saber, por lo que lo dejé pasar. Luego los acontecimientos me obligaron a olvidarlo hasta que volví a pensar en ello más tarde en la celda y ahora otra vez. ¿Interesante? Realmente. También preocupante.

-Logré engañar a Random con respecto a mi condición -continué-. El creyó que perseguía el trono, cuando lo único que conscientemente buscaba era mi memoria. Estuvo de acuerdo en ayudarme a volver a Ámbar, y lo hizo con éxito. Bueno, casi -corregí-. Terminamos en Rabma. Para entonces le había expuesto a Random mi verdadera situación, y él me propuso que recorriera nuevamente el Patrón como medio de recuperar completamente la memoria. Era mi oportunidad, y la aproveché. Resultó efectivo, y utilicé el poder del Patrón para transportarme a Ámbar.

El sonrió.

-En ese momento, Random debía de ser un hombre muy desdichado.

-Ciertamente, no estaba como unas castañuelas -dije-. Había aceptado el veredicto de Moire, de que se casara con una mujer elegida por ella -una muchacha ciega llamada Vialle- y que permaneciera allí a su lado por lo menos un año. Yo lo dejé atrás, y más tarde me enteré de que lo había hecho. Deirdre también se encontraba allí. Nos la habíamos encontrado en el camino, cuando huía de Ámbar, y los tres entramos en Rabma juntos. Ella también se quedó allí.

Terminé el vino y Benedict me señaló la botella con la cabeza. Como estaba vacía, sacó otra botella del cofre y llenamos nuestras copas. Tomé un trago largo. Era un vino mejor que el anterior. Debía ser de su bodega privada.

-En el palacio -continué-me abrí camino hasta la biblioteca, donde conseguí un mazo del Tarot. Este fue el motivo principal por el que me arriesgué a ir allí. Pero antes de poder hacer mucho más fui sorprendido por Eric y luchamos. Logré herirlo y creo que podría haber acabado con él si no hubiera sido porque llegaron refuerzos, y me vi obligado a huir. Entonces me puse en contacto con Bleys, quien me abrió un paso hacia él en la Sombra. Ya te habrás enterado del resto por tus propias fuentes. Que Bleys y yo nos aliamos, asaltamos Ámbar y perdimos. El cayó desde los escarpados de Kolvir. Yo le arrojé mis Tarots y él los cogió. Por lo que tengo entendido, su cuerpo nunca fue hallado. Pero cayó desde una gran altura, aunque creo que entonces la marea estaba alta. No sé si aquel día murió o no.

-Yo tampoco -dijo Benedict.

-Luego fui hecho prisionero y Eric fue coronado. Se me obligó a asistir a la coronación, a pesar de mi resistencia. Yo logré coronarme antes de que ese bastardo -genealógicamente hablando- me arrebatara la corona y se la colocara. A continuación me destrozó los ojos y me arrojó a las mazmorras.

Se inclinó hacia adelante y estudió mi rostro.

-Sí -dijo-, lo sabía. ¿Cómo lo hicieron?

-Con hierros al rojo vivo -dije, sobresaltándome involuntariamente y reprimiendo el impulso de tocarme los ojos-. En algún momento del tormento me desmayé.

-¿Hubo realmente contacto con las esferas oculares?

-Sí -dije-. Creo que sí.

-¿Y cuánto tiempo tardaron en regenerar?

-Pasaron alrededor de cuatro años antes de que pudiera ver de nuevo -dije-, y la vista sólo ahora está volviendo a la normalidad. En total serían unos cinco años.

Se apoyó en el respaldo, suspiró, y sonrió levemente.

-Bien -dijo-. Me das una pequeña esperanza. Otros de nosotros han perdido antes porciones de su anatomía y también experimentaron la regeneración, por supuesto, pero yo nunca perdí nada significativo... hasta ahora.

-Oh, sí -dije-. Es un récord de lo más impresionante. Lo seguí regularmente durante años. Hemos recuperado una auténtica colección de trozos y piezas, muchas de las cuales me atrevería a decir que ya están olvidadas. Las principales mías son: articulaciones de los dedos, dedos de los pies, lóbulos de las orejas. Diría que hay esperanza para tu brazo. Aunque no en lo inmediato, por supuesto. Es una gran ventaja que seas ambidextro -añadí.

Su sonrisa aparecía y desaparecía y bebió un sorbo de vino. No, no estaba dispuesto a decirme lo que le había ocurrido.

Yo bebí un trago del mío. No quería mencionarle lo de Dworkin. Quería reservármelo como una especie de as en la manga. Ninguno de nosotros entendía toda la extensión del poder de aquel hombre, y era obvio que estaba loco. Pero podía ser manipulado. Incluso Papá había llegado al parecer a temerle con el tiempo, y le hizo encerrar. ¿Qué me había dicho allí en mi celda? Que Papá lo había confinado después de que le dijera que había descubierto un modo de destruir toda Ámbar. Si esto no era una divagación de una mente psicópata y era la verdadera razón por la que estaba donde se hallaba, entonces Papá había sido más generoso de lo que yo habría sido. El hombre era demasiado peligroso para que se le permitiera vivir. Aunque por otro lado, Papá había intentado curarle. Dworkin me habló de doctores, a los que había aterrorizado o destruido descargando sobre ellos su poder. La mayoría de los recuerdos que yo guardaba de él me lo presentaban como un anciano sabio y amable, muy devoto de Papá y del resto de la Familia. Sería muy difícil destruir a alguien así mientras hubiese alguna esperanza. Había sido confinado a un lugar del que se suponía era imposible escapar. Sin embargo, llegó un día que se aburrió, y simplemente salió de allí. Ningún hombre podía caminar por la Sombra en Ámbar, el único lugar donde ésta no existía, por lo que realizó algo que yo no entendía, algo que tenía que ver con los principios en que se basan los Triunfos, y así abandonó su calabozo. Antes de que volviese a él pude persuadirlo de que me suministrara una salida similar de

mi propia celda, y me transportó al faro de Cabra, donde logré recuperarme un poco para emprender el viaje que me llevó hasta Lorraine. Lo más probable es que aún no le hubieran descubierto. A mi entender, nuestra familia siempre había poseído poderes especiales, pero fue él quien los analizó, y formalizó sus funciones por medio del Patrón y los Tarots. A menudo había tratado él de discutir sobre el tema, pero a la mayoría de nosotros nos parecía terriblemente abstracto y aburrido. ¡Maldición, somos una familia demasiado pragmática! Brand fue el único que pareció mostrar algún interés en el tema. Y Piona. Casi lo había olvidado. A veces Piona escuchaba. Y Papá. Papá conocía una cantidad increíble de cosas de las que jamás hablaba. El nunca tuvo mucho tiempo para nosotros, y nosotros desconocíamos muchas cosas sobre él. Pero probablemente él estaba tan al tanto de los principios como Dworkin. Su principal diferencia era la de la aplicación. Dworkin era un artista. Realmente no sé lo que era Papá. Nunca fomentó la intimidad, aunque no era un padre indiferente. Siempre que se acordaba de nosotros, era muy pródigo en regalos y diversiones. Pero dejó nuestra educación a cargo de varios miembros de su corte. Creo que nos toleraba como consecuencias casuales e inevitables de la pasión. En realidad, estoy bastante sorprendido de que la familia no sea mucho más amplia. Nosotros trece, más dos hermanos y una hermana que conocí y están muertos, representan cerca de mil quinientos años de producción paternal. Según oí contar, hubo algunos más, mucho antes que nosotros, que no habían sobrevivido. No representábamos ninguna media de campeonato para un monarca tan licencioso, pero tampoco ninguno de nosotros había demostrado ser excesivamente fértil. Tan pronto como fuimos capaces de defendernos y de caminar por la Sombra, Papá nos alentó a hacerlo, para encontrar lugares donde fuésemos felices y establecernos. Esto era lo que me había llevado a la Avalón que ya no existía. Que yo supiese, los orígenes de Papá tan sólo eran conocidos por él. Nunca me había encontrado con nadie cuya memoria se remontara hacia un pasado en que no existiera Oberon. ¿Extraño? ¿No conocer de dónde viene el propio padre, especialmente cuando uno ha tenido siglos para ejercitar la curiosidad? Sí. Pero él era reservado, poderoso, astuto... cualidades que todos poseemos hasta cierto punto. El quería que estuviéramos bien situados y satisfechos: pero nunca tanto como para poder ser una amenaza para su propio reinado. Creo que en él existía un elemento de incomodidad, un sentimiento no injustificable de precaución para que no supiésemos demasiado acerca de él y de los tiempos remotos. Realmente no creo que él previese nunca un futuro en que no reinara sobre Ámbar. Esporádicamente hablaba, en broma o rezongando, de la abdicación. Pero siempre tuve la sensación de que se trataba de algo calculado para ver qué reacciones provocaba. Debía darse cuenta del estado de cosas que su marcha produciría, pero siempre se negó a creer que esa situación pudiera ocurrir. Y ninguno de nosotros conocía completamente sus deberes y responsabilidades, sus alianzas secretas. Por más que me molestase admitirlo, me estaba dando cuenta de que ninguno de nosotros estaba verdaderamente capacitado para ocupar el trono. Me hubiera gustado culpar a Papá por esta impericia, pero desafortunadamente había conocido a Freud demasiado tiempo como para

no ser consciente del significado de tal hecho. También comenzaba a preguntarme acerca de la validez de cualquiera de nuestras pretensiones al trono. Si no había existido ninguna abdicación y él todavía estaba vivo, a lo más que podíamos aspirar era a la regencia. No me agradaría que retornara -especialmente si yo estaba en el trono- y se encontrara con un usurpador. Hay que reconocerlo, le tenía miedo, y no sin motivo. Sólo un tonto no teme a un poder genuino que no entiende. Pero ya fuese el título de rey o regente, mi derecho a él era mucho más sólido que el de Eric y seguía determinado a conquistarlo. Si un poder proveniente del oscuro pasado de Papá, incomprensible para todos nosotros, podía ayudarme, y si Dworkin era ese poder, entonces sería mejor ocultarlo hasta que pudiera ser utilizado a mi favor. Incluso, me pregunté a mi mismo, si su poder incluía el de destruir a la misma Ámbar, y con ello hacer añicos los mundos de sombra y eliminar toda existencia tal como yo la entendía.

Especialmente en ese caso, me respondí. ¿A quién sino se le podría confiar tal poder?

Somos una familia realmente pragmática.

Más vino; vacié la pipa, la limpié y la llené nuevamente.

-Esa es básicamente mi historia hasta hoy -dije contemplando mi trabajo e incorporándome para encender la pipa con la lámpara-. Después de recuperar la vista, logré escapar, huí de Ámbar, permanecí un tiempo en un sitio llamado Lorraine, donde hallé a Ganelón, y luego vine aquí.

-¿Por qué?

Me senté otra vez y le miré.

-Porque esta sombra es muy parecida a la Avalen que conocí en otro tiempo -dije.

Adrede había evitado mencionarle cualquier encuentro anterior con Ganelón, y esperaba que éste lo entendiera. Esta sombra era lo suficientemente parecida a nuestra Avalón como para que Ganelón estuviera familiarizado con su topografía y sus principales costumbres. Por lo que pudiera ocurrir, parecía políticamente beneficioso ocultarle esta información a Benedict.

-¿Y tu fuga? -preguntó-. ¿Cómo lo lograste?

-Tuve ayuda, por supuesto -admití-, para salir de la celda. Una vez fuera... bueno, todavía hay algunos pasadizos que Eric desconoce.

-Ya veo -dijo, esperando naturalmente que continuara y le mencionara los nombres de los que me ayudaron, pero sabiendo que era mejor no preguntar.

Aspiré una bocanada de mi pipa y me eché atrás, sonriendo.

-Es bueno tener amigos -añadió, como si estuviera de acuerdo con algún pensamiento inexpresado que yo pudiera tener.

-Creo que todos tenemos algunos en Ámbar.

-Me gusta creerlo -dijo. Luego agregó-: Tengo entendido que al irte dejaste cerrada y parcialmente horadada la puerta de tu celda, que prendiste fuego a tu camastro y que había dibujos en la pared.

-Sí -dije-. Un confinamiento prolongado afecta a la mente humana. Por lo menos a la mía. Sé que durante largos períodos me comporté irracionalmente.

-No te envidio la experiencia, hermano -dijo-. Bajo ningún aspecto. ¿Cuáles son tus planes ahora?

-Todavía son inciertos.

-¿Crees que desearías quedarte aquí?

-No lo sé -contesté-. ¿Cuál es el estado de las cosas aquí?

-Gobierno yo -dijo. Fue la simple constatación de un hecho, no un alarde-. Creo que acabo de tener éxito en mi objetivo de destruir la única amenaza de peso para el reino. Si estoy en lo cierto, entonces se aproxima un período razonablemente tranquilo. El precio fue alto -contempló lo que quedaba de su brazo-, pero valió la pena, como pronto se comprobará cuando las cosas hayan retornado a la normalidad.

Entonces procedió a relatar lo que básicamente era la situación que había contado el muchacho, continuando hasta explicar cómo habían ganado la batalla. Una vez muerta la jefa de las Doncellas del Infierno, sus jinetes se habían desbandado, huyendo. Entonces mataron a la mayoría, y las cuevas quedaron selladas de nuevo. Benedict había decidido mantener una pequeña fuerza en el campo con el propósito de acabar con las tropas restantes, y sus destacamentos recorrían el área en busca de supervivientes.

No hizo ninguna mención de su encuentro con Lintra.

-¿Quién mató a su jefa? -le pregunté.

-Yo lo logré -dijo, haciendo un súbito movimiento con su muñón-. Aunque tardé un instante de más en decidirme a dar el primer golpe.

Aparté la vista y lo mismo hizo Ganelón. Cuando miré nuevamente su rostro había recuperado la normalidad y había bajado el brazo.

-Te buscamos. ¿Sabías eso, Corwin? -preguntó-. Brand te buscó en muchas sombras, al igual que Gérard. Adivinaste correctamente lo que dijo Eric después de tu desaparición. Sin embargo preferimos investigar sin contentarnos con su palabra. Repetidas veces probamos con tu Triunfo, pero no hubo ninguna respuesta. Debe ser que el daño cerebral lo bloquea. Eso es interesante. Al ver que no respondías al Triunfo, te dimos por muerto. Entonces se incorporaron a la búsqueda Julián, Caine y Random.

-¿Tantos? ¿De veras? Estoy sorprendido.

Sonrió.

-¡Ah! -dije entonces, y también sonreí.

Que se incorporasen a la búsqueda en ese punto significaba que no les preocupaba mi bienestar, sino la posibilidad de obtener pruebas de fratricidio que utilizar en contra de Eric, para deponerle o chantajearle.

-Yo te busqué por las cercanías de Avalón -continuó-, encontré este lugar y me encantó. Estaba en una situación lamentable, y durante generaciones trabajé para devolverle su antigua gloria. Al principio comencé esta tarea en recuerdo tuyo, pero luego les tomé cariño a la tierra y a sus habitantes. Llegaron a considerarme su Protector, cosa que acepté.

Estaba preocupado y a la vez conmovido. ¿Acaso estaba dando a entender que yo había arruinado aquella sombra y que él había ido a reparar por última vez los desastres de su hermano menor? ¿O quería decir que se daba cuenta de que yo había amado este lugar -o uno muy parecido- y había puesto manos a la obra para repararlo pensando que yo lo hubiera deseado? Quizá me estaba volviendo demasiado susceptible.

-Me alegra saber de vuestra búsqueda -dije-, y me alegra más aún saber que tú eres el defensor de esta tierra. Me gustaría ver este lugar, porque me recuerda a la Avalón que yo conocí. ¿Tienes algún inconveniente en que lo visite?

-¿Es eso lo único que deseas? ¿Visitarlo?

-Eso es todo lo que se me ocurre.

-Tienes que saber que el recuerdo que se guarda de la sombra tuya que una vez reinó aquí no es bueno. Nadie da a sus hijos el nombre de Corwin, ni yo soy aquí hermano de ningún Corwin.

-Comprendo -dije-. Mi nombre es Corey. ¿Podemos ser viejos amigos?

Asintió.

-Mis viejos amigos siempre son bienvenidos para visitar este lugar -dijo.

Sonreí, asintiendo con la cabeza. Me ofendía que pensara que tenía ambiciones sobre esta sombra de una sombra; yo, que -aunque fuera por un instante- había sentido el frío fuego de la corona de Ámbar sobre mis sienes.

Me pregunté cual hubiera sido su actitud si hubiera sabido que yo era responsable de la pérdida de su brazo. Sin embargo prefería remontarme un paso más allá y hacer responsable a Eric. En definitiva, fue su acción lo que me impulsó a lanzar la maldición.

Sin embargo, esperaba que Benedict nunca lo averiguara.

Necesitaba desesperadamente saber cuál era su posición respecto de Eric. ¿Le ayudaría, me apoyaría a mí, o simplemente se mantendría al margen cuando yo entrase en acción? Y viceversa, estaba seguro que él se preguntaba si mis ambiciones estaban muertas o aún bullían en mi interior, y si era así, qué planes las mantenían vivas. Así que...

¿Quién iba a sacar a colación el asunto?

Aspiré varias bocanadas de la pipa, terminé el vino, me serví un poco más, y fumé nuevamente. Escuché los ruidos del campamento, del viento, de mi estómago.

Benedict bebió un sorbo de vino.

Entonces, como quien no quiere la cosa, me preguntó:

-¿Cuáles son tus planes a largo plazo?

Pude contestarle que aún no lo había decidido, que simplemente era feliz estando vivo, libre, con vista... Le podía decir que eso era suficiente para mí, por ahora, que no tenía ningún plan en especial...

...Y él sabría que estaba mintiendo. Porque me conocía bien.

Así que le dije:

-Sabes bien cuáles son mis planes.

-Si me pidieses ayuda -dijo-, te la negaría, ya que Ámbar se encuentra en un estado lo suficientemente malo como para no poder soportar otra lucha por el poder.

-Eric es un usurpador.

-Decidí considerarlo sólo como un regente. Por ahora, cualquiera de nosotros que reclame el trono es culpable de usurpación.

-¿Entonces crees que Papá aún vive?

-Sí. Está vivo y es desgraciado. Varias veces ha intentado comunicarse.

Logré mantener el rostro impasible. Así que yo no era el único. Revelar mis experiencias en este momento parecería hipócrita, oportunista, o una llana mentira, ya que en nuestro aparente contacto de cinco años atrás él

me había concedido el visto bueno para tomar el trono. Por supuesto, quizá se hubiera referido a una regencia...

-Tú no ayudaste a Eric cuando se apoderó del trono -dije-. Le darías tu ayuda ahora que lo tiene si yo se lo intentara arrebatar.

-Lo que te he dicho -recalcó-. Le miro como un regente. Yo no digo que lo apruebe, pero no quiero más luchas en Ámbar.

-¿Entonces le *ayudarías!*

-He dicho todo lo que tenía que decir sobre el asunto. Eres bienvenido a visitar mi Avalón, pero no para usarla como una rampa de lanzamiento para invadir Ámbar, ¿Aclara eso todo con respecto a cualquier plan que puedas tener?

-Lo aclara -dije.

-Siendo así, ¿sigues deseando visitar el lugar?

-No lo sé -contesté-. Tu deseo de evitar una lucha en Ámbar, ¿vale en todos los sentidos?

-¿Qué quieres decir?

-Quiero decir que si me devolvieras a Ámbar en contra de mi voluntad ten por seguro que crearía tantos problemas como pudiera para evitar encontrarme de nuevo en una situación como la anterior.

Las arrugas desaparecieron de su rostro y lentamente bajó los ojos.

-No quise dar a entender que te traicionaría. ¿Crees que no tengo sentimientos, Corwin? No permitiría que se te encerrara nuevamente ni que te quitaran los ojos... o algo peor. Sigues siendo bienvenido en tu visita a este lugar, y puedes abandonar tus miedos y tus ambiciones en la frontera.

-Entonces aún deseo visitar la región -dijo-. No tengo ningún ejército, ni tampoco vine aquí a reclutar gente.

-Entonces sabes que eres más que bienvenido.

-Gracias, Benedict. No esperaba encontrarte aquí, pero me alegro de haberte hallado.

Se sonrojó ligeramente y asintió.

-A mí también me agrada -dijo-. ¿Soy el primero de nosotros que has visto después de tu fuga?

Asentí.

-Sí, y tengo curiosidad por saber cómo están los demás. ¿Tienes alguna noticia importante?

-Ninguna muerte nueva -dijo.

Ambos nos reímos, y supe que tendría que averiguar las noticias de la familia por mi cuenta. Aunque había valido la pena intentarlo.

-Tengo planeado permanecer en el campo por un tiempo -dijo- y continuar patrullando hasta cerciorarme de que no queda ningún invasor por aquí. Pasará otra semana antes de que volvamos.

-¿Ah? ¿Entonces no fue una victoria completa?

-Creo que sí, pero nunca corro riesgos innecesarios, bien vale la pena un poco más de tiempo para estar seguros.

-Prudente -dije, asintiendo.

-... Así que, a menos que tengas un gran deseo de permanecer en el campamento, no veo ningún motivo para que no te dirijas a la ciudad y te enteres de los últimos sucesos. Tengo varias residencias en la zona de Avalón. Se me ocurre que puedes usar una pequeña casa de campo que a mí me resulta agradable. No está muy lejos de la ciudad.

-Iré a verla.

-Por la mañana te entregaré un mapa y una carta para el encargado.

-Gracias, Benedict.

-Me reuniré contigo tan pronto como acabe aquí-dijo-, y mientras tanto, tengo mensajeros que pasan por allí todos los días. A través de ellos me mantendré en contacto contigo.

-Muy bien.

-Entonces buscaos un lugar cómodo -dijo-. Supongo que no se os pasará el toque de desayuno.

-Rara vez se me pasa -aseguré-. ¿Estamos bien en el lugar donde dejamos el equipaje?

-Sí, claro -dijo; terminamos el vino.

Al salir de la tienda, levanté mucho la cortina de entrada para apartarla y pude rasgarla dejando un agujero de varios centímetros a un lado. Benedict nos dio las buenas noches y se volvió dejándola caer, sin percatarse del agujero que le había hecho.

Me confeccioné la cama a una buena distancia a la derecha del equipaje, y de forma que mirase hacia la tienda de Benedict. Al revolver los bártulos los trasladé de lugar. Ganelón me lanzó una mirada de curiosidad,

pero yo me limité a hacerle una señal con la cabeza y mirar hacia la tienda. El miró en aquella dirección, me devolvió el gesto, y comenzó a extender sus propias mantas mas hacia la derecha.

Calculé la distancia con la mirada, fui a donde él y le dije:

-Sabes, preferiría dormir aquí. ¿Te molestaría cambiar de lugar conmigo? -añadí un guiño para enfatizarlo mas.

-Me da lo mismo -dijo, encogiéndose de hombros.

Las fogatas se apagaron o se estaban apagando, y la mayoría de la compañía parecía dormir. El guardia sólo nos observó un par de veces al pasar. El campamento estaba muy tranquilo y ninguna nube oscurecía el brillo de las estrellas. Yo me sentía cansado, y el agradable olor del humo y de la tierra húmeda me recordó otros tiempos y lugares como éste invitándome al descanso del final del día.

Sin embargo, en vez de cerrar los ojos, cogí la mochila y me recosté sobre ella, llené otra vez la pipa y la encendí.

Cambié de posición dos veces, buscando la mejor visibilidad mientras él recorría la tienda. Una vez desapareció de mi campo de visión y permaneció oculto unos momentos. Pero la luz más lejana se movió, y deduje que había abierto el cofre. Entonces apareció otra vez, limpió la mesa, se echó hacia atrás un instante, y volvió a sentarse en su posición anterior. Me acomodé para poder ver su brazo izquierdo.

Estaba pasando las hojas de un libro, o manejando algo de ese tamaño.

¿Cartas tal vez?

Naturalmente.

No sé qué hubiera dado por poder echar un vistazo al Triunfo que al fin seleccionó y mantuvo a la vista. Hubiera dado mucho por tener a Grayswandir bajo mi mano, para el caso de que de repente apareciera en la tienda otra persona sin pasar por la entrada que yo vigilaba. Las palmas de las manos y de los pies me vibraron, como intuyendo una posible huida o un combate.

Pero él permaneció solo.

Estuvo allí sentado, inmóvil, aproximadamente un cuarto de hora, y cuando al fin se movió, fue solamente para guardar las cartas en algún lugar de su pecho y para apagar las lámparas.

El guardia continuó con sus monótonas rondas y Ganelón comenzó a roncar.

Vacié la pipa y me tumbé de lado.

Mañana, me dije a mí mismo. Si mañana me despierto aquí, todo va bien…

5

Tenía una hoja de hierba en la boca y contemplaba cómo giraba el molino. Estaba echado boca abajo en la orilla opuesta de la corriente, con la cabeza apoyada en las manos. Había un arcoiris diminuto en la neblina que flotaba sobre la espuma al pie de la cascada, y de vez en cuando me salpicaba alguna gota. El continuo discurrir del agua y el sonido de la rueda ahogaban completamente los demás ruidos del bosque. El molino hoy estaba desierto, y yo lo contemplaba porque llevaba siglos, edades enteras, sin ver ninguno parecido. Ver la rueda y escuchar el agua era más que relajante: hipnotizaba.

Era nuestro tercer día en la casa de Benedict, y Ganelón estaba en la ciudad divirtiéndose. Yo le había acompañado el día anterior y averigüé lo que por el momento necesitaba saber. Ahora no tenía tiempo para recorrer aquel país. Debía pensar y actuar rápidamente. En el campamento no tuvimos ninguna dificultad. Benedict nos había dado de comer, el mapa y la carta que prometiera. Nos marchamos al amanecer, arribando a su casa de campo alrededor del mediodía. Fuimos bien recibidos, y después de establecernos en las habitaciones que se nos destinaron, nos desplazamos a la ciudad, donde pasamos el resto del día.

Benedict pensaba quedarse en el campamento varios días más. Yo tenía que finalizar la tarea que me había propuesto antes que él volviera. Esto me iba a exigir una cabalgada infernal. No había tiempo para tomármelo como un viaje de placer; tenía que recordar las sombras apropiadas y ponerme en camino pronto.

Hubiera sido delicioso entretenerse en este lugar tan parecido a mi Avalón, pero mis propósitos estaban alcanzando cotas obsesivas. Sin

embargo, que me diera cuenta de esto no equivalía a controlarlo. Los parajes y sonidos familiares me habían distraído sólo brevemente, luego me había dedicado de nuevo a hacer planes.

Tal como lo veía, el plan tenía que resultar. Este viaje me solucionaría dos problemas, si podía realizarlo sin levantar sospechas. Tendría que pasar toda la noche fuera, pero, previéndolo, había dado instrucciones a Ganelón para que cubriera mi ausencia.

Mientras mi cabeza seguía cada movimiento de la rueda, me obligué a vaciarla de todo y comencé a recordar la necesaria textura de la arena, su coloración, la temperatura, los vientos, el toque salino del aire, las nubes...

Entonces dormí y soñé, pero no con el lugar que buscaba.

Vi una gran rueda de ruleta, y dentro estábamos todos nosotros... mis hermanos, mis hermanas, yo mismo, y otros a quienes conocía o había conocido. Al girar nos elevábamos y caíamos, y a cada uno le tocaba una sección. Todos gritábamos para que se detuviera, aullando cada vez que pasábamos por la parte más alta, antes de descender otra vez. La rueda había comenzado a frenar y yo me encontraba subiendo. Un joven de agradable cabello colgaba de los pies ante mí, gritando súplicas y advertencias que se ahogaban en la cacofonía de las voces. Su rostro se ennegreció, retorciéndose, y llegó a ser repulsivo; yo corté la cuerda que sujetaba su tobillo y cayó, perdiéndose de vista. La rueda frenó aún más mientras yo me acercaba a la parte más alta, y entonces vi a Lorraine. Estaba gesticulando, haciendo señas frenéticas, y pronunciando mi nombre. Me incliné hacia ella, viéndola claramente, deseándola, queriendo ayudarla. Pero al continuar la rueda su giro, ella desapareció de mi campo de visión.

-¡Corwin!

Traté de ignorar ese grito de mujer pues ya me

encontraba casi en la cima. Se escuchó de nuevo, pero me tensé y me preparé para saltar. Si no se detenía dejándome arriba, iba a tratar de engañar al maldito aparato, aun cuando la caída significara mi ruina total. Me preparé para el salto. Otro chasquido...

-¡Corwin!

La silueta se alejó, volvió y finalmente se difuminó y me encontré contemplando otra vez la rueda del molino de agua, con el eco de mi nombre en los oídos, entremezclándose, fundiéndose, y desapareciendo entre los sonidos de la corriente.

Parpadeé y me pasé los dedos por el cabello. Varios dientes de león me cayeron por los hombros, y oí una risa burlona a mi espalda. Me volví rápidamente y miré.

Estaba a unos doce pasos de mí, era una muchacha alta y estilizada de ojos oscuros y corto cabello castaño. Llevaba una chaqueta de esgrima, tenía un florete en la mano derecha y una careta en la izquierda. Me estaba mirando y se reía. Sus dientes eran blancos, parejos y

ligeramente largos; una franja de pecas cubría su pequeña nariz y la parte superior de sus tostadas mejillas. Tenía ese aire de vitalidad que proporciona un atractivo que va más allá de la simple gracia. Especialmente, quizá, cuando uno lo contempla desde la ventaja que dan los años.

Me saludó con la espada.

-¡En guardia, Corwin! -dijo.

-¿Quién demonios eres tú? -pregunté, y sólo entonces me di cuenta de que a mi lado había una chaqueta, una careta y un florete.

-No hay preguntas, ni respuestas -dijo-. Eso cuando hayamos luchado.

Entonces se colocó la careta y esperó.

Me levanté y cogí la chaqueta. Se echaba de ver que sería más fácil cruzar las espadas que tratar de discutir con ella. El hecho de que conociera mi nombre me turbaba, y cuanto más pensaba en esto más familiar me parecía ella. Era mejor seguirle la corriente, decidí, encogiéndome de hombros y abotonando la chaqueta.

Recogí la espada y me coloqué la careta.

-De acuerdo -dije, haciendo un breve saludo y avanzando-. Listo.

Entonces ella avanzó y nos enfrentamos. Dejé que llevara el ataque.

Entró muy rápidamente con un golpe: finta-finta-embestida. Mi contraataque fue dos veces más rápido, pero ella se demostró capaz de detenerlo y atacar con igual velocidad. Entonces yo comencé a retroceder lentamente, alejándome de ella. Se rió y me presionó insistentemente. Era buena y lo sabía. Quería exhibirse. Dos veces estuvo a punto de atravesar mi guardia de la misma manera -línea baja- lo cual no me gustó nada. Entonces, tan pronto como pude, la sorprendí con una detención-estocada. Ella maldijo en voz baja, de buen humor, como si lo reconociera y volvió al ataque. Normalmente no me gusta enfrentarme a mujeres, por buenas que sean, pero esta vez me di cuenta de que me estaba divirtiendo. La habilidad y la gracia con que llevaba los ataques y aguantaba los míos me agradaba y animaba a defenderme y responder, y de pronto me encontré analizando la mente que había detrás de aquel estilo. Al principio decidí cansarla rápidamente, para acabar el encuentro e interrogarla. Ahora quería prolongar el duelo.

No fue fácil cansarla. Poco tenía que preocuparme en ese aspecto. Perdí la cuenta del tiempo mientras avanzábamos y retrocedíamos a lo largo de la orilla de la corriente, chocando las espadas regularmente.

Debió pasar un largo tiempo antes de que ella golpeara el suelo con el tacón y alzara la espada en un saludo final. Entonces se quitó la careta y me obsequió con otra sonrisa.

-¡Gracias! -dijo, jadeando.

Le devolví el saludo y me quité la jaula de pájaros. Me volví, comencé a luchar con los botones de la chaqueta, y antes de que me diera

cuenta ella se había aproximado y me dio un beso en la mejilla. Para hacerlo no tuvo que ponerse de puntillas. Me sentí momentáneamente confundido, pero sonreí. Sin darme tiempo a decir nada, me cogió del brazo y me condujo en la dirección por la que habíamos venido.

-He traído una cesta con merienda -dijo.

-Muy bien. Estoy hambriento, y tengo curiosidad...

-Te contaré todo lo que quieras -dijo ella alegremente.

-¿Qué te parece si comenzamos por tu nombre? -dije.

-Dará -replicó-. Me llamo Dará, en honor a mi abuela.

Al decirlo me miró, como si esperara una reacción. Casi me fastidió un poco desilusionarla, pero asentí con la cabeza y lo repetí, preguntándole luego:

-¿Por qué me llamaste Corwin?

-Porque es tu nombre -dijo-. Te reconocí.

-¿De dónde?

Me soltó el brazo.

-Aquí está -dijo, buscando detrás de un árbol y sacando una cesta que estaba sobre unas raíces al descubierto.

-Espero que las hormigas no hayan podido entrar -añadió, dirigiéndose a un área con sombras que había al lado de la corriente y extendiendo un mantel sobre el suelo.

Colgué el equipo de esgrima en un matorral cercano.

-Parece que traes muchas cosas -comenté.

-Tengo mi caballo por aquel lado -dijo, señalando con la cabeza corriente abajo.

Dedicó toda la atención a colocar el mantel y a desenvolver las cosas.

-¿Por qué lo dejaste tan lejos? -pegunté.

-Para pillarte por sorpresa, claro. Si hubieses oído un caballo cerca seguro que te habrías despertado.

-Probablemente tengas razón -dije.

Se detuvo como si estuviera pensando profundamente, luego estropeó la pose con una sonrisa burlona.

-Aunque la primera vez no te despertaste. Todavía...

-¿La primera vez? -recalqué, viendo que ella quería que lo preguntara.

-Sí, hace un rato el caballo por poco tropieza contigo -dijo-. Estabas profundamente dormido. Cuando vi quién eras, me fui a buscar la cesta y el equipo de esgrima.

-Ah. Ya veo.

-Ahora ven a sentarte -sugirió-. Y abre la botella, ¿eh?

Colocó una botella cerca de mi y desenvolvió cuidadosamente dos copas de cristal, que puso en el centro del mantel.

Fui a mi sitio y me senté.

-Es de la mejor cristalería de Benedict -comenté mientras abría la botella.

-Sí -dijo ella-. Procura no volcarlos cuando sirvas el vino y creo que no debemos brindar con ellas.

-No, creo que no -dije, y serví el vino.

Ella alzó su copa.

-Por el reencuentro -dijo.

-¿Qué reencuentro?

-El nuestro.

-No nos habíamos encontrado nunca.

-No seas tan prosaico -dijo, y bebió un sorbo.

Me encogí de hombros.

-Por el reencuentro.

Entonces ella comenzó a comer, y lo mismo hice yo. Ella estaba gozando tanto con el aire de misterio que había creado que yo quería cooperar, simplemente por hacerla feliz.

-¿Dónde puedo haberme encontrado contigo? -insinué-. ¿En alguna gran corte? Quizá en un harén...

-Tal vez fue en Ámbar -cortó ella-. Tú estabas allí...

-¿Ámbar? -dije, recordando que tenía en la mano el cristal de Benedict y confinando mis emociones a la voz-. Pero vamos a ver, ¿Quién eres tú?

-... Tú estabas allí: apuesto, vanidoso, admirado por todas las damas- continuó-, y allí estaba yo: una cosa pequeña, admirándote desde lejos. Aquella pequeña Dará era de color gris o pastel, poco desarrollada todavía, hay que decirlo, y su corazón ardía por ti...

Murmuré una obscenidad liviana y ella se rió de nuevo.

-¿No era así? -preguntó.

-No- dije, mientras comía un poco más de carne y pan-. Lo más probable es que fuera en aquel burdel donde me disloqué la espalda. Aquella noche estaba muy borracho...

-¡Te acuerdas! -gritó-. Era un trabajo a horas. Durante el día me dedicaba a domar caballos.

-Me rindo -dije, y serví más vino.

Lo realmente irritante era que, en efecto, *había* algo malditamente familiar en ella. Pero por su apariencia y su comportamiento, calculé que

tendría diecisiete años. Esto hacía imposible que nuestros senderos se hubieran cruzado nunca.

-¿Benedict te enseñó esgrima? -pregunté.

-Sí.

-¿Qué es él para ti?

-Mi amante, por supuesto -replicó-. Me regala joyas y pieles y practica esgrima conmigo.

Rió de nuevo.

Yo continué estudiando su rostro.

Sí, era posible...

-Estoy dolido -dije finalmente.

-¿Por qué? -preguntó.

-Benedict no me dio ningún cigarro para celebrarlo.

-¿Para celebrar...?

-Tú eres su hija, ¿no es cierto?

Se sonrojó, pero negó con la cabeza.

-No -dijo-. Pero caliente.

-¿Nieta? -pregunté.

-Bien... algo así.

-No acabo de entender.

-A él le gusta que lo llame abuelo. Aunque en realidad él era el padre de mi abuela.

-Ya veo. ¿Tiene mas parientes como tú?

-No, soy la única.

-¿Y tu madre y tu abuela?

-Muertas, ambas.

-¿Cómo murieron?

-Violentamente. En los dos casos ocurrió mientras él estaba en Ámbar. Creo que por eso hace mucho que no ha vuelto a ir. No le gusta dejarme sin protección aunque sabe que me puedo cuidar sola. Tú también sabes que lo puedo hacer, ¿no?

Asentí. Esto explicaba varias cosas, una de ellas el por qué era Protector aquí. Tenía que cuidar de ella en algún lugar, y seguramente no querría llevarla a Ámbar. Ni siquiera querría que el resto de nosotros conociera su existencia?. Sería muy difícil utilizar ese punto flaco de Benedict. Y sería impensable que él quisiese hacerme partícipe por ahora de su existencia.

Así que le dije:

-No creo que tu abuelo se imagine que estas aquí, y supongo que se pondrá furioso si se entera.

-¡Eres igual que él! ¡Soy una persona adulta, maldición!

-¿Me has oído negarlo? Pero se supone que ahora deberías estar en otra parte, ¿no es cierto?

En vez de contestarme, se llenó la boca. Lo mismo

hice yo. Al cabo de varios incómodos minutos de masticar, decidí cambiar de tema

-¿Cómo me reconociste? -pregunté.

Tragó, tomó un sorbo de vino, y sonrió.

-Por tu dibujo, por supuesto -contestó.

-¿Qué dibujo?

-El de la carta -dijo-; cuando yo era muy niña solíamos jugar con ellas. De ese modo conocí a todos mis parientes. Tú y Eric sois los otros dos grandes espadachines, lo sabía. Por eso...

-¿Tienes un mazo de los Triunfos? -la interrumpí.

-No -dijo haciendo una mueca-. No me quiere dar ninguno... y yo sé que él tiene varios.

-¿Sí? ¿Dónde los guarda?

Ella entrecerró los ojos, fijándolos en los míos. ¡Maldición! No había pretendido mostrar tanta ansia...

Pero dijo:

-Suele llevar un mazo con él y no tengo idea de dónde guarda los otros. ¿Por qué? ¿No te los deja ver?

-No se lo he preguntado -le dije-. ¿Entiendes el significado que tienen?

-Hubo ciertas cosas que no se me permitió hacer cuando los tuve cerca. Creo que tienen un uso especial, pero él nunca me lo explicó. Son muy importantes, ¿no?

-Sí.

-Me lo parecía. Los trata siempre con tanto cuidado. ¿Tienes tú un mazo?

-Sí, pero en este momento lo he prestado.

-Ya veo. Y te gustaría usarlos para algo complicado y siniestro.

Me encogí de hombros.

-Me gustaría usarlos, pero para asuntos sencillos y banales.

-¿Cómo qué?

Negué con la cabeza.

-Si Benedict aún no quiere que conozcas sus funciones, yo no voy a revelártelo. -Ella gruñó levemente.

-Le tienes miedo -dijo.

-Siento un considerable respeto por Benedict, y por supuesto algo de afecto.

Ella rió.

-¿Es mejor luchador que tú? ¿Mejor espadachín?

Miré a otra parte. Debía haber regresado de algún

lugar feliz y alejado, ya que toda la gente de la ciudad con la que me había encontrado, sabía lo del brazo de Benedict. Y no era una noticia que pudiese circular lentamente. No iba a ser yo el primero en decírselo, claro.

-Supón lo que quieras -dije-. ¿Dónde has estado?

-En el pueblo -contestó-, en las montañas. El abuelo me llevó allí para que me quedara con unos amigos suyos llamados Tecys. ¿Conoces a los Tecys?

-No, no los conozco.

-He estado allí antes -dijo-. Siempre que hay alguna clase de problemas aquí, él me lleva al pueblo para que me quede con ellos. El sitio no tiene nombre. Yo simplemente lo llamo pueblo. Son bastante extraños, tanto la gente como el pueblo. Ellos parecen... adorarnos. Me tratan como si fuera algo sagrado, y nunca me dicen nada de lo que quiero saber. No está muy lejos, pero las montañas son diferentes, el cielo es diferente... ¡todo!, y cuando estoy allí parece como si no hubiera ningún camino para volver. Intenté regresar sola, pero me perdía. Siempre tenía que venir el abuelo a buscarme, y entonces el camino era fácil. Los Tecys siguen al pie de la letra todas sus instrucciones con respecto a mí. Le tratan como si fuera una especie de dios.

-Lo es -dije-, para ellos.

-Dijiste que no los conocías.

-No tengo que conocerlos para saberlo. Conozco a Benedict. ¿Cómo lo hiciste tú? -le pregunté-. ¿Cómo regresaste esta vez?

Acabó el vino y tendió la copa. Cuando alcé la vista después de llenarla, tenía la cabeza apoyada en el hombro derecho, las cejas fruncidas y los ojos fijos en algo lejano.

-Realmente no lo sé -dijo, alzando la copa y bebiendo automáticamente-. No estoy muy segura de cómo lo hice...

Con su mano izquierda comenzó a jugar con el cuchillo, y finalmente lo cogió.

-Estaba furiosa, furiosa como todos los demonios por haber sido apartada una vez más -explicó-. Le dije que esta vez quería quedarme para luchar, pero me hizo cabalgar con él y en seguida llegamos al pueblo. No sé

cómo. No fue un viaje largo, y de pronto estábamos allí. Yo conozco esta región. Nací y crecí aquí. La he

recorrido palmo a palmo, cientos de leguas en todas las direcciones. Nunca fui capaz de dar con el pueblo. Y en cambio parecía que apenas cabalgábamos un poco, cuando súbitamente estábamos de nuevo en la región de los Tecys. Pero desde la última vez habían pasado varios años, y ahora que he crecido puedo ser más tozuda. Decidí volver por mí misma.

Con el cuchillo comenzó a rascar y excavar la tierra a su lado, al parecer sin darse cuenta de lo que estaba haciendo.

-Esperé hasta el anochecer -continuó-, y estudié las estrellas para guiarme. Era una sensación irreal. Las estrellas eran todas diferentes. No reconocí ninguna constelación. Regresé a casa y pensé en ello. Tenía un poco de miedo y no sabía qué hacer. Pasé el día siguiente tratando de sacarles más información a los Tecys y al resto de la gente del pueblo. Pero parecía una pesadilla. O eran estúpidos o trataban de confundirme adrede. No sólo no había ningún medio para regresar hasta aquí, sino que ninguno tenía idea de dónde estaba esto ni tampoco estaban muy seguros de la situación de su propio país. Aquella noche inspeccioné nuevamente las estrellas, para asegurarme de lo que había visto, y tras ello casi estuve por creer a los aldeanos.

Ahora movía el cuchillo hacia adelante y hacia atrás como si lo estuviera afilando, aplanando la tierra. Entonces comenzó a trazar líneas.

-Los siguientes días traté de hallar el camino de regreso -continuó-. Pensé que podría localizar el sendero y regresar por él, pero era como si se hubiera desvanecido. Entonces hice lo único que se me ocurría ya. Cada mañana tomaba una dirección diferente, cabalgaba hasta el atardecer, y luego regresaba. No llegué a ningún lugar que me resultara familiar. Era completamente asombroso. Cada noche me iba a dormir más furiosa y desconcertada que la anterior por el modo en que se desarrollaban los acontecimientos, pero más resuelta a encontrar mi propio camino de vuelta a Avalón. Tenía que demostrarle al abuelo que ya no podía seguir tratándome como a una niña y esperar que me quedara quieta.

«Entonces, al cabo de una semana, comencé a tener sueños. Una especie de pesadillas. ¿Has soñado alguna vez que estabas corriendo y corriendo y que no llegabas a

ningún lugar? Era algo parecido. Una telaraña en llamas. Sólo que en realidad no era una telaraña, no había ninguna araña y no estaba ardiendo. Pero yo estaba atrapada en esa cosa, dando vueltas a su alrededor y cruzándola. Aunque en realidad no me estaba moviendo. Eso no es exacto, pero no sé de qué otra manera expresarlo. Y tenía que seguir intentando recorrer aquello -en realidad, quería hacerlo-. Cuando me desperté me sentía cansada, como si me hubiera estado entrenando toda la noche. Esto continuó durante muchas noches, y cada una parecía ser más fuerte y duradero y más real.

«Cuando desperté esta mañana el sueño aún me bailaba en la cabeza, y estaba convencida de que podría volver a casa. Me puse en camino, todavía en trance, o así lo parecía. Cabalgué toda la distancia que me separaba de aquí sin detenerme ni una sola vez, y en esta ocasión no presté especial atención al camino, sino que mantuve el pensamiento fijo en Avalón... y conforme cabalgaba, el paisaje comenzó a hacerse cada vez más conocido hasta que me encontré aquí otra vez. Ahora el pueblo y los Tecys, aquel cielo, aquellas estrellas, los bosques, las montañas, todo me parece un sueño. No estoy segura de que pudiera encontrar el camino para regresar allí. ¿No es extraño eso? ¿Puedes decirme lo que sucedió?».

Me incorporé y rodeé los restos de nuestra comida. Me senté a su lado.

-¿Recuerdas el aspecto de la telaraña en llamas que en realidad no era una telaraña y que tampoco estaba ardiendo? -le pregunté.

-Sí...un poco -contestó.

-Dame ese cuchillo -dijo.

Me lo alcanzó.

Con la punta comencé a corregir las vacilantes líneas que había trazado en la tierra, extendiendo algunas, borrando otras, añadiendo unas pocas. Mientras lo hacía ella no pronunció palabra, pero se fijó en cada uno de los movimientos. Cuando acabé, arrojé el cuchillo a un lado y esperé largo rato, en silencio.

Al fin, ella habló muy suavemente:

-Sí, es eso -dijo, apartando los ojos del esquema para mirarme-. ¿Cómo lo sabías? ¿Cómo sabías lo que había soñado?

-Porque -dije- soñaste algo que se encuentra inscrito en tus propios genes. Por qué, cómo, no lo sé. Sin embargo demuestra que eres una verdadera hija de Ámbar. Lo que hiciste fue caminar por la Sombra. Lo que soñaste fue el gran Patrón de Ámbar. Gracias a su poder los de sangre real mantienen dominio sobre las sombras. ¿Entiendes de lo que estoy hablando?

-No estoy segura -dijo-. Creo que no. He escuchado al abuelo maldecir las sombras, pero nunca entendí lo que quería decir.

-¿Entonces no sabes donde se halla realmente Ámbar?

-No. Él siempre fue evasivo. Me contó de Ámbar y de la familia. Pero ni siquiera sé en qué dirección está Ámbar. Sólo sé que está lejos.

-Está en todas las direcciones -dije-, o en la dirección que uno elija. Uno sólo necesita...

-¡Sí! -interrumpió ella-. Lo había olvidado, o pensé que estaba en plan enigmático o bromeando, cuando Brand dijo exactamente lo mismo hace bastante tiempo. ¿Pero qué significa esto?

-¡Brand! ¿Cuándo estuvo él aquí?

-Hace años -dijo ella-. Cuando yo era una niña pequeña. Solía visitarnos a menudo. Yo estaba muy enamorada de él y lo acosaba sin piedad. El solía contarme historias, me enseñaba juegos...

-¿Cuándo fue la última vez que lo viste?

-Oh, diría que hace unos ocho o nueve años.

-¿Has conocido a alguno de los otros? -Sí -contestó-. Julián y Gérard estuvieron aquí no hace mucho. Hace unos meses.

De repente me sentí muy inseguro. Ciertamente Benedict, había sido reservado en muchas cosas. Casi hubiera preferido que me informase con deformaciones a que me dejase así completamente ignorante de todo. Si te engañan, es más fácil enojarte cuando te enteras. El problema con Benedict consistía en que era demasiado honesto. Prefería no decirme nada a mentirme. Sin embargo, sentía que se cruzaba algo desagradable en mi camino. Ya no podía distraerme más, tendría que actuar tan rápido como me fuera posible. Sí, tendría que realizar una cabalgada infernal para conseguir las piedras. Pero antes de intentarlo, tenía que tratar de averiguar más cosas. El tiempo... ¡Maldición!

-¿Era la primera vez que los veías? -pregunté.

-Sí -dijo-, y mis sentimientos quedaron muy lastimados-. Se detuvo y suspiró-. El abuelo no me dejó contarles que éramos parientes. Me presentó como su pupila. Y se negó a decirme por qué. ¡Maldita sea!

-Estoy seguro de que tenía buenas razones.

-Oh, yo también. Pero eso no es ningún consuelo, y menos cuando has estado toda la vida esperando conocer a tus parientes. ¿Sabes tú por qué me trató de aquella manera?

-Son tiempos difíciles en Ámbar -dije-, y las cosas van a empeorar aún más antes de mejorar. Cuanta menos gente sepa de tu existencia, menos probabilidades habrá de que te veas implicada y salgas perdiendo. Lo hizo tan sólo para protegerte.

Lanzó un bufido despectivo.

-No necesito que me protejan -dijo-. Me puedo cuidar yo misma.

-Eres buena con la espada -repliqué-. Pero por desgracia, la vida es más complicada que un duelo limpio.

-Lo sé. No soy una niña. Pero...

-«Pero»¡nada! Hizo lo mismo que yo hubiera hecho si fueras mía. Se está protegiendo a sí mismo a la vez que te protege a ti. Me sorprende que haya permitido que Brand supiera de tu existencia. Y va a ponerse completamente furioso si se entera de que yo lo sé.

Su cabeza se movió abruptamente y me miró con los ojos abiertos.

-Pero tú no harías nada para dañarnos -dijo-. Nosotros... somos parientes.

-¿Cómo demonios sabes por qué estoy aquí o lo que estoy pensando? -dije-. Quizá acabas de poner nuestros cuellos en una soga.

-¿Estás bromeando, no? -dijo lentamente interponiendo la mano izquierda entre ella y yo.

-No lo sé -dije-. No tiene por qué ser una broma... y si tuviese planes malvados no hablarías de ellos, ¿verdad?

-No... creo que no -dijo.

-Voy a decirte algo que Benedict debió haberte dicho hace mucho tiempo -dije-. Nunca confíes en un pariente. Es mucho peor que confiar en extraños. Con un extraño hay alguna posibilidad de que estés seguro.

-¿Realmente piensas así, ¿no es cierto?

-Sí.

-¿Incluido tú mismo?

Sonreí.

-Por supuesto que esto no vale para mí. Yo soy la personificación del honor, la amabilidad, la piedad y la bondad. Confía en mí totalmente.

-Lo haré -dijo, y se rió.

-Lo haré -insistió-. Tú no nos harás daño. Lo sé.

-Cuéntame lo de Gérard y Julián -dije, sintiéndome incómodo, como siempre, ante mi solicitada confianza-. ¿Cuál fue la razón de su visita?

Permaneció en silencio por un momento, estudiándome todavía, y luego dijo:

-Te he contado bastantes cosas, ¿no? Tienes razón. Toda precaución es poca. Creo que ahora te toca hablar a ti.

-Bien. Estás aprendiendo cómo tratar con nosotros. ¿Qué quieres saber?

-¿Dónde se halla realmente el pueblo? ¿Y Ámbar? De algún modo son parecidos, ¿No? ¿Qué querías decir cuando dijiste que Ámbar se encuentra en todas las direcciones o en cualquiera? ¿Qué son las sombras?

Me puse en pie y la miré. Le tendí la mano. Pareció muy niña y notablemente asustada, pero me dio la mano.

-¿A dónde...? -preguntó, poniéndose en pie.

-Por aquí -dije, y la llevé al lugar donde me había dormido contemplando la corriente y la rueda del molino de agua.

Comenzó a decir algo, pero la detuve.

-Mira. Simplemente mira -dije.

Nos quedamos mirando cómo corría y salpicaba el agua mientras yo ordenaba mi mente. Entonces le dije:

-Ven-, la hice girar cogiéndola por el codo, y nos encaminamos hacia el bosque.

Mientras avanzábamos por entre los árboles una nube cubrió el sol y las sombras se intensificaron. Las voces de los pájaros se elevaron y el suelo empezó a despedir mucha humedad. Las hojas de los árboles se hicieron más largas y anchas. Cuando el sol volvió a aparecer, su luz era más amarilla, y al dar vuelta a un recodo encontramos enredaderas colgando de los árboles. Los gritos de los pájaros se hicieron más discordantes, más numerosos.

Nuestro sendero giró y empezó a subir; la hice rodear un saliente de pedernal y subimos hacia terrenos más elevados. Un distante y apenas perceptible retumbar parecía venir de detrás nuestro. Cuando entramos en un espacio abierto el cielo pareció de un azul diferente, y asustamos a un lagarto grande y pardo que estaba tomando el sol sobre una piedra. Al doblar otra gran roca ella dijo:

-No sabía que esto estuviera aquí. Nunca he venido por este camino.

Pero no le respondí, ya que estaba ocupado en cambiar la materia de la Sombra.

Nos metimos de nuevo en el bosque, pero ahora el camino era empinado. Y los árboles eran gigantes tropicales, salpicados de helechos, y se escuchaban ruidos nuevos: ladridos, silbidos y zumbidos. Ascendiendo por este sendero, el retumbar se hizo más fuerte a nuestro alrededor, el suelo mismo comenzó a vibrar con él. Dará me apretó el brazo con fuerza sin decir una sola palabra pero fijándose en todo. Había flores grandes, planas y claras, y donde caía la humedad se formaban charcos. La temperatura se había elevado considerablemente y sudábamos bastante. Luego el retumbar se convirtió en un poderoso rugido, y cuando al fin salimos del bosque, parecía un continuo trueno que cayese sobre nosotros. La guié hasta el borde del precipicio y con un gesto le mostré todo lo que había ante nosotros.

Saltando más de trescientos metros, una poderosa catarata caía sobre el río gris como sobre un yunque. Las corrientes eran rápidas y fuertes, y transportaban gran cantidad de burbujas y bandadas de espuma, hasta que finalmente se disolvían. Enfrente nuestro, quizá a un kilómetro, parcialmente cubierta por el arco-iris y la neblina, como una isla golpeada por un Titán, giraba lentamente una gigantesca rueda, poderosa y brillante. Arriba en el cielo, pájaros enormes cabalgaban las corrientes de aire como crucifijos a la deriva.

Permanecimos allí largo tiempo. Era imposible hablar y daba lo mismo. Al rato, cuando ella se volvió para mirarme con los ojos entornados, meditando, asentí y con la vista le señalé el bosque. Dimos media vuelta y nos volvimos por donde habíamos venido.

Nuestro regreso fue el mismo proceso invertido, y logré hacerlo con más facilidad. Cuando de nuevo nos fue

posible hablar, Dará aún se mantuvo en silencio. Al parecer comprendía que yo tenía que ver con el proceso de cambio producido a nuestro alrededor.

No habló hasta que estuvimos otra vez a la orilla de nuestro riachuelo, contemplando el girar de la rueda del molino de agua.

-¿Ese lugar era como el pueblo?

-Sí. Una Sombra.

-¿Y como Ámbar?

-No. Ámbar proyecta sombra, y la Sombra puede ser modelada y tomar cualquier forma si sabes cómo hacerlo. Aquel lugar era una sombra, tu pueblo era una sombra y *este* lugar es una sombra. Cualquier lugar que puedas imaginar existe en algún sitio de la sombra.

-... ¿Y tú, el abuelo y los otros podéis recorrer estas sombras, eligiendo la que deseáis?

-Sí.

-¿Entonces eso es lo que yo hice al regresar del pueblo?

-Sí.

Su rostro era como un boceto en sucesivas fases de desarrollo. Sus cejas casi negras descendieron un centímetro y las aletas nasales centellearon con una rápida inhalación.

-Yo también puedo hacerlo... -dijo-. ¡Ir a cualquier sitio, hacer lo que desee!

-Llevas en ti la capacidad de hacerlo -dije.

Entonces me besó en un acto repentino e impulsivo y luego se volvió, rebotando el cabello en su grácil cuello mientras trataba de comprender todo de una vez.

-Entonces puedo hacer cualquier cosa -dijo, deteniéndose.

-Existen limitaciones, peligros...

-Así es la vida -dijo-. ¿Cómo aprendo a controlarlo?

-El Gran Patrón de Ámbar es la clave. Debes recorrerlo para llegar a dominar la habilidad. Está trazado en el suelo de una cámara que hay bajo el palacio de Ámbar. Es bastante grande. Debes comenzar desde fuera y caminar hasta el centro sin detenerte. Ofrece una resistencia considerable e intentarlo es toda una proeza. Si te detienes, si intentas abandonar el Patrón antes de haberlo completado, te destruirá. Si lo completas, tu poder sobre

la Sombra quedará sujeto a tu control consciente.

Corrió hasta el sitio donde habíamos comido y estudió el Patrón que dibujamos en la tierra.

La seguí más lentamente. Mientras me aproximaba, dijo:

-¡Debo ir a Ámbar para recorrerlo!

-Estoy seguro que Benedict tiene el plan de llevarte algún día -dije.

-¿Algún día? -dijo-. ¡Ahora! ¡Debo recorrerlo ahora! ¿Por qué no me habló él nunca de estas cosas?

-Porque aún no puedes hacerlo. Tal como están las cosas en Ámbar sería peligroso para ambos permitir que se conociera tu existencia. Temporalmente Ámbar está cerrada para ti.

-¡No es justo! -dijo, girando para mirarme.

-Por supuesto que no -acepté-. Pero así están las cosas ahora. No me culpes a mí.

De algún modo las palabras fluyeron de mi boca desagradablemente. Parte de la culpa, por supuesto, era mía.

-Casi habría sido mejor que no me hubieras hablado de estas cosas -dijo-, si no puedo tenerlas.

-No es para tanto -dije-. La situación en Ámbar se estabilizará de nuevo y antes de que pase mucho tiempo.

-¿Cómo lo sabré?

-Benedict lo sabrá. Entonces él te lo dirá.

-¡El no ha creído oportuno decirme muchas cosas!

-¿Con qué fin? ¿Simplemente para fastidiarte? Tú sabes que él ha sido bueno contigo y que se preocupa por ti. Cuando llegue el momento, actuará para darte eso y más.

-¿Y si no lo hace? ¿Entonces me ayudarías tú?

-Haré lo que pueda.

-¿Cómo podré encontrarte?

Sonreí. Habíamos llegado a este punto casi sin ningún esfuerzo mío. No había ninguna necesidad de contarle la parte realmente importante. Esto bastaba para que más tarde me pudiera resultar útil...

-Las cartas -dije-, los Triunfos de la familia. No tienen sólo valor sentimental. Son medios de comunicación. Coge la mía y mírala, concéntrate en ella, trata de apartar todos los demás pensamientos, hazte la idea de que realmente soy yo y entonces comienza a hablarme. Te darás cuenta de que es real, y que te estoy contestando.

-¡Eso es precisamente lo que el abuelo me dijo que no hiciera cuando cogiera las cartas!

-Naturalmente.

-¿Cómo funciona?

-En otra ocasión -dije-. Una cosa por otra. ¿Recuerdas? Yo ya te he hablado de Ámbar y de la Sombra. Ahora cuéntame la visita que realizaron Gérard y Julián.

-Sí -dijo-. Aunque no hay mucho que contar. Una mañana, hace cinco o seis meses, el abuelo dejó lo que estaba haciendo. Estaba podando algunos árboles ahí en el huerto -le gustaba hacerlo él mismo- y yo le ayudaba. Estaba subido a una escalera, cortando, y súbitamente se detuvo, bajó las tijeras y quedó inmóvil varios minutos. Pensé que simplemente estaba descansando, y continué con mi tarea. Entonces le oí hablar -no murmuraba- parecía como si mantuviera una conversación. Al principio pensé que me hablaba a mí, y le pregunté qué había dicho. Pero me ignoró. Ahora que sé lo de los Triunfos, me doy cuenta de que debía estar hablando con uno de ellos. Probablemente Julián. De cualquier modo, después bajó rápidamente de la escalera, me dijo que tenía que ausentarse un día o dos, y se fue hacia la casa. Pero se detuvo a los pocos pasos, y volvió. Entonces fue cuando me dijo que si Julián o Gérard aparecían por aquí me presentaría como su pupila, la hija huérfana de un criado fiel. Un poco más tarde se marchó, llevando dos caballos de más. Se enfundó también la espada.

«Regresó de noche, trayendo a ambos consigo. Gérard apenas estaba consciente. Tenía la pierna izquierda rota, y todo el lazo izquierdo del cuerpo malherido. Julián también estaba bastante magullado, pero no tenía ningún hueso roto. Permanecieron con nosotros gran parte del mes, curándose rápidamente. Entonces tomaron prestados dos caballos y se marcharon. Desde entonces no los he vuelto a ver.

-¿Cómo dijeron que habían sido heridos?

-Sólo dijeron que habían tenido un accidente. No hablaron de eso conmigo.

-¿Dónde? ¿Dónde sucedió?

-En el camino negro. Les oí hablando de él varias veces.

-¿Dónde está ese camino negro?

-No lo sé.

-¿Qué dijeron al respecto?

-Lo maldijeron mucho. Eso fue todo.

Bajando la vista, vi que todavía quedaba algo de vino en la botella. Me agaché, serví las dos últimas copas, y le alcancé una a ella.

-Por el reencuentro -dije, y sonreí.

-...El reencuentro -acordó, y bebimos.

Ella comenzó a limpiar la zona y yo la ayudé, poseído de nuevo por la aguda sensación de la prisa.

-¿Cuánto tiempo debo esperar antes de ponerme en contacto contigo?

-Tres meses. Dame tres meses.

-¿Dónde estarás entonces?

-En Ámbar, espero.

-¿Cuánto tiempo te quedaras aquí?

-No mucho. De hecho, tengo que hacer un pequeño viaje ahora mismo. Pero regresaré mañana. Probablemente después me quedaré sólo unos pocos días más.

-Desearía que te quedaras más tiempo.

-Desearía poder nacerlo. Me gustaría, ahora que te he conocido.

Ella enrojeció y pareció volcar toda la atención en guardar las cosas en la cesta. Yo recogí los equipos de esgrima.

-¿Regresas a la casa ahora? -preguntó.

-A las cuadras. Me marcho inmediatamente.

Cogió la cesta.

-Entonces vamos juntos. Mi caballo está por aquí.

La seguí hacia un sendero que había a nuestra derecha.

-Supongo -dijo ella- que será mejor para mí no mencionarle esto a nadie. En particular al abuelo, ¿no?

-Sería lo más prudente.

El murmullo de la corriente, en su fluir camino del mar, se perdía, se perdía, hasta que desapareció; y sólo permaneció por un tiempo en el aire el crujir de la rueda que, sujeta en la tierra, cortaba su destino.

6

La mayoría de las veces, la regularidad de la marcha es más importante que la velocidad. Siempre que haya una progresión regular de estímulos que atraigan tu mente, habrá sitio para el movimiento lateral. Una vez que esto comienza, su velocidad es una cuestión de libre elección.

Por lo tanto yo avanzaba lentamente, pero a un ritmo continuo, sin excesos. No tenía ningún sentido cansar a Star innecesariamente. Los cambios rápidos resultan agotadores incluso para la gente. Los animales, que saben engañarse tan bien a sí mismos, lo pasan peor, y a veces enloquecen completamente.

Crucé el río por un pequeño puente de madera y avancé paralelamente a él durante un tiempo. Mi intención era rodear la ciudad, pero siguiendo la dirección general de la corriente hasta llegar a las proximidades de la costa. Era por la tarde. Mi camino estaba bañado por las sombras, era fresco. Grayswandir colgaba del cinto.

Continué hacia el oeste, llegando al fin a las colinas que se alzaban allí. No quise comenzar el cambio hasta que hubiera alcanzado una posición que abarcara toda la ciudad, donde se daba la mayor concentración de gente en este reino tan parecido a mi Avalón. La ciudad llevaba el mismo nombre, y varios miles de personas vivían y trabajaban allí. Faltaban varias de las torres de plata, y el río la atravesaba en un

ángulo diferente, mas hacia el sur. Era ocho veces más ancho que antes. De las herrerías y los edificios públicos se elevaban columnas de humo, ligeramente agitadas por la brisa proveniente del sur; la gente, montada, a pie, conduciendo carros y coches, circulaba por las estrechas calles, entrando y saliendo de tiendas, hostales, residencias; bandadas de pájaros revoloteaban, descendiendo y elevándose, en las plazas, donde estaban amarrados los caballos; unas pocas banderas brillantes y algunos estandartes se agitaban incansablemente; el agua brillaba y había neblina en el aire. Yo estaba demasiado lejos para oír el sonido de las voces, o el repiquetear y martillear de los trabajadores, o los zumbidos y crujidos de la actividad humana, sólo me llegaba un murmullo confuso. Y aunque no podía distinguir ningún olor particular, de haber estado todavía ciego sólo con oler el aire hubiera sabido que había una ciudad cerca.

Viéndola desde allí arriba, me invadió una cierta nostalgia, como la melancolía de un sueño que se desvanece al despertar, acompañada de una ligera añoranza por el lugar que había inspirado el nombre de este sitio. Una tierra de sombras desaparecida mucho tiempo atrás, donde la vida era simple, y yo más feliz que ahora.

Pero quien vive tanto como yo he vivido llega a tener un control consciente que descarta los sentimientos ingenuos en cuanto aparecen, y que generalmente detesta participar en la creación sentimental.

Aquellos tiempos habían pasado y ahora era Ámbar la que me absorbía por completo. Me volví y continué hacia el sur, firme en mi deseo de éxito. Ámbar, no te olvido...

El sol se convirtió en una ampolla brillante y deslumbradora por encima de mi cabeza y los vientos comenzaron a aullar a mi alrededor. El cielo se volvió más y más amarillo y brillante conforme yo avanzaba, hasta que fue como un desierto que se extendía por el horizonte allí arriba. Las colinas se hicieron más rocosas al descender hasta las tierras bajas, y exhibían formas esculpidas por el viento, de grotesco aspecto y sombríos colores. Cuando salí de las colinas se desató una tormenta de polvo, por lo que tuve que protegerme el rostro con la capa y cerrar los ojos hasta convertirlos en ranuras. Star relinchó, estornudando repetidamente, y continuó. Arena, roca, vientos, luego un cielo más anaranjado, y una acumulación de nubes con forma de láminas hacia las cuales se dirigía el sol...

Luego sombras largas, la muerte del viento, quietud... Sólo el ruido de los cascos sobre las rocas y los sonidos de la respiración... Oscurecimientos, cuando las nubes se agrupan para tapar al sol... Los muros del día sacudidos por el trueno... Una claridad antinatural de objetos distantes... Una sensación fría, azul y eléctrica en el aire... Trueno de nuevo...

Una cortina vidriosa ondeaba a mi derecha: avanza la lluvia... Grietas azules dentro de las nubes... La temperatura desciende vertiginosamente, nuestro paso es continuo, el mundo ahora es un telón de fondo monocromático...

El trueno retumba, blanco centelleante, la cortina se acerca brillante hacia nosotros… Doscientos metros… Ciento cincuenta...

Su extremo inferior se quiebra, espumea, se arruga... Olor de la tierra húmeda… Star relincha… Una explosión de velocidad...

Delante nuestro hay un terreno alto, y debajo de mí los músculos de Star hinchándose y relajándose, hinchándose y relajándose: salta los arroyuelos y los charcos, se mete en una corriente turbia y veloz, y llega a la pendiente. Sus cascos sacan chispas de las rocas mientras ascendemos, y allí abajo la voz del burbujeante y arremolinado fluir se convierte en un rugido constante...

Terreno más alto, y seco. Me detengo a desenredar los bordes de la capa… Abajo, detrás, y hacia la derecha hay un mar gris, sacudido por la tormenta, que rompe al pie del risco donde estamos...

Tierra adentro ahora, hacia los campos de tréboles y el anochecer, con el retumbar de las olas a mi espalda…

Persiguiendo estrellas fugaces hacia el este que se oscurece, hacia el silencio y la noche más tarde…

Cielo claro y estrellas brillantes, pero unos pocos atisbos de nubes…

Una manada de seres de ojos rojos aullaban y se retorcían a los lados del camino... Sombra... Ojos verdes... Sombra... Amarillos... Sombra... Desaparecieron...

Pero oscuras cimas con franjas nevadas se apretujaban a mi alrededor… Nieve helada, tan seca como el polvo, alzada en olas por las frías ventiscas de las alturas... Copos de nieve, como de harina… Me vienen recuerdos de los Alpes italianos, cuando esquiaba… Olas de nieve azotando rostros de piedra… Un fuego blanco en el aire nocturno… Mis pies pierden rápidamente la sensibilidad dentro de las botas húmedas... Star, relinchando y furioso, tiene que mirar dónde pone la pezuña, y menea la cabeza como si no lo creyera…

Ahora, más allá de la roca, sombras, una pendiente más suave, un viento seco, menos nieve…

Un sendero sinuoso, en espiral, nos da acceso al calor... Bajando, bajando, bajando por la noche, bajo cambiantes estrellas…

Lejanas quedan las nieves de una hora atrás que ahora son escuálidas plantas y una llanura… Lejos, las aves nocturnas se elevan en el aire, volando en círculos sobre el banquete de carroña, lanzando roncas notas de protesta mientras pasamos...

De nuevo avanzamos despacio, al lugar donde las hierbas se ondulan, mecidas por una brisa menos fresca… El ronroneo de un felino predador… La huida a saltos, entre sombras, de una bestia parecida a un ciervo… Estrellas que se deslizan hacia su lugar y sensaciones en mis pies otra vez...

Star se encabrita, relincha, se aleja a toda velocidad de alguna cosa oculta... Dedico mucho tiempo a calmarle, y aún más tiempo para que se le pasen los escalofríos...

Luego surgen carámbanos de una luna parcial que caen sobre las copas de distantes árboles... La tierra húmeda exhala una neblina luminiscente... Polillas danzando a la luz de la noche...

La tierra oscila y se encoge momentáneamente como si las montañas estuvieran alzando sus pies... Cada estrella se duplica... Un halo alrededor de la doble luna... La llanura, el aire, llenos de escurridizas figuras...

La tierra, como a un reloj al que se le acabara la cuerda, hace tic y se detiene... Estabilidad... Inercia... Las estrellas y la luna se vuelven a unir con sus espíritus...

Bordeamos en dirección oeste la linde cada vez más extensa del bosque...

...Impresiones de una jungla dormida; delirio de serpientes bajo un hule...

Al Oeste... En algún lugar un río de anchas y limpias orillas para facilitar mi paso hacia el mar...

Retumbar de cascos, movimiento de sombras... Aire nocturno en el rostro... Una visión momentánea de seres brillantes sobre murallas altas y oscuras y torres resplandecientes... El aire se hace más suave... La visión se desvanece... Sombras...

Estamos unidos como un centauro, Star y yo, bajo una misma piel de sudor... Aspiramos el aire y lo exhalamos en mutuas explosiones... Lleva el cuello cubierto de trueno, y es terrible la gloria de sus aletas nasales... Se traga la tierra.

Riendo, envueltos en el olor de las aguas, con los árboles muy cerca a nuestra izquierda...

Luego por entre ellos... cortezas suaves, helechos colgantes, anchas hojas, gotas de humedad... La araña teje a la luz de la luna; dentro de la tela figuras que forcejean... Hierba esponjosa... Hongos fosforescentes sobre árboles caídos...

Un espacio abierto... el susurro de altas hierbas...

Más árboles...

Nuevamente el olor del río...

Más tarde, sonidos... Sonidos... La risa herbosa del agua...

Más cerca, más fuerte, al fin a su lado... Los cielos se doblan en su estómago, y los árboles... Límpida corriente, de gusto frío y húmedo... Hacia la izquierda, a su lado, pisándola... Fluye sin esfuerzo, seguimos por ella...

Beber… Chapoteamos en aguas poco profundas, y Star, cubiertas sus pezuñas, agachada la cabeza, bebe como una bomba, rocía con las narices… Río arriba, el río se me enrosca por las botas… Gotea de mi cabello, baja por mis brazos… Star vuelve la cabeza al oír mi carcajada.

Seguimos camino acompañando la corriente. Baja el río limpio, lento, sinuoso… Luego recto, ensanchándose, más lento…

Los árboles se espesan, más adelante pierden densidad…

Camino largo, continuo, lento…

Una tenue luminosidad en el este…

Descendemos ahora por una pendiente, hay menos árboles… Más rocas, y la oscuridad otra vez es total…

La primera percepción débil del mar, un olor fugaz… Paso ligero, ligero, en el frío de la noche… De nuevo, un instante salado…

Rocas, y una ausencia de árboles… Terreno duro, empinado, desolado. Abajo… la pendiente es cada vez más pronunciada.

Como una centella entre muros de piedra… Los guijarros que desaloja Star desaparecen en la corriente, ahora impetuosa. El ruido de su caída es ahogado por los ecos del rugido… Más profundo el desfiladero, ensanchándose…

Hacia abajo, hacia abajo…

Más lejos aún…

Ahora el este vuelve a palidecer, y la pendiente es más suave… De nuevo, el toque salino, más penetrante…

Esquisto y granos de arena… Girando por un recodo, hacia abajo, encontramos más luz…

Pisadas regulares y suaves, sueltas…

La brisa y la luz, la brisa y la luz… Doblamos un saliente de piedra…

Tiro de las riendas.

Debajo mío yace la desolada playa, donde serie tras serie de ondulantes dunas, acosadas por los vientos del sudeste, arrojan arenas espumosas que borran parcialmente los distantes perfiles del hosco mar de la mañana.

Contemplé cómo se extendía la capa rosada a través del agua por el este. Aquí y allí, las oscilantes arenas revelaban oscuras vetas de grava. Escarpadas masas de rocas se alzaban por encima del movimiento de las olas. Entre las enormes dunas -de más de cien metros de altura- y yo, muy por encima de aquella maléfica costa, se extiende una llanura de rocas ampulosas y de grava. Esa planicie llena de agujeros está emergiendo ahora mismo del infierno o la noche al primer resplandor del amanecer. Las sombras le dan vida.

Sí, exacto.

Desmonté y observé cómo el sol forzaba un frío y brillante día sobre el paisaje. Era la blanca y dura luz que yo había buscado. No había seres humanos: este era el lugar necesario tal como yo lo había visto décadas antes en mi exilio en la Sombra Tierra. Sin bulldozers, tamices, ni negros con escoltas; sin ninguna ciudad de Oranjemund bajo máxima seguridad. Sin máquinas de rayos X, alambradas ni guardias armados. No había nada de esto, aquí. No. Porque esta sombra nunca había conocido a un Sir Ernest Oppenheimer, y nunca había existido una Unión Minera de Diamantes del África del Sudoeste, ni un gobierno que aprobara esa gran compañía de intereses de la costa. Aquí estaba el desierto llamado Namib, a unos setecientos kilómetros al noreste de Ciudad del Cabo: una granja de dunas y rocas cuyo ancho oscila entre tres y veinte kilómetros, a lo largo de la olvidada playa. Un pasillo de quinientos kilómetros ente el mar y las Montañas Richtersveld, que me estaban dando sombra.

Aquí, a diferencia de cualquier mina normal, los diamantes estaban desparramados a la buena de dios, como excrementos de pájaros por la arena. Yo, por supuesto, me había traído un rastrillo y un tamiz.

Extraje los víveres y me preparé el desayuno. Iba a ser un día caluroso y polvoriento.

Mientras trabajaba en las dunas, pensé en Doyle, el pequeño joyero de cabello fino, tez rojo-ladrillo y mejillas llenas de espinillas, allí en Avalón. ¿Polvo rojo de joyeros? ¿Por qué quería yo tal cantidad de polvo, suficiente para proveer a un ejército de joyeros durante trescientos años? Me encogí de hombros. ¿Qué le importaba a él con tal de que tuviera dinero para pagarlo? Bien, si se había descubierto otro uso de aquel material y se podía ganar un dinero, tonto... En otras palabras, ¿no podría darme aquella cantidad en una semana? Se le escapó la risita por las fisuras de la sonrisa. ¿Una semana? ¡Oh, no! ¡Por supuesto que no! Era ridículo, ni hablar... Ya veía. Bien, le di rápidamente las gracias: quizá su competidor de la misma calle podría conseguirme el material, y quizá estuviera interesado en unos pocos diamantes en bruto que yo esperaba recibir a los pocos días... ¿Había dicho diamantes? Esperad. Si se trataba de diamantes, él tenía mucho interés... Sí, pero lamentablemente su departamento de polvo de joyeros era deficiente. Una mano alzada. Podría ser que hubiera hablado apresuradamente con respecto a sus posibilidades de producir el material de pulir. Era la cantidad lo que le había turbado. Pero le sobraban los ingredientes y la fórmula era muy simple. Sí, no era una razón para que no se pudiera encontrar la forma de hacerlo. En una semana lo tendría. Con respecto a los diamantes...

Antes de abandonar su tienda habíamos llegado a un acuerdo.

He encontrado a mucha gente que cree que la pólvora explota, lo cual, por supuesto, es incorrecto. Arde rápidamente, formando el gas que a presión lanza la bala por la boca del cartucho y la empuja por el cañón del arma, después de haber sido encendida por el detonador, que es el que realmente explota cuando la clavija detonadora se introduce en él. Bien, con nuestra típica visión familiar, yo había experimentado durante

años con una gran variedad de combustibles. Mi decepción al descubrir que la pólvora no se activaba en Ámbar, y que todos los detonantes que había probado eran inertes, sólo quedaba mitigado por la certeza de que ninguno de mis parientes podía introducir tampoco armas de fuego en Ámbar. Mucho más tarde, durante una visita a Ámbar, después de lustrar un brazalete que le había traído a Deirdre, descubrí la maravillosa propiedad que tenía el polvo de los joyeros de Avalón cuando me deshice del trapo de lustrar en una chimenea.

Afortunadamente la cantidad era mínima, y yo estaba solo en aquel momento.

Tal como venía en las cajas era ya un excelente detonador. Y combinándolo con una cantidad suficiente de material inerte, también podía arder apropiadamente.

Me guardé *el* secreto, presintiendo que un día me sería útil para decidir ciertos asuntos básicos en Ámbar. Por desgracia, Eric y yo tuvimos el encontronazo antes de que llegara ese día, y el secreto quedó almacenado junto al resto de mis recuerdos. Cuando al fin las cosas se aclararon en mi mente, mi suerte quedó rápidamente emparejada con la de Bleys, que estaba preparando un asalto a Ámbar. La verdad es que no me necesitaba, y creo que me incorporó a su bando para poder vigilarme. Si yo le hubiera proporcionado armas de fuego, él hubiera sido invencible y yo innecesario. Más importante: si hubiéramos tenido éxito en tomar Ámbar de acuerdo con sus planes, la situación se hubiera vuelto realmente tensa, pues él habría contado con el grueso de ocupación y la lealtad de los oficiales. Entonces yo hubiera necesitado algo para equilibrar la balanza de poder más equitativamente. Unas pocas bombas y armas automáticas, digamos.

Con sólo haber recuperado la memoria un mes antes, las cosas hubieran sido bastante diferentes. Podría haber permanecido en Ámbar, en vez de sentir el hierro candente, quedar reducido a una pingajo y ahora tener por delante otra cabalgada infernal y un sin fin de problemas que resolver todavía.

Recuerdo aquel día, Eric. Estaba encadenado y me obligaron a arrodillarme ante el trono. Ya me había coronado a mí mismo, para burlarme de ti, y me habían apaleado por ello. La segunda vez que tuve la corona en mis manos, te la arrojé. Pero tú la cogiste y sonreíste. Quedé contento de que no saliera dañada cuando no pudo dañarte a ti. Algo tan hermoso... Toda de plata, con sus siete puntas, y engarzada con esmeraldas que se reflejaban en todos los diamantes. Dos grandes rubíes a cada lado... tú te coronaste aquel día, todo arrogancia y apresurada pomposidad. Las primeras palabras que pronunciaste entonces me las murmuraste a mí antes de que se apagasen en la sala los ecos del «¡Viva el Rey!». Recuerdo cada palabra. «Tus ojos nunca verán una visión más agradable que ésta», dijiste. Y luego, «¡Guardias!», ordenaste. «¡Llevaos a Corwin a la fragua y quemadle los ojos! ¡para que recuerde lo que ha visto este día como su última visión! ¡Luego arrojadlo a las sombras de la mazmorra más profunda de Ámbar, y que su nombre sea olvidado!»

-Ahora tú reinas en Ámbar -dije en voz alta-. Pero yo aún tengo mis ojos, y no he olvidado ni he sido olvidado.

No, pensé. Cúbrete con la realeza, Eric. Las murallas de Ámbar son altas y gruesas. Permanece tras ellas. Rodéate con el fútil acero de las espadas. Como las hormigas, fortificas tu casa con polvo. Ahora sabes que nunca estarás a salvo mientras yo viva, y te he dicho que volveré. Estoy en camino, Eric. Llevaré conmigo armas de fuego desde Avalón, y haré caer tus puertas, aplastando a tus defensores. Entonces ocurrirá lo que ocurrió otra vez por un instante, antes de que llegaran tus hombres y te salvaran. Aquel día en que sólo hice brotar unas pocas gotas de tu sangre. Esta vez la tendré toda.

Cogí otro diamante en bruto, el decimosexto o algo así, y lo dejé caer en el saco que llevaba en la cintura.

Mientras contemplaba el sol poniente, me pregunté acerca de Benedict, Julián y Gérard. ¿Qué conexión había entre ellos? Fuera la que fuese, no me gustaba ninguna combinación de intereses en la que estuviera Julián. Con Gérard no había problemas. Aquella noche, en el campamento, pude dormir tras pensar que era con él con quien Benedict se estaba comunicando. Aunque si ahora estaba aliado con Julián, sería un nuevo motivo de preocupación. Si alguien me odiaba más incluso que Eric, era Julián. Si sabía dónde me encontraba, entonces el peligro que corría era grande. Yo todavía no estaba preparado para un enfrentamiento. Supuse que Benedict podría encontrar una justificación moral para venderme en este momento.

Al fin y al cabo, él sabía que cualquier cosa que yo hiciera -y sabía que yo iba a hacer algo- tendría como resultado una lucha en Ámbar. Podía entenderle, e incluso simpatizar con sus sentimientos. Su misión era la preservación del reino. A diferencia de Julián, era hombre de principios, y lamentaba tener que estar en desacuerdo con él. Mi esperanza era que mi plan fuera tan rápido e indoloro como la extracción de una muela bajo los efectos de la anestesia, y que poco después volviéramos a estar del mismo lado. Después de conocer a Dará, también lo deseaba por ella.

Me había dicho demasiado poco como para que pudiera sentirme cómodo. No había modo de saber si realmente tenía la intención de permanecer toda la semana en el campo, o si incluso en ese mismo momento no estaba cooperando con las fuerzas de Ámbar para tenderme una trampa, construirme una prisión o cavarme una tumba. Aunque anhelaba permanecer más tiempo en Avalón, tenía que apresurarme.

Envidiaba a Ganelón, que estaría bebiendo, fornicando o peleando en cualquier taberna o burdel, o cazando, en cualquier monte. Él había regresado a casa. ¿Debería permitir que lo disfrutase, a pesar de su oferta de acompañarme a Ámbar? No, después de mi partida sería interrogado y si Julián intervenía en el asunto le torturarían y luego le marginarían por completo en lo que parecía su propia tierra, si es que le dejaban libre. Entonces se convertiría en un fuera de la ley de nuevo, y la tercera vez probablemente sería su ruina. No, mantendría mi promesa. Vendría

conmigo, si eso era todavía lo que quería. Si había cambiado de pensamiento, bien: incluso le envidiaba la idea de ser un fuera de la ley en Avalón. Hubiera querido quedarme más tiempo, cabalgar con Dará por las colinas, correr por los campos, navegar los ríos...

Pensé en la muchacha. El conocimiento de su existencia de algún modo cambiaba las cosas. No estaba seguro de qué manera. A pesar de nuestros grandes odios y nuestras estúpidas animosidades, nosotros, los de Ámbar, somos un grupo con una gran conciencia de familia, siempre ansiosos por tener noticias de los otros, deseosos de conocer la posición de cada uno en el cambiante cuadro. Las pausas que de vez en cuando nos concedemos para el chismorreo indudablemente han evitado unas cuantas muertes entre nosotros. A veces nos veo como un grupo de mezquinas damas viejas en una combinación de hogar de descanso y carrera de obstáculos.

Todavía no podía situar a Dará en el juego porque ella misma no sabía dónde estaba situada. Oh, tendría que aprender. Recibiría una enseñanza excelente una vez que se conociera su existencia. Ahora que yo había despertado en ella la conciencia de su posición única, sólo era cuestión de tiempo que esto ocurriera y ella se incorporara al juego. Me sentí un poco como una serpiente en algunos momentos de nuestra conversación en el campo; pero infiernos, ella tenía derecho a saberlo. Estaba predestinada a averiguarlo tarde o temprano, y cuanto antes se enterara más pronto podría comenzar a levantar sus defensas. Era en su propio beneficio.

Por supuesto, era posible -incluso probable- que su madre y su abuela hubieran vivido y muerto ignorando su herencia...

¿Y de qué les había servido? Habían muerto violentamente, dijo ella.

¿Era posible, me pregunté, que el largo brazo de Ámbar hubiera surgido en la sombra para abatirlos? ¿Y que pudiera golpear de nuevo?

Benedict podía ser tan duro, mezquino y desagradable como cualquiera de nosotros cuando lo deseaba. Incluso más duro que nadie. Lucharía para proteger lo suyo, hasta mataría a uno de nosotros si lo creyera necesario. Debió pensar que manteniendo su existencia en secreto y manteniéndola a ella ignorante la protegería. Se pondría furioso conmigo cuando se enterara de lo que había hecho, lo cual era otro motivo para largarme rápidamente. Pero yo no le había revelado secretos a Dará por simple perversidad. Quería que ella sobreviviera, y no creía que él llevara el caso adecuadamente. Cuando volviera, ella ya habría tenido tiempo para pensar bien las cosas. Tendría muchas preguntas que hacer y yo aprovecharía la oportunidad para precaverla y entrar en detalles.

Me rechinaron los dientes.

Nada de esto sería necesario. Cuando gobernara en Ámbar las cosas serían diferentes. Tenían que serlo...

¿Por qué nunca nadie había hallado un modo de cambiar la estructura básica del hombre? Incluso la pérdida de todos mis recuerdos y una vida nueva en un mundo nuevo habían desembocado en el mismo viejo Corwin. Si yo no fuese feliz con lo que era sería desesperante.

En un rincón tranquilo del río me quité el polvo y el sudor, preguntándome todo el tiempo acerca del camino negro que había herido a mis hermanos. Había muchas cosas que yo necesitaba saber.

Mientras me bañaba, conservé a Grayswandir al alcance de la mano. Cualquiera de nosotros es capaz de seguir las huellas de otro a través por la sombra, cuando el camino aún está cálido. En realidad tuve un baño tranquilo, aunque en el camino de regreso empleé a Grayswandir tres veces en cosas menos mundanas que mis hermanos.

Pero esto era previsible, ya que había acelerado el paso considerablemente...

Todavía estaba oscuro, aunque no faltaba mucho para el amanecer, cuando entré en las cuadras de la casa de campo de mi hermano. Atendí a Star, que andaba un poco desquiciado, hablando y tranquilizándolo mientras lo cepillaba, preparándole luego una gran cantidad de agua y comida. El caballo de Ganelón, Firedrake, me saludó desde la caballeriza de enfrente. Me lavé, en la bomba de agua que había en la parte trasera de la cuadra, tratando de decidir dónde dormiría un poco.

Necesitaba algo de descanso. Unas pocas horas de sueño me mantendrían en forma durante un tiempo, pero me negué a tomarlas bajo el techo de Benedict. No me iba a dejar pillar tan fácilmente, y aunque muchas veces había dicho que querría morir en la cama, lo que realmente quería decir era que cuando fuese un anciano deseaba ser aplastado por un elefante mientras hacía el amor.

Pero no me desagradaba beber su alcohol, y ahora necesitaba algo fuerte. La casa estaba a oscuras; entré silenciosamente y encontré el armario de los licores.

Me serví un copazo, lo bebí, me serví otro y lo llevé hasta la ventana. Podía ver una vasta panorámica. La casa se erigía sobre una colina y Benedict había cuidado muy bien el paisaje

-«Blanco bajo la luna yace el largo camino» -recité, sorprendido ante el sonido de mi voz-. «En lo alto, la luna permanece ausente...»

-Eso es. Eso es, Corwin, muchacho -oí que decía Ganelón.

-No vi que estuvieras ahí sentado -dije en voz baja, sin volverme de la ventana.

-Es que estoy inmóvil -dijo.

-Oh -repliqué-. ¿Estás muy borracho?

-Apenas -dijo-, ahora. Si te molestaras en ser un buen camarada y me sirvieras una copa...

Me volví.

-¿Por qué no te lo puedes servir tú?

-Me duele cuando me muevo.

-De acuerdo.

Fui a servirle una, y se la llevé. La alzó lentamente, me dio las gracias con un movimiento de cabeza, y bebió un sorbo.

-¡Ah, excelente! -suspiró-. Ojalá me insensibilice un poco.

-Anduviste en una pelea -decidí.

-Sí -dijo-. En varias.

-Entonces aguanta las heridas como un buen soldado y déjame guardar mi simpatía.

-¡Pero gané yo!

-¡Dios! ¿Dónde dejaste los cuerpos?

-Oh, no quedaron tan mal. La que me hizo esto, fue una muchacha.

-Entonces diría que pagaste un precio justo.

-No fue esa clase de asunto. Creo que nos he comprometido.

-¿A nosotros? ¿Cómo?

-No sabía que se tratara de la señora de la casa. Llegué muy alegre, y pensé que ella era alguna criada...

-¿Dará? -dije, poniéndome tenso.

-Sí, la misma. Le palmeé el trasero y me acerqué para darle un par de besos... -gimió-. De repente ella me alzó. Me levantó del suelo y me sostuvo por encima de su cabeza. Entonces me dijo que era la señora de la casa. Luego me dejó caer... Peso ciento quince kilos, Corwin, y caí desde gran altura.

Tomó otro sorbo, y yo me reí entre dientes.

-Ella también se rió -dijo tristemente-. Entonces me ayudó a incorporarme amablemente y, por supuesto, yo me disculpé... ese hermano tuyo debe ser todo un nombre. Nunca había conocido a una chica tan fuerte. Lo que sería capaz de hacerle a un hombre. -Su voz denotaba un gran respeto. Meneó lentamente la cabeza y se tragó el resto de la bebida-. Fue terrible, y, por supuesto, muy embarazoso -concluyó.

-¿Aceptó tus disculpas?

-Oh, sí. Se portó muy bien. Me dijo que lo olvidara, diciendo que ella también lo haría.

-¿Entonces por qué no estás en la cama durmiendo?

-Estaba esperando, por si llegabas a las tantas. Quería hablarte inmediatamente.

-Bien, aquí me tienes.

Se incorporó lentamente y tomó su vaso.

-Salgamos fuera -dijo.

Buena idea.

Al salir cogió la botella de brandy, lo cual me pareció también una buena idea, y seguimos por un sendero que atravesaba el jardín posterior de la casa. Finalmente, se acomodó en un viejo banco de piedra al pie de un gran roble, donde llenó nuevamente nuestros vasos y tomó un trago del suyo.

-Ah, tu hermano también tiene buen gusto para los licores -dijo.

Me senté a su lado y llené la pipa.

-Después de decirle que lo sentía y de presentarme, nos pusimos a charlar un rato -dijo-. Tan pronto como se enteró de que yo estaba contigo, quiso saber toda clase de cosas acerca de Ámbar y las sombras, de ti y del resto de la familia.

-¿Le dijiste algo? -pregunté, encendiendo una cerilla.

-Aunque hubiese querido, no habría podido -dijo-. No sabía ninguna de las respuestas.

-Bien.

-Aunque me hizo pensar. No creo que Benedict le cuente muchas cosas, y comprendo el motivo. Yo llevaría cuidado con lo que digo delante de ella, Corwin. Parece demasiado curiosa.

Asentí, inhalando.

-Tiene una razón para serlo -dije-. Una razón de peso. Pero me alegra ver que mantienes tu prudencia incluso cuando has bebido. Gracias por decírmelo.

Se encogió de hombros y bebió otro trago.

-Un buen golpe te pone sobrio. Y además, tu bienestar es mi bienestar también.

-Cierto. ¿Merece tu aprobación esta versión de Avalón?

-¿Versión? Si es mi Avalón, -dijo-. Hoy visité el Campo de las Espinas, donde derroté a la banda de Jack Hailey por orden tuya. Era el mismo lugar.

-El Campo de Espinas... -dije, recordándolo.

-Sí, esta es mi Avalón -continuó-, y cuando sea viejo volveré aquí, si es que sobrevivimos a lo de Ámbar.

-¿Todavía quieres acompañarme?

-Toda mi vida he querido ver Ámbar… bueno, desde que oí hablar de ella. Tú me hablaste, en tiempos más felices.

-Realmente no recuerdo lo que dije. Debió ser una buena narración.

-Aquella noche ambos estábamos maravillosamente borrachos, y todo pasó como en un suspiro, parecía como si hubieses hablado durante apenas unos instantes -a veces llorando- contándome de la imponente montaña Kolvir y de los capiteles verdes y dorados de la ciudad, de los paseos, las plataformas, las terrazas, las flores, las fuentes... Parecía que había pasado muy poco tiempo, pero la narración te llevó toda la noche: porque amaneció antes de que nos fuéramos tambaleantes a la cama. ¡Dios! ¡Casi podría dibujarte un mapa del lugar! Debo verla antes de morir.

-No recuerdo aquella noche -dije lentamente-. Debía estar muy borracho.

Se rió entre dientes.

-Pasamos buenos ratos aquí en aquellos tiempos -dijo-. Y la gente nos recuerda. Pero como personajes que vivieron mucho tiempo atrás... y cuentan muchas historias equivocadas. ¡Qué demonios! ¿A quién no le deforman la historia con el tiempo?

Permanecí callado, fumando, pensando en aquellos días.

-...Todo lo cual me lleva a hacerte un par de preguntas -dijo.

-Hazlas.

-¿Tu ataque a Ámbar te enemistará mucho con tu hermano Benedict?

-Realmente desearía conocer la respuesta -dije-. Inicialmente creo que sí. Pero mi operación debería consumarse antes de que él pueda llegar a Ámbar desde aquí, en respuesta a cualquier petición de socorro que reciba. Quiero decir llegar a Ámbar con refuerzos. Podría trasladarse personalmente hasta allí casi al instante, si alguien de Ámbar le ayudara. Pero eso no serviría de mucho. No. En vez de dividir a Ámbar, él ayudaría a cualquiera que la pudiera mantener unida, estoy seguro. Una vez que yo eche a Eric, él querrá que la lucha se detenga inmediatamente y aceptará que yo detente el trono, simplemente para que no se produzcan más disputas. Aunque es claro que al principio no aprobará el derrocamiento.

-A eso es a lo que quería llegar. ¿Quedaréis enemistados con todo eso?

-No lo creo. Esto es puramente un asunto de política, y ambos nos hemos tratado la mayor parte de nuestras vidas, y siempre mejor que cualquiera de nosotros con Eric.

-Ya veo. Es que como tú y yo vamos juntos en esto, y Avalón parece ser de Benedict ahora, me preguntaba cuáles serían sus sentimientos con respecto a mi retorno aquí algún día. ¿Me odiará por haberte ayudado?

-Lo dudo mucho. Nunca ha sido una persona así.

-Entonces déjame ir un paso más allá. Dios sabe que soy un militar de experiencia, y si tenemos éxito en la toma de Ámbar él tendrá una buena prueba de mi capacidad. Teniendo el brazo derecho mutilado como lo tiene, ¿crees que podría pensar en tomarme como comandante de campo de su milicia? Conozco muy bien la región. Podría llevarlo al

Campo de las Espinas y describirle la batalla. ¡Infiernos! Le serviría bien: tan bien como te serví a ti.

Entonces rió.

-Perdóname. Mejor de lo que te serví a ti.

Me reí entre dientes, bebiendo.

-Sería difícil -dije-. Por supuesto, me gusta la idea. Pero no estoy demasiado seguro de que puedas llegar a ser su hombre de confianza. Parecería un truco muy obvio de mi parte.

-¡Maldita política! ¡Eso no es lo que yo quería decir! ¡Lo único que sé hacer es luchar, y amo Avalón!

-Te creo. ¿Te creerá él?

-Con un solo brazo necesitará un hombre capaz a su lado. Podría...

Comencé a reír y me contuve rápidamente, ya que el sonido de la risa parece que se expande a gran distancia. Además, podía herir los sentimientos de Ganelón.

-Lo siento -dije-. Discúlpame, por favor. No entiendes. Realmente no comprendes con quién hablamos en la tienda aquella noche. Te pudo parecer un hombre ordinario... y disminuido encima. Pero no lo es. Yo temo a Benedict. No se parece a ninguna otra criatura de la Sombra o la realidad. El es el Maestro de Armas de Ámbar ¿Puedes pensar en un milenio? ¿En mil años? ¿En varios? ¿Puedes imaginar a un hombre que, casi todos los días de una vida tan larga, ha dedicado algún tiempo a manejar armas, tácticas, estrategias? Aunque lo veas en un reino diminuto, comandando a una milicia pequeña, con un jardín bien cuidado en su patio trasero, no te engañes. Todo lo que se conoce de la ciencia militar bulle en su cabeza. A menudo ha viajado de sombra en sombra presenciando variante tras variante de la misma batalla, bajo circunstancias sólo ligeramente alteradas, con la intención de verificar sus teorías de guerra. Ha mandado ejércitos tan vastos que los podías ver desfilar durante varios días sin alcanzar a ver el fin de las columnas. Aunque lo veas entorpecido por la pérdida de su brazo, yo no querría luchar contra él ni con armas ni sin ellas. Es una suerte que no tenga ambiciones sobre el trono, pues de lo contrario ya lo estaría ocupando. Si las tuviera, creo que yo renunciaría totalmente y le rendiría honores al momento.

Le tengo miedo a Benedict.

Ganelón permaneció silencioso un largo rato, y yo bebí otro sorbo, porque la garganta se me había secado.

-No me había dado cuenta de esto, por supuesto -dijo entonces-. Me daré por satisfecho sólo con que me deje volver a Avalón.

-Te lo permitirá. Lo sé.

-Dará me dijo que hoy había recibido un mensaje de él. Ha decidido acortar su estancia en el campo. Probablemente vuelva mañana.

-¡Maldición! -dije, incorporándome-. Entonces tendremos que actuar pronto. Espero que Doyle tenga el material listo. Tenemos que ir a verlo por la mañana y acelerar todo. ¡Quiero estar lejos de aquí antes de que venga Benedict!

-¿Entonces ya tienes las joyas?

-Sí.

-¿Puedo verlas?

Desaté el saco que llevaba al cinto y se lo entregué. Lo abrió y extrajo varias piedras, sosteniéndolas en la palma de la mano izquierda y girándolas lentamente con la punta de los dedos.

-No parecen valer mucho -dijo- por lo que puedo ver con esta luz. ¡Espera! ¡Hay un resplandor! No...

-Son diamantes en bruto, por supuesto. Tienes en tus manos una fortuna.

-Sorprendente -dijo, guardándolos nuevamente en el saco y atándolo-. Te resultó muy fácil.

-No resultó tan fácil.

-Sin embargo, acumular una fortuna en tan poco tiempo parece injusto.

Me las devolvió.

-Cuidaré de que tengas una fortuna cuando terminemos con esto -dijo-. Será una especie de compensación, en caso de que Benedict no te ofrezca un puesto de mando.

-Ahora que sé quién es, estoy más decidido que nunca a trabajar para él algún día.

-Veremos qué se puede hacer.

-Sí. Gracias, Corwin. ¿Cuándo nos marcharemos?

-Quiero que vayas a descansar un poco, porque te despertaré temprano. Me temo que a Star y a Firedrake no les guste ser bestias de tiro, pero nos llevaremos prestado uno de los carros de Benedict y nos encaminaremos hacia la ciudad. Antes, trataré de levantar aquí una buena cortina de humo para cubrir una retirada ordenada. Entonces apuraremos a Doyle en su tarea, conseguiremos el cargamento, y nos marcharemos hacia la Sombra lo más rápido posible. Cuanto más velozmente nos marchemos, más difícil será para Benedict seguirnos la pista. Si puedo conseguir medio día de ventaja en la Sombra, prácticamente será imposible que lo logre.

-¿En primer lugar por qué supones que tendrá tanto empeño en perseguirnos?

-No confía nada en mí... y con motivo. Está esperando a que yo juegue. Sabe que aquí hay algo que necesito, pero no sabe qué. Quiere averiguarlo, para poder anular otra amenaza contra Ámbar. Tan pronto

como averigüe que nos hemos marchado definitivamente, sabrá que lo tenemos y vendrá a inspeccionar.

Ganelón bostezó, desperezándose, y acabó su bebida.

-Sí -dijo entonces-. Será mejor que descansemos, así estaremos en condiciones para correr. Ahora que sé más acerca de Benedict, estoy menos sorprendido por la otra cosa que quería decirte; aunque no menos desconcertado.

-¿Y es...?

Se puso en pie, cogió la botella cuidadosamente, y luego señaló hacia el sendero.

-Si continuas por esa dirección -dijo-, cruzas el seto que delimita la casa y entras en el bosque que hay más abajo -y si luego continúas unos doscientos pasos más- llegarás a un lugar donde hay un pequeño grupo de árboles jóvenes a la izquierda, al borde mismo de un súbito declive de algo más de un metro por debajo del sendero. Ahí abajo, vi tierra apisonada cubierta con hojas y ramas, es una tumba reciente. La encontré antes, cuando tomaba el aire tratando de aliviar el dolor.

-¿Cómo sabes que es una tumba?

Se rió entre dientes.

-Cuando los hoyos conservan cuerpos en su interior generalmente se los llama así. Es poco profunda, y la removí un poco con un palo. Hay cuatro cuerpos: tres hombres y una mujer.

-¿Cuánto hace que están muertos?

-Poco tiempo. Creo que unos días.

-¿Lo dejaste tal como lo encontraste?

-No soy tonto, Corwin.

-Lo siento. Pero esto me preocupa bastante, por que no entiendo nada.

-Obviamente molestaron a Benedict y él les devolvió el favor.

-Tal vez. ¿Qué aspecto tenían? ¿Cómo murieron?

-No había nada especial en ellos. Tenían una edad media, y les habían cortado el cuello, excepto a uno, que recibió el golpe en las tripas.

-Es extraño. Sí, mejor que nos marchemos pronto. Ya tenemos suficientes problemas propios como para vernos liados en los locales.

-Cierto. Así que vayámonos a la cama.

-Ve delante. Yo todavía no estoy listo.

-Sigue tu propio consejo y descansa un poco -dijo, volviéndose hacia la casa-. No te quedes aquí meditando.

-No lo haré.

-Buenas noches, entonces.

-Te veré por la mañana.

Lo vi volver por el sendero. Tenía razón, por supuesto, pero yo aún no estaba listo para rendir mi conciencia. Estudié mis planes otra vez, para asegurarme de que no descuidaba nada, acabé la bebida y dejé el vaso sobre el banco. Entonces me puse de pie y paseé, dejando estelas de humo en el aire. Caía un rayo de luna sobre mi hombro, y el amanecer aún se encontraba a unas horas de distancia, según mis cálculos. Tenía la firme intención de pasar el resto de la noche fuera de la casa, y pensé en encontrar un buen lugar donde acostarme.

Por supuesto, descendí por el sendero y me dirigí hacia el grupo de arbolillos. Examinando un poco los alrededores pude comprobar que había tierra removida recientemente, pero no tenía humor para desenterrar los cuerpos a la luz de la luna y acepté sin ningún reparo la palabra de Ganelón respecto a lo que había encontrado allí. Ni siquiera sé con certeza por qué me dirigí allí. Una veta morbosa, supongo. Aunque decidí no dormir en los alrededores.

Me dirigí hacia la parte noroeste del jardín, y encontré un área que no se veía desde la casa. Había grandes arbustos y la hierba era alta, suave y de olor dulce. Extendí la capa, me senté sobre ella, y me quité las botas. Puse los pies sobre la fría hierba y suspiré.

Ya no faltaba mucho tiempo, decidí. Sombras por diamantes, por armas, por Ámbar. Estaba en camino. Un año atrás estaba pudriéndome en una celda, cruzando tantas veces la línea entre la cordura y la locura que ya la había borrado. Ahora me sentía libre, fuerte, veía y tenía un plan. Ahora volvía a ser una amenaza que buscaba cumplirse, una amenaza más mortal que antes. Esta vez mi suerte no estaba atada a los planes de otra persona, ahora yo era responsable de mi propio éxito o fracaso.

La sensación era buena, como la hierba, como el alcohol que se había filtrado a través de mi sistema energético y me daba calor con una agradable llama. Limpié la pipa y la hice a un lado. Me desperecé, bostecé y estaba a punto de tenderme.

Detecté un movimiento lejano, me apoyé en los codos y observé para ver si aparecía de nuevo. No tuve que esperar mucho. Una figura pasaba lentamente por el sendero, deteniéndose frecuentemente, avanzando con sigilo. Desapareció debajo del árbol donde Ganelón y yo habíamos estado sentados, y no volvió a aparecer en mucho rato. Luego continuó un trecho, se detuvo y pareció mirar en mi dirección. Entonces vino hacia mí.

Al bordear un matorral emergió de las sombras, y su rostro quedó repentinamente iluminado por la luna. Aparentemente consciente de esto, ella sonrió en mi dirección, caminando más lentamente al aproximarse, deteniéndose cuando estuvo ante mí.

-Presumo que no te gustan tus habitaciones, Lord Corwin -dijo.

-En absoluto -repliqué-. Es una noche tan hermosa que atrajo al enamorado del campo que hay en mí.

-Algo debió atraerte también la noche anterior -dijo-, a pesar de la lluvia-, y se sentó a mi lado sobre la capa-. ¿Dormiste dentro de la casa o fuera?

-Pasé la noche fuera -dije-. Pero no dormí. De hecho, no he dormido desde la última vez que te vi.

-¿Dónde has estado?

-En la costa, cribando la arena.

-Parece deprimente.

-Lo fue.

-He estado pensando mucho desde que caminamos por la Sombra.

-Lo imagino.

-Yo tampoco he dormido mucho. Por eso oí que llegabas y que hablabas con Ganelón; cuando él entró solo pensé que estabas por aquí.

-Estabas en lo cierto.

-Debo ir a Ámbar. Y recorrer el Patrón.

-Lo sé. Y lo harás.

-Pronto, Corwin, ¡pronto!

-Eres joven, Dará. Hay mucho tiempo.

-¡Maldita sea! ¡Toda la vida he estado esperando... incluso sin saberlo! ¿No hay ningún modo de que pueda ir ahora?

-No.

-¿Por qué no? Podrías llevarme deprisa a través de las sombras. Llévame a Ámbar, déjame recorrer el Patrón...

-Si no nos matan inmediatamente, quizá tengamos la suerte de que nos den celdas contiguas por un tiempo -si no nos meten en el potro- antes de ser ejecutados.

-¿Por qué? tú eres un Príncipe de la Ciudad. Tienes derecho a hacer lo que quieras.

Reí.

-Soy un fuera de la ley, cariño. Si vuelvo a Ámbar, y tengo suerte, sería ejecutado. Si no la tengo sería mucho peor. Pero viendo como terminaron las cosas la última vez, creo que me mataría inmediatamente. Y esta cortesía sin duda sería extensible a mis acompañantes.

-Oberon no haría eso.

-Si se le provoca lo suficiente creo que lo haría. Pero no importa. Ya no hay Oberon, y mi hermano Eric se sienta en el trono y se llama a sí mismo soberano.

-¿Cuándo sucedió esto?

-Varios años atrás, según se mide el tiempo de Ámbar.

-¿Por qué iba a querer matarte?

-Para evitar que yo lo mate a él, por supuesto.

-¿Lo harías?

-Sí, y lo haré. Pronto, creo.

Entonces ella se volvió para contemplarme.

-¿Por qué?

-Para que yo pueda ocupar el trono. Por derecho es mío, ¿sabes? Eric lo ha usurpado. Y yo acabo de escapar de su tortura y de varios años de encarcelamiento a manos de él. Sin embargo, cometió el error de mantenerme vivo para poder contemplar mi desgracia. Nunca pensó que podría escaparme y volver para desafiarle otra vez. Tampoco lo pensaba yo. Pero ya que he sido lo suficientemente afortunado para conseguir una segunda oportunidad, tendré buen cuidado en no cometer el mismo error que él.

-Pero es tu hermano.

-Te aseguro que muy pocos están más al tanto de ese hecho que él y yo.

- ¿En cuánto tiempo crees que lograrás... tus objetivos?

-Como dije el otro día, si puedes conseguir los

Triunfos, toma contacto conmigo dentro de unos tres meses. Si no los consigues, y todo sale según mis planes, yo me pondré en contacto contigo apenas comience mi reinado. Tendrás ocasión de recorrer el Patrón antes de un año.

-¿Y si fracasas?

-Entonces tendrás una espera más prolongada. Hasta que Eric haya asegurado la permanencia de su reinado, y hasta que Benedict lo haya reconocido rey. Y Benedict no desea hacerlo. Ha permanecido mucho tiempo fuera de Ámbar, y por lo que Eric sabe, ya no pertenece al mundo de los vivos... Si apareciese ahora, tendría que tomar posición, o a favor o en contra de Eric. Si le apoyase, entonces la continuidad el reinado de Eric estaría asegurada y Benedict no quiere ser responsable de ello. Si se le enfrentase, habría lucha y tampoco quiere ser responsable de ello. El no ambiciona la corona. Sólo permaneciendo completamente fuera de escena puede asegurar la tranquilidad relativa que prevalece ahora. En caso de aparecer y negarse a tomar posición, posiblemente pudiese hacerse respetar, pero equivaldría a negarle a Eric la realeza y eso conduciría también a enfrentamientos. Si apareciera contigo, estaría rindiendo su voluntad, ya que Eric lo presionaría a través tuyo.

-¡Entonces si pierdes quizá nunca pueda llegar a Ámbar!

-Tan sólo estoy describiendo la situación tal como la veo. Indudablemente hay muchos factores de los que no estoy al tanto. He estado largo tiempo fuera de circulación.

- |*Debes* ganar! -dijo. Luego, repentinamente-: ¿Te apoyará el abuelo?

-Lo dudo. Pero la situación sería bastante diferente. Yo estoy al tanto de su existencia, y de la tuya, pero no le pediré que me apoye. Me contentaré con que no se oponga a mí. Y si soy veloz, eficiente, y tengo éxito, no se me opondrá. No le gustará que me haya enterado de tu existencia, pero cuando comprenda que no deseo dañarte, en ese aspecto todo quedará solucionado.

-¿Por qué no me utilizas? Parecería lo más lógico.

-Lo es. Pero he descubierto que me gustas -dije-, así que eso queda descartado.

Rió.

-¡Te he encandilado! -dijo.

Me reí entre dientes.

-A tu propia y delicada manera, a punta de espada, sí.

Abruptamente, comenzó a llorar.

-El abuelo volverá mañana -comentó-. ¿Te lo dijo Ganelón?

-Sí.

-¿Cómo afecta eso lo que estás haciendo?

-Pienso estar muy lejos para cuando vuelva.

-¿Y qué hará él?

-Lo primero que hará será ponerse furioso contigo por estar aquí. Luego querrá saber cómo lograste volver y qué me has dicho acerca de ti.

-¿Qué debo decirle?

-Dile la verdad de cómo llegaste aquí. Eso le dará que pensar. Con respecto a tu condición, tu intuición femenina te precavió y no quisiste fiarte, o sea que actuaste como con Julián y Gérard. Y acerca de mi paradero, explicarás que Ganelón y yo nos llevamos prestado un carro y nos dirigimos a la ciudad, diciendo que no volveríamos hasta muy tarde.

-¿Adonde vas en realidad?

-A la ciudad, por poco tiempo. Pero no regresaremos. Quiero irme tan rápido como pueda, ganar ventaja ya que él, hasta cierto punto, puede seguirme por la Sombra.

-Le entretendré tanto como pueda por ti. ¿No ibas a verme antes de marcharte?

-Pensaba mantener esta conversación contigo por la mañana. Tu impaciencia la adelantó.

-Entonces estoy contenta de mi impaciencia. ¿Cómo vas a conquistar Ámbar?

Negué con la cabeza.

-No, querida Dará. Todos los príncipes que hacen planes deben guardar unos pocos secretos. Y este es uno de los míos.

-Me sorprende que haya tantas intrigas y desconfianza en Ámbar.

-¿Por qué? Los mismos conflictos existen en todas partes, bajo diversas formas. Siempre están a tu alrededor, ya que todos los lugares toman su forma de Ámbar.

-Es difícil entenderlo...

-Algún día lo comprenderás. Por ahora déjalo así.

-Entonces dime otra cosa. Ya que soy capaz de manipular de algún modo las sombras, incluso sin haber caminado por el Patrón, cuéntame más detalladamente cómo las atraviesas tú. Quiero conocerlo mejor.

-¡No! -dije-. No te enseñaré a jugar con la Sombra mientras no estés preparada. Es peligroso incluso después de haber recorrido el Patrón. Intentarlo antes sería una temeridad. Tuviste suerte, pero no lo intentes de nuevo. La mejor forma de ayudarte es no decirte nada mas del asunto.

-¡De acuerdo! -dijo-. Lo siento. Creo que puedo esperar.

-Creo que sí. ¿Sin rencores?

-Sí. Bien... -rió-. De poco me servirían, creo. Tú debes saber de qué estas hablando. Estoy contenta de que te preocupes por lo que me pueda suceder.

Gruñí, y ella extendió la mano y tocó mi mejilla. Al sentirla, volví nuevamente la cabeza. Su rostro se estaba moviendo lentamente hacia el mío, desvanecida ya la sonrisa y abriendo los labios, con los ojos casi cerrados. Al besarnos, sentí que sus brazos se deslizaban alrededor de mi cuello, sobre los hombros, y los míos se abrieron camino hasta abrazarla en forma similar. Mi sorpresa se perdió en la dulzura, dando paso al calor y a una excitación peculiar. Si Benedict se enteraba alguna vez, se sentiría más que simplemente irritado conmigo...

7

El carro crujía monótonamente y el sol ya estaba muy al oeste, aunque aún derramaba cálidas corrientes de luz sobre nosotros. Atrás, entre las cajas, Ganelón roncaba, y yo le envidiaba su ruidosa ocupación. El llevaba varias horas durmiendo, y este era mi tercer día sin descansar.

Nos hallábamos a unos veinticinco kilómetros de la ciudad, y nos dirigíamos hacia el noreste. Doyle no tenía mi pedido completamente listo, pero Ganelón y yo lo persuadimos para que cerrara la tienda y

acelerara la producción. Esto provocó un retraso de varias horas más en nuestro viaje. Entonces estaba demasiado en tensión para dormir y ahora no podía hacerlo, ya que estaba abriendo camino a través de las sombras.

Obligué a que la fatiga y el anochecer se retiraran y encontré algunas nubes que me dieron sombra. Avanzábamos por un camino de arcilla dura, seco y con rodadas profundas. Era de un amarillo feo, y crujía y se resquebrajaba al pasar. Hierbas pardas languidecían suspendidas en los márgenes del camino, y los árboles eran bajos y retorcidos, con certeza gruesos y ásperos. Pasamos ante numerosas salientes de esquisto.

Le había pagado bien a Doyle su mezcla, y también había adquirido un hermoso brazalete que le sería entregado a Dará al día siguiente. Los diamantes estaban en mi cinturón, y Grayswandir al alcance de mi mano. Star y Firedrake caminaban regularmente, con fuerza. Lo iba a conseguir, parecía.

Me pregunté si Benedict ya habría vuelto a la casa. Me pregunté cuánto tiempo permanecería engañado con respecto a mi paradero. De ningún modo me podía considerar todavía libre de él. Era capaz de seguir a gran distancia huellas en la Sombra, y las que yo le estaba dejando eran muy buenas. No tenía más remedio que hacerlo así. Necesitaba el carro, no podía ir a mayor velocidad, ni tampoco estaba yo en condiciones de realizar otra cabalgada infernal. Llevaba las riendas lenta y cuidadosamente, muy consciente de que mis sentidos estaban abotargados y de mi creciente cansancio. Contaba con la gradual acumulación de cambios y distancia para erigir una barrera entre Benedict y yo, con la esperanza de que pronto fuese impenetrable.

En los tres kilómetros siguientes me abrí camino del anochecer al mediodía, pero procuré que continuase nublado, ya que solamente deseaba luz, no calor. Luego logré localizar una brisa suave. Esto aumentó la probabilidad de que lloviera, pero valía la pena. No se puede tener todo.

Por entonces luchaba con el sueño, y era grande la tentación de despertar a Ganelón para que condujera, limitándonos a poner kilómetros por medio. Pero temía intentarlo apenas comenzado el viaje. Todavía había demasiadas cosas que quería hacer. Quería más luz diurna, pero también deseaba un camino mejor, y ya estaba harto de la maldita arcilla amarilla; además tenía que hacer algo acerca de esas nubes, y tenía que mantener en la mente hacia dónde nos dirigíamos...

Me froté los ojos, y respiré profundamente varias veces. La cabeza comenzaba a darme vueltas, y el monótono clop-clop de los cascos de los caballos y el crujir de la carreta comenzaba a provocar un efecto soporífero. Ya estaba completamente acostumbrado a sus sacudidas y vaivenes. Las riendas colgaban inertes de mis manos, y una vez dejé que se escurrieran. Afortunadamente, los caballos parecían tener bastante idea de lo que se esperaba de ellos.

Al cabo de un rato, subimos por una larga y suave pendiente que conducía hacia la media mañana. Para entonces, el cielo estaba bastante oscuro y me llevó varios kilómetros y media docena de giros en el camino el disipar de algún modo la concentración de nubes. Una tormenta podría transformar rápidamente nuestro camino en un río de barro. Me sobresalté ante este pensamiento, despejé el cielo y me concentré otra vez en el camino.

Llegamos a un puente en ruinas que atravesaba un lecho de río seco. Al otro lado, el camino era más suave, menos amarillo. Mientras avanzábamos por él, se volvió más oscuro, liso, duro y la hierba de las riberas se hizo verde.

Para entonces había comenzado a llover.

Luché con la lluvia durante un tiempo, decidido a no abandonar mi hierba, ni el tranquilo y oscuro camino. Me dolía la cabeza, pero el chubasco terminó al medio kilómetro y el sol salió otra vez.

El sol... Oh, sí, el sol.

Continuamos, y finalmente llegamos ante una depresión en el camino que descendía sinuosamente entre árboles más brillantes. Bajamos a un valle frío, donde luego atravesamos otro puente pequeño. Debajo de él una estrecha franja de agua surcaba el centro del lecho. Para entonces me había atado las riendas a las muñecas, ya que continuaba cabeceando. Como un autómata, ausente, concentré la atención, tensé todo mi ser, seleccioné las sombras...

En el bosque que había a mi derecha, los pájaros le balbuceaban preguntas al día. Brillantes gotas de rocío estaban suspendidas de la hierba, de las hojas. El aire se hizo frío, y los rayos del sol de la mañana se filtraron por entre los árboles...

Pero el despertar de aquella sombra no engañó a mi cuerpo, y al fin me sentí aliviado al oír a Ganelón maldecir y desperezarse. Si no se hubiera despertado, tendría que haberle despertado yo muy pronto.

Magnífico. Tiré ligeramente de las riendas y los caballos lo comprendieron, deteniéndose. Fijé el freno, ya que todavía estábamos en una pendiente, y cogí una botella de agua.

-¡Hey! -dijo Ganelón mientras yo bebía -¡Deja una gota para a mí!.

Le pasé la botella.

-Ahora conduces tú -le dije-. Tengo que dormir un poco.

Bebió durante medio minuto, luego dejó escapar una exhalación explosiva.

-De acuerdo -dijo, saltando por la barandilla del carro-. Pero espera un minuto. La naturaleza me llama.

Se apartó del camino y yo me arrastré hasta la cama que había en la carreta y me tendí donde él había descansado, doblando la capa hasta convertirla en una almohada.

Momentos después vi que saltaba al asiento del conductor, y se produjo una sacudida cuando soltó el freno. Oí como chasqueaba la lengua y agitaba ligeramente las riendas.

-¿Es de mañana? -me preguntó.

-¡Dios! He dormido todo el día y toda la noche!

Me reí entre dientes.

-No. Estuve manipulando un poco las sombras -dije-. Sólo dormiste seis o siete horas.

-No lo entiendo. Pero no importa, te creo. ¿Dónde estamos ahora?

-Seguimos hacia el noreste -dije-, estamos a unos treinta kilómetros de la ciudad y quizá a unos veinte de la casa de Benedict. Nos hemos movido a través de la Sombra también.

-¿Qué tengo que hacer ahora?

-Simplemente sigue el camino. Necesitamos poner distancia por medio.

-¿Todavía nos puede alcanzar Benedict?

-Eso creo. Por ello no podemos dejar que los caballos descansen todavía.

-De acuerdo. ¿Tengo que prestar atención a algo en especial? -No.

-¿Cuándo te despierto?

-Nunca.

Entonces quedó en silencio, y mientras yo esperaba que mi conciencia se apagara, pensé en Dará, por supuesto-. Había estado pensando en ella todo el día.

Lo ocurrido no había sido absolutamente premeditado por mi parte. Ni siquiera había pensado en ella como mujer hasta que estuvo en mis brazos, momento en que revisé mis pensamientos al respecto. Un momento más tarde mis nervios espinales se apoderaron de la situación, reduciendo al mínimo gran parte de las funciones cerebrales, como me había explicado en cierta ocasión Freud. No podía echarle la culpa al alcohol, ya que no había bebido mucho ni tampoco me había afectado especialmente. ¿Por qué me empeñaba en echarle la culpa a algo? Porque.de algún modo me sentía un poco culpable. Ella era una pariente muy lejana, o sea que no era ese el problema. Tampoco creía que me hubiera aprovechado de ella, ya que ella sabía lo que estaba haciendo cuando me buscó. Eran las circunstancias las que hacían que me preguntase por mis motivaciones, incluso mientras yacía a su lado. Cuando hablé por primera vez con ella y cuando la llevé por la sombra yo pretendía algo más que ganar su confianza y trabar cierta amistad. Trataba de minar algo de su lealtad, confianza y afecto hacia Benedict y transferirlo hacia mí. Quería que estuviera de mi lado, como un posible aliado en lo que podría convertirse en campo enemigo. Tenía la esperanza de poder utilizarla en caso de necesidad si las cosas se ponían mal. Todo esto era cierto. Pero no quería

creer que la había poseído solamente con este fin. Aunque sospechaba que algo de eso había, lo cual me hacía sentir incómodo y muy innoble. ¿Por qué? Yo había hecho muchas cosas que la mayoría considerarían peores, sin sentir particularmente remordimiento. Me revolví intentando rechazar una respuesta que ya sabía. Me interesaba por la muchacha. Así de sencillo. Era diferente de la amistad que había sentido por Lorraine, con su elemento de mutuo entendimiento entre dos cansados veteranos, o del aire de casual sensualidad que había existido brevemente entre Moire y yo antes de que hubiera recorrido el Patrón por segunda vez. Era muy diferente. La había conocido durante tan poco tiempo que era totalmente ilógico. Yo era un hombres con cientos de años a la espalda. Sin embargo... No me había sentido así en siglos. Había olvidado esa sensación. No quería enamorarme de ella. Por lo menos ahora. Tal vez más adelante. No, tampoco. Era la persona opuesta a la que necesitaba. Era un niña. Cualquier cosa que ella quisiera hacer, cualquier cosa que encontrara nueva y fascinante, a mí me resultaría conocida y aburrida. No, era un error. No podía enamorarme de ella. No debía permitírmelo...

Ganelón canturreaba horriblemente una melodía obscena. El carro saltaba y crujía, mientras cubríamos un recodo ascendente. El sol cayó sobre mi rostro, y me cubrí los ojos con el antebrazo. En algún lugar, el olvido me cogió con fuerza.

Desperté por la tarde y me sentí sucio. Tomé un largo trago de agua, vertí un poco en la palma de la mano y me la pasé por los ojos. Me atusé el cabello. Contemplé nuestros alrededores.

Estábamos rodeados de verdor, pequeñas arboledas y espacios abiertos donde crecían hierbas altas. Todavía viajábamos por un camino sucio, duro y bastante parejo. El cielo estaba despejado, excepto unas pocas nubes, y la sombra se alternaba con el sol regularmente. Había una brisa ligera.

-De nuevo entre los vivos. ¡Bien! -dijo Ganelón mientras me instalaba en el asiento delantero a su lado.

-Los caballos se están cansando, Corwin, y me gustaría estirar las piernas un poco -añadió-. También estoy hambriento. ¿Tú no?

-Sí. Dirígete hacia aquella zona sombreada de la izquierda y nos detendremos un poco.

-Me gustaría ir un poco más allá -dijo.

-¿Por alguna razón en especial?

-Sí. Quiero mostrarte algo.

-Sigue.

Continuamos aproximadamente un kilómetro, llegamos a una curva del camino que nos orientó más hacia el norte. Al poco llegamos a una colina, y cuando la hubimos ascendido apareció otra, aún más alta.

-¿Quieres ir mucho más lejos?- pregunté.

-Subamos a esta otra colina -replicó-. Quizá podamos verlo desde ahí arriba.

-De acuerdo.

Les costaba a los caballos subir aquel desnivel tan pronunciado de la segunda colina, y yo bajé a empujar desde atrás. Cuando finalmente llegamos a la cima, me sentí aún más sucio por la mezcla de polvo y sudor, pero ya estaba completamente despierto. Ganelón detuvo a los caballos y echó el freno. Entonces saltó al carro y subió a una de las cajas. Quedó de pie, mirando hacia la izquierda, y se cubrió los ojos.

-Ven aquí arriba, Corwin dijo.

Salté la barandilla y él se agachó para darme la mano. Se la cogí, y me ayudó a saltar sobre la caja. Me puse en pie a su lado. Extendió el brazo señalando algo.

Quizá a medio kilómetro de distancia, recorriendo de izquierda a derecha todo el paisaje que abarcaban mis ojos, había una ancha franja negra. Estábamos varios cientos de metros por encima de aquello y teníamos una visión aceptable de, diría, un kilómetro de su recorrido. Calculé que mediría más de cien metros de ancho, y aunque se curvaba dos veces, su grosor parecía uniforme. En su interior había árboles, completamente negros. Creí distinguir algún movimiento. No podía decir qué era. Quizá fuera el viento meciendo las hierbas negras de sus linderos. Pero también percibía la clara sensación de que allí dentro discurría un flujo, como corrientes en un pleno y oscuro río.

-¿Qué es eso? -dije.

-Pensé que quizá tú me lo podrías decir -replicó Ganelón- Pensé que era una parte de tus sombras embrujadas.

Negué lentamente con la cabeza.

-Estaba bastante dormido, pero si hubiera evocado algo tan extraño lo recordaría. ¿Cómo sabías que encontraríamos eso ahí?

-Mientras dormías estuvimos varias veces a punto de rozarlo, para apartarnos enseguida. No me gustó para nada la sensación. Era muy familiar. ¿No te recuerda algo?

-Sí, sí me lo recuerda, por desgracia.

Asintió.

-Es como ese maldito Círculo que había en Lorraine. A eso se parece.

-El camino negro... -dije.

-¿Qué?

-El camino negro -repetí-. No sabía a qué se refería ella cuando me lo mencionó, pero ahora comienzo a comprender. Esto no es nada bueno.

-¿Otro mal presagio?

-Eso me temo.

El hombre soltó una imprecación.

-¿Nos causará algún problema inmediato? -preguntó.

-No lo creo, pero no estoy seguro.

Bajó de la caja y yo le seguí.

-Busquemos algo de forraje para los caballos -dijo-, y atendamos a nuestros propios estómagos también.

-Sí.

Avanzamos, llevando él las riendas. Al pie de la colina encontramos un buen lugar.

Descansamos allí casi una hora, hablando principalmente de Avalón. No volvimos a hablar del camino negro, aunque pensé mucho en eso. Tenía que echarle un vistazo desde más cerca, por supuesto.

Cuando estuvimos listos para seguir, cogí yo las riendas. Los caballos, un poco descansados, avanzaban a buen paso.

Ganelón iba sentado a mi lado, aún con ganas de conversar. Apenas empezaba yo a darme cuenta de lo mucho que había representado para él esa extraña vuelta a casa. Había vuelto para visitar muchos lugares de su época de bandidaje, al igual que cuatro campos de batalla donde se había distinguido notablemente cuando ya era una persona respetable. Sus recuerdos suscitaban en mí sentimientos muy variados. Por múltiples motivos yo estaba conmovido por sus recuerdos. Este hombre era una infrecuente mezcla de oro y barro. Debió haber sido un hijo de Ámbar.

Devorábamos rápidamente los kilómetros y nos estábamos acercando al camino negro otra vez cuando sentí una punzada familiar en la mente. Le pasé las riendas a Ganelón.

-¡Cógelas! -dije-. ¡Conduce!

-¿Qué sucede?

-Luego. ¡Ahora conduce!

-¿Apuro a los caballos?

-No. Sigue a paso normal. Quédate en silencio un rato.

Cerré los ojos y hundí la cabeza entre las manos, vaciando mi mente y erigiendo una muralla alrededor de ese vacío. No hay nadie en casa. Salí a comer. No se recibe visitas. Esta propiedad está vacía. No moleste. Los intrusos serán denunciados. Cuidado con el perro. Desprendimientos de rocas. Firme resbaladizo. Para demoler por el plan de renovación urbana...

Perdió vigor, luego apareció nuevamente, con fuerza, y lo bloqueé de nuevo. Siguió una tercera embestida. También la detuve.

Entonces desapareció.

Suspiré, frotándome los ojos.

-Ya ha pasado -dije.

-¿Qué sucedió?

-Alguien trató de alcanzarme por medios muy especiales. Seguramente era Benedict. Quizá ya haya descubierto alguna de las cosas que pueden provocar en él el deseo de detenernos. Llevaré las riendas yo ahora. Temo que pronto nos siga la pista.

Ganelón me las pasó.

-¿Qué posibilidades tenemos de escapar de él?

-Bastante buenas ahora que hemos puesto mayor distancia de por medio. Voy a manipular algunas sombras más tan pronto como la cabeza deje de darme vueltas.

Continué guiando, y nuestro camino giró y se hizo sinuoso, marchando paralelo por un tiempo al camino negro, luego aproximándose más a él. Finalmente estuvimos a unos pocos cientos de metros de distancia.

Ganelón lo observó en silencio largo rato, luego dijo:

- Me recuerda mucho a aquel otro lugar. Las pequeñas lenguas de niebla que se adhieren a las cosas, la sensación de que hay algo moviéndose siempre en el rabillo del ojo...

Me mordí el labio. Comencé a sudar copiosamente. Intentaba que nos alejáramos de aquello y chocaba con una especie de resistencia. No era la misma sensación de inmovilidad monolítica que tienes cuando tratas de moverte a través de la Sombra en Ámbar. Era completamente diferente. Era la sensación de... algo ineludible.

Avanzamos por la Sombra muy bien. El sol ascendió más alto en los cielos, retrocediendo hasta el mediodía- no me agradaba nada la idea de que nos pillase el anochecer al lado de aquella banda negra -y el cielo perdió algo de su azul mientras los árboles se hicieron más altos a nuestro alrededor y aparecieron montañas a lo lejos.

¿Acaso el camino atravesaba la misma Sombra?

Debía ser así. ¿Cómo si no lo habían localizado Julián y Gérard quedando lo suficientemente intrigados para explorarlo?

Era ominoso, pero me temía que aquel camino y yo teníamos mucho en común.

¡Maldición!

Avanzamos a su lado largo rato, acercándonos.

Pronto sólo nos separaron treinta metros. Quince...

...Y, tal como yo había presentido, nuestros senderos se cruzaban.

Tiré de las riendas. Llené la pipa y la encendí, para fumar mientras inspeccionaba aquello. A Star y Firedrake obviamente les disgustaba el área negra que atravesaba nuestro camino. Habían relinchado, tratando de apartarse de allí.

Si queríamos seguir el camino teníamos que cruzar en diagonal el lugar negro. Era un trecho muy largo. Además, parte del terreno quedaba oculto a nuestra vista por una serie de colinas bajas y rocosas. Había hierbas mortecinas al borde de la línea negra y algunas manchas semejantes, al pie de las colinas. Trozos de niebla flotaban entre esas hierbas, mientras ligeras y vaporosas nubes permanecían suspendidas en todos los huecos del terreno. El cielo, visto a través de la atmósfera que recubría el lugar, era varias tonalidades más oscuro, tenía aspecto grasiento y enhollinado. Reinaba en el lugar un silencio que no era igual a la inmovilidad, casi como si una invisible entidad estuviera escondida y conteniendo la respiración.

Entonces oímos un grito. Era la voz de una muchacha. ¿El viejo truco de la muchacha en apuros?

Vino de algún lugar a la derecha, más allá de aquellas colinas. Parecía una trampa. ¡Pero infiernos! Podría ser real.

Le arrojé las riendas a Ganelón y salté al suelo, desenvainando a Grayswandir.

-Voy a investigar -dije, yendo hacia la derecha y saltando el canalón que bordeaba el camino.

-Vuelve pronto.

Me abrí paso a través de algunos arbustos y trepé por una pendiente rocosa. Bajé por entre más arbustos e inicié el ascenso de una elevación mayor. Mientras subía se oyó nuevamente el grito, y esta vez oí también otros sonidos.

Entonces llegué a lo alto y pude vislumbrar una amplia zona.

El área negra comenzaba unos doce metros más abajo y la escena que buscaba sucedía unos cincuenta metros más adentro.

Era un paisaje monocromático, con excepción de las llamas. Una mujer, toda de blanco, con el cabello negro suelto colgándole hasta la cintura, estaba atada a uno de aquellos oscuros árboles. Junto a sus pies, se amontonaban ramas humeantes, brasas. Media docena de peludos albinos, casi completamente desnudos y que seguían desvistiéndose mientras se movían, bailaban a su alrededor, murmurando y riéndose entre dientes, pinchando a la mujer, removiendo el fuego con unas estacas y cogiéndose repetidamente los testículos. Las llamas ahora eran ya lo bastante altas para chamuscar la ropa de la mujer. Su largo vestido estaba tan roto y desarreglado que dejaba ver un figura adorable y voluptuosa, aunque el humo la envolvía de tal manera que no pude ver su rostro.

Me lancé hacia allí, entrando en el área del camino negro, saltando por encima de las largas y ávidas hierbas, y cargué contra el grupo, decapitando al hombre más cercano y atravesando a otro antes de que supieran que los estaba atacando. Los demás se volvieron y blandieron sus estacas contra mí, gritando.

Grayswandir les pegó grandes mordiscos hasta que cayeron y quedaron en silencio. Su sangre era negra.

Me volví, conteniendo la respiración, y con el pie eché a un lado los leños. Entonces me acerqué a la mujer y le corté las ataduras. Cayó en mis brazos sollozando.

Sólo entonces me di cuenta de su rostro -o, más bien, la falta de tal-. Llevaba una máscara de marfil, ovalada y curva, sin rasgos, excepto dos diminutas rendijas para los ojos.

La aparté del humo y de la sangre. Se aferró a mí, respirando laboriosamente, apoyando todo su cuerpo contra el mío. Dejé transcurrir unos momentos para que se repusiese, e intenté separarme. Pero ella no me soltaba, y era sorprendentemente fuerte.

-Ya ha pasado todo -dije, o alguna frase semejante, de circunstancias, pero ella no replicó.

Continuó abrazándome, acariciándome con movimientos enérgicos, muestra de afectos más bien desconcertantes. Su encanto aumentaba por momentos. Me sorprendí acariciándole el cabello, y el resto.

-Ya ha pasado -repetí-. ¿Quién eres? ¿Por qué te querían quemar? ¿Quiénes eran?

Pero no respondió. Había dejado de sollozar; su respiración aún era agitada, aunque de una manera diferente.

-¿Por qué llevas esta máscara?

Extendí la mano y ella echó la cabeza hacia atrás.

No le di mayor importancia a la evasiva. Aunque alguna parte fría y lógica de mi ser sabía que aquella pasión era irracional, yo estaba tan sin voluntad como los dioses de los epicúreos. La deseaba y estaba dispuesto a tenerla.

Entonces oí que Ganelón gritaba mi nombre y traté de girarme en aquella dirección.

Pero ella me contuvo. Quedé sorprendido de su fuerza.

-Hijo de Ámbar -la voz de la mujer me era un poco familiar-. Tenemos que pagarte lo que nos has hecho, y ahora te poseeremos completamente.

Nuevamente me llegó la voz de Ganelón como un torrente continuo de blasfemias.

Concentré todas mis fuerzas para desprenderme del brazo y lo debilité. Tendí la mano y arranqué la máscara.

Soltó un breve grito de furia cuando me liberé, y cuatro palabras finales, cada vez más apagadas, mientras la máscara caía de su lugar:

-¡Ámbar debe ser destruida!

Detrás de la máscara no había ningún rostro. No había absolutamente nada.

Su ropa se derrumbó y quedó colgando lánguidamente de mi brazo. Ella -o aquello- había desaparecido.

Volviéndome rápidamente, vi que Ganelón estaba

tendido al borde de la línea negra, con sus piernas retorcidas antinaturalmente. Su espada se alzaba y caía lentamente, pero no podía ver contra qué estaba golpeando. Corrí hacia él.

Las hierbas negras, sobre las cuales yo había saltado, se enredaban por sus tobillos y piernas. Aunque las cortaba, aparecían velozmente otras como si buscaran atrapar el brazo que sostenía la espada. Había logrado liberar parcialmente su pierna derecha.

Manteniéndome a distancia, me agaché y traté de terminar el trabajo.

Me coloqué detrás de él, fuera del alcance de las hierbas, y arrojé a un lado la máscara, entonces me di cuenta de que todavía la llevaba en la mano. Cayó fuera de la zona negra e inmediatamente comenzó a arder.

Cogiéndolo por debajo de los brazos, me esforcé por arrastrarlo fuera. Aquellas plantas resistieron con fuerza, pero al fin logré liberarlo. Entonces lo tomé en brazos y salté por encima de las oscuras hierbas que aún nos separaban de las más dóciles y verdes variedades que había más allá del camino.

Se puso de pie y continuó apoyándose pesadamente contra mí, inclinándose y palmeándose las piernas.

-Están dormidas -dijo-. Tengo las piernas insensibilizadas.

Lo ayudé a volver al carro. Se sujetó a la barandilla y comenzó a mover las piernas.

-Me están dando picotazos -señaló-. Están cobrando nuevamente vida... ¡Oohhh!

Finalmente, se dirigió cojeando a la parte delantera del carro. Lo ayudé a subir al asiento y luego le seguí.

Suspiró.

-Ahora están mejor -dijo-. Aquella cosa les chupó toda la fuerza. También parte de la mía. ¿Qué sucedió?

-Nuestro mal presentimiento se ha cumplido.

-¿Y ahora qué?

Recogí las riendas y quité el freno.

-Lo atravesaremos -dije-. Tengo que averiguar más acerca de esta cosa. Mantén tu espada a mano.

Gruñó y se puso la espada en las rodillas. A los caballos no les gustó mucho la idea de ir de frente, pero los golpeé ligeramente con el látigo en los flancos y comenzaron a moverse.

Entramos en el área negra y fue como entrar en un decorado de la Segunda Guerra Mundial. Remoto pero al alcance de la mano, desolado, deprimente, sombrío. Incluso el crujido del carro y el sonido de los cascos de los caballos quedaban amortiguados y parecían más distantes. Una ligera y persistente vibración comenzó a sonar en mis oídos. Las hierbas de la vera del camino se movían al pasar, aún cuando yo me mantenía bien lejos de ellas. Atravesamos varias zonas de neblina. No tenía olor, pero nuestra respiración se aceleraba al atravesarlas. Cuando nos aproximábamos a la primera colina, comencé el camino que nos llevaría a cruzar la Sombra.

Rodeamos la colina.

Nada.

El oscuro y miasmático paisaje estaba intacto.

Entonces me enfurecí. Evoqué el Patrón con la memoria y me mantuve resplandeciente ante el ojo de mi mente. Intenté el cambio otra vez.

Inmediatamente comenzó a dolerme la cabeza. Un dolor disparado desde la frente a la parte posterior del cráneo y que quedó clavado allí como un hierro al rojo vivo. Pero esto sólo incrementó mi furia y me hizo poner más encono en el intento de reducir el camino negro a la nada.

Todo tembló. Las neblinas se espesaron, cruzando el camino en oleadas. Los contornos se hicieron borrosos. Sacudí las riendas. Los caballos trotaron con brío. La cabeza comenzó a palpitarme, sintiéndola como si estuviera a punto de estallar.

En cambio, de repente, empezó a estallar todo lo demás.

La tierra retembló, agrietándose en algunas partes, pero fue más que eso. Todo pareció sufrir una especie de espasmo, y las grietas fueron más que simples fisuras en la tierra.

Era como si alguien hubiera dado de improviso una patada a la pata de una mesa sobre la cual se hallara un rompecabezas no muy bien ensamblado. Aparecieron brechas en todo el paisaje: aquí una rama verde, allí un resplandor de agua, una visión momentánea de cielo azul, negrura absoluta, blanca nada, la fachada de un edificio de ladrillos, rostros detrás de una ventana, fuego, un trozo de cielo estrellado...

Por entonces los caballos estaban galopando, y yo me contuve todo lo que pude para no ponerme a gritar de dolor.

Un murmullo de ruidos entremezclados -animales, humanos, mecánicos- nos inundó. Me pareció que oía a Ganelón maldecir, pero no estaba seguro.

Pensé que me iba a desmayar del dolor, pero me determiné, por simple obstinación y furia, a continuar hasta conseguirlo. Me concentré en el Patrón como puede un moribundo gritar a su Dios, y proyecté toda mi voluntad contra la existencia del camino negro.

Entonces la presión desapareció y los caballos corrieron desbocados, arrastrándonos hacia un campo verde. Ganelón lanzó un manotazo a las riendas, pero yo mismo tiré de ellas, gritándole a los caballos hasta que se detuvieron.

Habíamos atravesado el camino negro.

Me volví inmediatamente y miré hacia atrás. La escena era borrosa como algo visto a través de aguas turbulentas. Mas el camino que habíamos hecho aparecía claro y continuo, como un puente o un dique, y las hierbas de sus bordes eran verdes.

-Eso fue peor -dijo Ganelón- que el viaje que me obligaste a hacer cuando me exiliaste,

-Yo también lo creo -dije, hablándole a los caballos suavemente, persuadiéndolos finalmente para que volvieran al sucio camino y continuaran por él.

El mundo era más brillante aquí, y comenzamos a avanzar por entre grandes pinos, cuya fragancia daba frescura al aire. Pájaros y ardillas recorrían sus copas. La tierra era más oscura y rica. Parecía que nos hallábamos a mayor altitud que antes. Me complacía que realmente hubiéramos cambiado de sombra, y en la dirección que yo quería.

Nuestro camino se curvó, retrocedió un poco, y luego siguió recto. Esporádicamente divisábamos el camino negro. Estaba a nuestra derecha no muy lejos. Seguíamos más o menos paralelos a él. Aquella cosa, definitivamente, atravesaba la Sombra. Por lo que pudimos ver de él, parecía haber recobrado su estado normal y siniestro.

El dolor de cabeza me desapareció y el corazón se me aligeró un poco. Llegamos a un terreno más alto, que nos deparó la agradable vista de una gran zona de colinas y

bosques. Me recordó algunas partes de Pennsylvania por las que había disfrutado conduciendo años antes.

Me desentumecí; luego pregunté:

-¿Cómo están tus piernas ahora?

- Bien -dijo Ganelón, mirando hacia atrás-. Corwin, puedo ver una gran distancia...

-¿Sí?

-Veo a un jinete que se aproxima muy aprisa.

Me puse de pie y me volví. Creo que debía rugir cuando caí nuevamente sobre el asiento y sacudí las riendas.

Todavía estaba muy lejos para estar seguro: al otro lado del camino negro. ¿Pero quién podía seguirnos a esa velocidad sino él?

Solté una maldición.

Estábamos llegando a la cima. Miré a Ganelón y dije:

-Prepárate para otra cabalgada infernal.

-¿Es Benedict?

-Eso creo. Perdimos demasiado tiempo ahí atrás. Yendo sólo, él puede avanzar terriblemente rápido, especialmente a través de la Sombra.

-¿Crees que todavía puedes despistarle?

-Pronto lo averiguaremos -dije.

Arreé a los caballos, sacudiendo nuevamente las riendas. Llegamos a la cima y nos azotó una ráfaga de aire helado. Cuando el carro se estabilizó la sombra de una roca, a la izquierda, oscureció el cielo. Cuando la pasamos, la oscuridad permaneció y cristales de fina nieve nos pincharon la cara y las manos.

A los pocos momentos estábamos descendiendo nuevamente y la nevada se convirtió en una ventisca cegadora. El viento aullaba en nuestros oídos y el carro crujió y resbaló. Lo estabilicé rápidamente. La nieve caía ya por todos lados y el camino estaba blanco. Nuestro aliento dejaba una estela de vapor y el hielo brillaba en los árboles y las rocas. Movimiento y confusión temporal de los sentidos. Era necesario...

Continuamos corriendo, y el viento golpeaba y mordía y aullaba. La nieve comenzó a cubrir el camino.

Doblamos un recodo y salimos de la tormenta. Todo seguía helado y caía algún que otro copo, pero el sol se había liberado de las nubes, derramaba su luz sobre la tierra, y una vez más comenzamos a descender...

...Atravesando una niebla aparecimos en una vasta extensión de rocas y tierra erosionada, un paraje desolado sin nieve...

...Doblamos a la derecha, recobramos el sol, seguimos por un camino retorcido de terreno llano, serpenteante entre altas y lisas rocas de un azul grisáceo

... Hacia nuestra derecha el camino negro avanzaba paralelo a nosotros.

Olas de calor nos bañaron y la tierra despedía vapor. Estallaban burbujas en los chorros calientes que llenaban los cráteres, añadiendo sus vahos al aire enrarecido. En el hielo, los charcos poco profundos parecían un puñado de viejas monedas de bronce.

Cuando los géiseres comenzaron a eruptar a lo largo del sendero, los caballos echaron a correr, medio enloquecidos. Por poco nos alcanza el agua hirviendo que cruzaba el camino, deslizándose en humeantes y viscosas láminas. El cielo era de latón y el sol una manzana madura. El viento era un perro jadeante con mal aliento.

La tierra tembló, y lejos, hacia nuestra izquierda, una montaña lanzó su cima hacia los cielos y después escupió fuego. Un choque ensordecedor nos atontó temporalmente y las ondas del estruendo continuaron golpeando contra nuestros cuerpos. El carro osciló y rechinó.

La tierra seguía sacudiéndose y los vientos nos golpeaban con fuerza casi huracanada mientras avanzábamos hacia una hilera de colinas con cimas negras. Dejamos lo que quedaba del camino cuando giró en una dirección que no nos convenía y saltando y traqueteando nos lanzamos campo a través por la llanura.

Las colinas continuaron creciendo, danzando en el aire turbulento.

Me volví cuando sentí la mano de Ganelón sobre mi brazo. Estaba gritando algo, pero no podía oírle. Señaló hacia atrás y yo seguí su gesto. No vi nada llamativo. El aire estaba revuelto, lleno de polvo, desperdicios y cenizas. Me encogí de hombros y me fijé de nuevo en las colinas.

Apareció una oscuridad mayor al pie de la colina más próxima. Me dirigí hacia allí.

Aquella zona oscura creció cuando el terreno empezó a descender una vez más. Era una enorme boca de caverna, tapada por la continua caída de polvo y grava.

Restallé el látigo en el aire, recorrimos al galope los últimos quinientos metros y entramos en la caverna.

Comencé a frenar a los caballos inmediatamente, dejando que se relajasen y fuesen al paso.

Continuamos descendiendo, doblamos en una esquina, y llegamos a una gruta amplia y alta. La luz se colaba por agujeros que había en el techo, moteaba estalactitas y caía sobre trémulos lagos verdes. El terreno continuaba temblando, y mi oído nos ayudó cuando, antes de derrumbarse una enorme estalagmita, oí el ligero tintineo del inicio de su caída.

Cruzamos un oscuro abismo por un puente que podría haber sido de piedra caliza y que se resquebrajó detrás nuestro, desapareciendo.

Del techo caían trozos de roca y a veces piedras grandes. Cenefas de hongos verdes y rojos brillaban en las esquinas y hendiduras, resplandecían caprichosas vetas de minerales, grandes cristales y planas flores de pálida piedra contribuían a la húmeda y misteriosa belleza del lugar. Rodamos por cavernas parecidas a cadenas de burbujas y seguimos el curso de un torrente blanco hasta que desapareció dentro de un agujero negro.

Una larga galería en espiral nos llevó otra vez hacia arriba y escuché la voz de Ganelón, apagada y produciendo ecos:

-Creo que vislumbré algún movimiento -podría ser un jinete- en la cima de la montaña... sólo un instante... allí atrás.

Entramos en una cámara ligeramente más iluminada.

-Si es Benedict, le va a costar seguirnos-, grité, y se escucharon los temblores y apagadas caídas al derrumbarse más cosas detrás nuestro.

Continuamos avanzando, ascendiendo, hasta que finalmente comenzaron a aparecer aberturas en lo alto, dejando ver porciones de un

cielo claro y azul. Los ruidos de los cascos y del carro alcanzaron gradualmente un volumen normal y también sus ecos llegaban hasta nosotros. Los temblores cesaron, pequeñas aves volaban raudas por encima nuestro y la luz aumentó en intensidad.

Luego otro giro en el camino y apareció ante nosotros la salida, una abertura ancha y baja hacia el día. Tuvimos que agachar la cabeza cuando pasamos por debajo del irregular dintel.

De un salto atravesamos una franja elevada de piedra cubierta por moho, y luego contemplamos un lecho de grava que bajaba como sesgado por una guadaña en la ladera de la colina, pasando entre gigantescos árboles y desapareciendo, allí abajo, entre ellos. Chasqueé la lengua, jaleando a los caballos para que continuasen.

-Están muy cansados ya -observó Ganelón.

-Lo sé. Pronto descansarán, tanto si tenemos éxito como si fracasamos.

La grava chirriaba bajo las ruedas. El olor de los árboles era estimulante.

-¿Lo has notado? Allí abajo, hacia la derecha.

-¿Qué...? -comencé a decir, girando la cabeza. Terminé la frase con un «Oh».

El infernal camino negro todavía nos acompañaba, quizá a dos kilómetros de distancia.

-¿Cuántas sombras atraviesa? -musité.

-Parece que todas -sugirió Ganelón.

Sacudí lentamente la cabeza.

-Espero que no -dije.

Continuamos descendiendo bajo un cielo azul y un dorado sol que se dirigía hacia el oeste en su curso normal.

-Casi tenía miedo de salir de aquella cueva -dijo Ganelón después de un tiempo-. Sin saber que habría de este lado.

-Los caballos no pueden aguantar mucho más, tengo que aflojar. Si el que vimos era Benedict, será mejor que su caballo esté en buenas condiciones. Le estaba exigiendo mucho. Y con lo que se ha tropezado luego... Creo que se echará atrás.

-Quizá esté acostumbrado a ello -dijo Ganelón cuando doblábamos un recodo hacia la derecha, perdiendo de vista la boca de la caverna.

-Siempre queda esa posibilidad -dije, y pensé de nuevo en Dará, preguntándome que estaría haciendo en este momento.

Continuamos descendiendo regularmente, girando lenta e imperceptiblemente a la derecha, y cuando me di cuenta, nos estábamos aproximando al camino negro:

-¡Maldición! ¡Es pesado como un agente de seguros! -dije, sintiendo que la furia se convertía en algo parecido al odio-. Cuando llegue el momento apropiado, ¡voy a destruir a esa cosa!

Ganelón no replicó. Estaba bebiendo un gran trago de agua. Me pasó la botella y yo también lo hice.

Al fin llegamos a un terreno plano, y el sendero continuaba retorciéndose y girando a la menor excusa. Eso permitía que los caballos no se esforzasen y obligaría a ir lento a cualquier jinete que nos persiguiese.

Aproximadamente una hora después, comencé a sentirme tranquilo y nos detuvimos a comer. Acabábamos de terminar cuando Ganelón -que no había quitado los ojos de la montaña- se levantó y se puso una mano como visera para mirar hacia allí.

-No -dije, poniéndome en pie de un salto-. No lo puedo creer.

Un jinete solitario había salido de la boca de la caverna. Le contemplé detenerse un momento, para continuar luego por el sendero.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Ganelón.

-Recojamos los trastos y emprendamos nuevamente la marcha. Al menos podremos retrasar un poco más lo inevitable. Quiero tener más tiempo para pensar.

Rodamos otra vez más, manteniendo un paso moderado, aunque mi mente corría a toda velocidad. Debía haber un modo de detenerlo.

Preferiblemente sin matarlo.

Pero no se me ocurría ninguno.

De no ser por el camino negro, que se estaba aproximando otra vez, habríamos llegado a una tarde adorable en un hermoso lugar. Sería una vergüenza mancharla de sangre, particularmente si se trataba de la mía. Aunque nuestro perseguidor tuviese que llevar la espada en la izquierda, tenía miedo de enfrentarme con él.

Ganelón no me serviría de nada.

Benedict apenas se daría cuenta de su presencia.

Al doblar una curva cambié las sombras. Momentos después un ligero olor a humo llegó a mi nariz. Cambié de nuevo levemente.

-¡Viene muy aprisa! -anunció Ganelón-. Acabo de verlo. ¡Hay humo! ¡Llamas! ¡El bosque está ardiendo!

Reí y miré hacia atrás. Medio monte estaba sumergido en humo y una cosa anaranjada reptaba a través del verdor. El crepitar empezó entonces a llegar a mis oídos. Por iniciativa propia los caballos apretaron el paso.

-¡Corwin! ¿Tú has...?

-¡Sí! Si fuera más empinado y no hubiera árboles, hubiera intentado un alud.

El aire se llenó momentáneamente de aves. Nos acercábamos al camino negro. Firedrake alzó la cabeza y relinchó. Había tiras de espuma en su hocico. Trató de echar a correr, luego retrocedió y se encabritó. Star produjo un ruido de pánico y empujó hacia la derecha. Luché un momento, obtuve nuevamente el control, y decidí dejarlos correr un poco.

-¡Todavía nos persigue! -gritó Ganelón.

Maldije y comenzamos a correr. Pronto el sendero se emparejó con el camino negro. Estábamos en una larga recta, y una mirada atrás me mostró que todo el monte estaba ardiendo. El sendero la cortaba por medio como una desagradable cicatriz. Fue entonces cuando vi al jinete. Estaba casi a medio camino y corría como si estuviera en el Derby de Kentucky. ¡Dios! ¡Qué caballo debía ser aquel! Me pregunté en qué sombra habría nacido.

Tiré de las riendas, suavemente al principio, luego con más fuerza, hasta que finalmente redujimos el paso. Estábamos ya a poco más de cien metros del camino negro, y había calculado que poco más adelante esa distancia se reducía a unos diez metros. Cuando llegamos allí, logré detener a los caballos, que quedaron temblando. Le pasé las riendas a Ganelón, desenvainé a Grayswandir y bajé al camino.

¿Por qué no? Era una buena zona, despejada y plana, y quizá aquella negra y árida cinta de terreno, contrastando con los colores de la vida exuberante que había justo a su lado, evocaba en mi interior algún instinto mórbido.

-¿Y ahora qué? -preguntó Ganelón.

-No podemos escapar -contesté-, y si se libra del fuego estará aquí dentro de pocos minutos. No tiene ningún sentido seguir corriendo. Me enfrentaré a él aquí.

Ganelón ató las riendas a una barra que había a un costado y echó mano a la espada.

-No -dije-. No puedes cambiar el resultado en ningún sentido. Quiero que hagas lo siguiente: sigue adelante, conduce el carro hasta arriba y espera allí. Si esto sale como quiero, continuaremos. Si no es así, ríndete inmediatamente a Benedict. Es a mí a quien busca, y sólo él podría llevarte a Avalón. Lo hará. De ese modo por lo menos te retirarás a tu tierra.

Dudó.

-Sigue -le dije-. Haz lo que te digo.

Bajó la vista. Desató las riendas. Me miró.

-Buena suerte -dijo, apurando a los caballos.

Me aparté del sendero, yendo a colocarme ante un bosquecillo de árboles jóvenes, donde esperé. Mantuve a Grayswandir en la mano, miré una vez hacia el camino negro y luego fijé la vista en el nuestro.

No tardó mucho en aparecer cerca de la línea de llamas, rodeado de humo y fuego, de ramas que caían ardiendo. Era Benedict, con el rostro

parcialmente cubierto y el muñón del brazo derecho levantado para proteger los ojos. Venía como un espectral fugitivo del infierno. Emergiendo de una lluvia de chispas y cenizas, llegó a terreno despejado y se lanzó camino abajo.

Pronto pude oír el sonido de los cascos. Hubiera sido de caballeros envainar la espada para esperarle. Aunque si lo hacía quizá no tuviera ya oportunidad de desenvainarla.

Me sorprendí preguntándome cómo llevaría la espada Benedict y de qué clase sería. ¿Recta? ¿Curva? ¿Larga? ¿Corta? Podía usarlas todas con la misma facilidad. El me había enseñado esgrima...

Además de caballeroso, enfundar a Grayswandir podía ser prudente. Quizá primero deseara hablar... y de este modo era yo el que buscaba pelea. Pero cuando los cascos del caballo resonaron con más fuerza, me di cuenta de que temía envainarla.

Me limpié la mano sólo una vez antes de que apareciera a la vista. Había frenado un poco ante la curva, y debió verme en el mismo instante en que yo le vi a él. Se lanzó derecho hacia mí, reduciendo un poco la velocidad. Pero no parecía pensar en detenerse.

Casi fue una experiencia mística. No sé de qué otro modo describirlo. Mi mente corría más que el tiempo, mientras él se aproximaba, y fue como si tuviera una eternidad para meditar en el acercamiento de este hombre que era mi hermano. Sus ropas estaban sucias, su rostro ennegrecido, el muñón del brazo derecho levantado, gesticulando a cualquier lado. La gran bestia que cabalgaba era estriada, negra y roja, con largas crines y cola bermeja.

Pero era todo un caballo, y sus ojos estaban desorbitados y había espuma en su boca y era doloroso oír su respiración. Entonces vi que llevaba la espada cruzada a la espalda, ya que la empuñadura sobresalía bastante de su hombro derecho. Reduciendo más la marcha, con los ojos fijos en mí, salió del camino, yendo ligeramente hacia la izquierda; tiró de las riendas sólo una vez y las soltó, manteniendo el control del caballo con las rodillas. Su mano izquierda se alzó como en un saludo, pasó por encima de la cabeza y cogió la empuñadura del arma. Esta salió sin producir ningún sonido, describiendo un hermoso arco sobre él y deteniéndose a descansar en una posición letal: su hombro izquierdo, la inclinada espalda y el arma, formaban una única ala de liso acero con una minúscula línea afilada que brillaba como el fragmento de un espejo. La posición que presentaba quedó grabada a fuego en mi mente, con una magnificencia y un esplendor extrañamente conmovedores. La hoja era larga, parecida a una guadaña. Le había visto usarla anteriormente. Sólo que entonces éramos aliados en contra de un enemigo mutuo que yo había llegado a creer invencible. Benedict había probado lo contrario aquella noche. Ahora que la veía alzada contra mí, me sentí abrumado por la sensación de mi propia mortalidad que nunca antes había experimentado de esta manera. Era como si le hubieran quitado una corteza al mundo y yo tuviera una súbita y completa comprensión de la muerte misma.

Aquel momento desapareció. Retrocedí hacia el grupo de árboles. Decidí esperarle allí para poder aprovecharme de los árboles. Me adentré unos doce pasos y luego di dos a la izquierda. El caballo frenó en el último momento posible, estornudando y relinchando, brillándole las húmedas aletas nasales. Se hizo a un lado, levantando polvo. El brazo de Benedict se movió con una velocidad casi invisible, como la lengua de una rana, y su espada atravesó un árbol pequeño que debía tener unos ocho centímetros de diámetro. El árbol se mantuvo erecto por un momento, luego se derrumbó lentamente.

Sus botas golpearon la tierra y avanzó hacia mí. Había buscado los árboles también por esta razón, para que tuviese que atacarme en un lugar donde una espada larga se viese entorpecida por ramas y troncos.

Pero él avanzaba haciendo oscilar su arma, casi de forma casual, hacia adelante y hacia atrás, y a su paso, los árboles iban cayendo a su alrededor.

Si no fuera tan infernalmente competente. Si no fuera Benedict...

-Benedict -dije con voz normal-, ella es ya un adulto, y es capaz de tomar decisiones por sí misma.

Pero él no dio ninguna señal de haberme oído. Simplemente continuó avanzando, balanceando aquella gran espada de lado a lado.

Producía un sonido casi de campana al surcar el aire, seguido de un suave ¡zas! al morder otro árbol, frenando apenas su recorrido.

Levanté a Grayswandir para apuntarle al pecho.

-No avances mas Benedict -dije-. No deseo luchar contigo.

Puso la espada en posición de ataque y pronunció una sola palabra:

-¡Asesino!

Entonces su mano se torció y casi simultáneamente mi espada se vio empujada a un lado. Detuve la siguiente estocada y él se libró de mi respuesta y se lanzó nuevamente hacia mí.

Esta vez ni siquiera me molesté en contraatacar. Simplemente me defendí, retrocedí y me coloqué detrás de un árbol.

-No entiendo -dije, deteniendo su espada cuando atravesaba el tronco y casi me cercena a mí-. No he matado a nadie recientemente. A nadie, desde luego en Avalón.

Otro ¡zas! y el árbol cayó hacia mí. Me aparté y retrocedí, deteniendo la espada de Benedict.

-Asesino -dijo de nuevo.

-No sé de qué estás hablando, Benedict.

-¡Mentiroso!

Me planté donde estaba y detuve su avance. ¡Maldición! ¡No tenía sentido morir por un malentendido! Contraataqué tan rápidamente como pude, buscando brechas en cualquier flanco. No había ninguna.

-¡Al menos explícate! -grité-. ¡Por favor!

Al parecer, para él la conversación había terminado. Arreció el ataque y tuve que retroceder una vez más. Era como tratar de batirse a espada con un glaciar. Entonces me convencí de que estaba completamente fuera de sí, lo cual no me daba ninguna ventaja. En cualquier otra persona, una locura insana produciría la pérdida de cierto control en una lucha. Pero Benedict llevaba siglos dominando sus reflejos, y yo creía seriamente que la extracción de su corteza cerebral no hubiera alterado en nada la perfección consumada de sus movimientos.

Me obligó a retroceder sin parar. Yo le esquivaba entre los árboles y él los cortaba y continuaba su avance. Cometí el error de atacar y apenas logré detener sus contragolpes a pocos centímetros de mi pecho. Acallé la primera oleada de pánico que surgió en mi interior cuando vi que me estaba haciendo retroceder hacia el borde de la arboleda. Pronto me tendría en campo abierto, sin ningún árbol que molestara sus movimientos.

Mi atención estaba tan completamente centrada en él que no me di cuenta de lo que iba a suceder hasta que ocurrió.

Dando un poderoso grito, Ganelón saltó de algún lugar, pasando los brazos alrededor de Benedict y amarrándole al costado el brazo que sostenía la espada.

Aun en caso de haberlo deseado, no hubiera tenido ocasión de matarlo entonces. Era demasiado veloz, y Ganelón no sabía qué fuerza tenía aquel hombre.

Benedict se retorció hacia la derecha, interponiendo a Ganelón entre él y yo, y al mismo tiempo hizo girar el muñón del brazo como si fuera una maza, golpeando a Ganelón en la sien izquierda. Entonces liberó su brazo izquierdo, cogió a Ganelón por el cinto, lo levantó en vilo, y lo arrojó hacia mí. Mientras yo me hacía a un lado, él recogió su espada de donde había caído, cerca de sus pies, y se lanzó hacia mí otra vez. Apenas tuve tiempo de mirar y ver que Ganelón había aterrizado hecho un ovillo diez pasos detrás mío.

Bloqueé su ataque y continué retrocediendo. Sólo me quedaba un truco, y me entristecía pensar que si me fallaba, Ámbar se quedaría sin su legítimo soberano.

Es un poco más difícil luchar con un buen espadachín zurdo que con uno diestro, y esto también estaba en mi contra. Pero tenía que experimentar un poco. Había algo que tenía que averiguar aunque tuviese que arriesgarme.

Di un largo paso hacia atrás, quedando momentáneamente fuera de su alcance, y entonces me incliné hacia adelante y ataqué. Fue un movimiento calculado y muy rápido.

Un resultado inesperado, que estoy seguro se debió parcialmente a la suerte, fue que logré atravesar su guardia, aún cuando fallé el blanco. Por un instante, Grayswandir pasó muy por encima de su parada y arañó su oreja izquierda. Esto le volvió más lento por unos minutos, pero el cambio fue insignificante. Si sirvió para algo, fue para fortalecer su defensa. Yo continué forzando el ataque, pero no había forma humana de atravesar su guardia. Lo de la oreja era sólo un pequeño corte, pero la sangre le resbaló hasta el lóbulo y caían unas pocas gotas de vez en vez. No tenía que dejarme distraer por aquel rasguño. Bastaba con tenerlo en cuenta.

Entonces hice lo que temía pero que tenía que intentar. Le dejé una pequeña abertura, sólo un momento, sabiendo que la aprovecharía para lanzarse hacia mi corazón.

Lo hizo, y le paré en el último instante. No me gusta pensar en lo cerca que estuvo aquella vez .

Comencé a retroceder una vez más, cediendo terreno, saliendo fuera de la arboleda. Bloqueando y retrocediendo, pasé por el lugar donde yacía Ganelón. Retrocedí unos quince pasos o más, luchando defensiva, conservadoramente.

Entonces le ofrecí otra abertura.

Se lanzó a fondo, como lo había hecho antes, y logré detenerlo de nuevo. Después de aquello intensificó aún más el ataque, empujándome hasta el borde del camino negro.

Allí me detuve y mantuve mi posición, colocándome de la forma que había calculado. Tendría que contenerlo unos momentos más para preparar la trampa...

Fueron momentos muy duros, pero luché furiosamente y me preparé.

Entonces permití la misma abertura en mi guardia.

Sabía que se lanzaría igual que antes. Mi pierna derecha estaba cruzada detrás de la izquierda, cuando él atacó me enderecé. Golpeé su espada con el más ligero toque, haciéndola a un lado mientras saltaba hacia atrás al camino negro, extendiendo inmediatamente todo el brazo para evitar una *balaestra.*

El hizo lo que yo esperaba. Golpeó mi espada y avanzó normalmente cuando la dejé caer *en quarte...*

...Con lo cual pisó el matojo de negras hierbas que yo había saltado.

Al principio no me atreví a mirar. Simplemente mantuve mi posición para darle a la flora una oportunidad.

Sólo tardó unos instantes. Benedict se percató de ello cuando trató de moverse de nuevo. Vi la expresión de asombro que cruzaba rápidamente su rostro, luego la tensión. Estaba aprisionado, seguro.

Aunque dudaba que las hierbas pudieran mantenerlo atrapado por mucho tiempo, así que actué inmediatamente.

Me dirigí hacia la derecha, fuera del alcance de su espada, corrí y salté por encima de las hierbas, más allá del camino negro. El trató de volverse, pero las hierbas se habían entrelazado alrededor de sus piernas hasta las rodillas. Se tambaleó un momento, pero mantuvo el equilibrio.

Pasé por detrás suyo hacia su derecha. Con un solo golpe muy fácil era hombre muerto, pero por supuesto ahora no había ninguna razón para matarle.

Movió el brazo por detrás del cuello y giró la cabeza, apuntándome con la espada. Comenzó a liberar su pierna izquierda.

Pero yo le hice una finta por la derecha, y cuando se movió para bloquearla le golpeé en el cuello con la hoja plana de Grayswandir.

Eso lo atontó, y pude acercarme y golpearle en los riñones con la mano izquierda. Se dobló ligeramente, le sujeté el brazo que sostenía la espada y le golpeé de nuevo en el cuello, esta vez con el puño, fuerte. Cayó inconsciente, le quité la espada de la mano y la arrojé a un lado. La sangre del lóbulo izquierdo le caía por el cuello como un pendiente exótico.

Dejé a un lado a Grayswandir, cogí a Benedict por los sobacos, y lo arrastré fuera del camino negro. Las hierbas resistieron con fuerza, pero luché contra ellas y finalmente logré liberarlo.

Para entonces Ganelón se había levantado. Vino cojeando y se puso a mi lado, mirando a Benedict.

-Vaya tío -dijo-. Vaya tío... ¿Qué hacemos con él?

Lo cogí al modo de los bomberos y me puse de pie.

-De momento llevarlo hacia el carro -dije-. ¿Traes las espadas?

-De acuerdo.

Subí por el camino y Benedict permaneció inconsciente... mejor, porque no quería golpearle de nuevo si podía evitarlo. Lo deposité al pie de un árbol nudoso al lado del camino y cerca del carro.

Cuando Ganelón vino envainé nuestras espadas, y le dije que quitara algunas sogas de las cajas. Mientras lo hacía registré a Benedict y encontré lo que buscaba.

Entonces lo até al árbol mientras Ganelón traía su caballo. Lo amarramos a unos arbustos cercanos en los que colgué también su espada.

Luego me senté en el asiento del conductor y Ganelón a mi lado.

-¿Vas a dejarlo ahí? -preguntó.

-Por ahora -dije.

Continuamos por el camino. No miré hacia atrás, pero Ganelón sí.

-Aún no se ha movido -me informó. Luego: Nadie jamás me cogió y me tiró así. Y con una mano.

-Por eso te dije que esperaras en el carro, y que no peleases con él si yo perdía.

-¿Qué va a ser de él ahora?

-Veré que alguien se ocupe de él pronto.

-¿Va a estar bien, no?

Asentí.

-Bien.

Continuamos quizá unos dos millas y entonces detuve a los caballos. Bajé del carro.

-No te asombres de nada que suceda -dije-. Voy a cuidarme de Benedict.

Me aparté del camino, me puse a la sombra, y saqué el mazo de Triunfos que Benedict llevaba encima. Busqué entre ellos hasta que localicé el de Gérard, y lo saque del paquete. El resto lo devolví a la caja de madera forrada de seda y con incrustaciones de hueso, en la que Benedict las tenía guardadas.

Mantuve el Triunfo de Gérard ante mí y lo contemplé.

Al cabo de un tiempo se volvió cálido, real, parecía moverse. Sentí la presencia de Gérard. Se hallaba en Ámbar, caminando por una calle que reconocí. Se parece mucho a mí, sólo que más ancho y pesado. Vi que seguía llevando barba.

Se detuvo y miró.

-¡Corwin!

-Sí, Gérard. Se te ve bien.

-¡Tus ojos! ¿Puedes ver?

-Sí, puedo ver de nuevo.

-¿Dónde estás?

-Ven ahora a mí y te lo mostraré.

Su mirada se hizo suspicaz.

-No sé si podré, Corwin. Ahora estoy bastante ocupado.

-Es por Benedict -dije-. Tú eres el único en el que puedo confiar para ayudarle.

-¿Benedict? ¿Está en apuros?

-Creo que sí.

-¿Entonces por qué no me llama él mismo?

-No puede, está incapacitado.

-¿Por qué? ¿Cómo?

-Es demasiado largo y complicado para contarlo ahora. Créeme, necesita tu ayuda urgentemente.

Se mordió la barba.

-¿Y tú no puedes arreglarlo?

-No.

-¿Y crees que yo puedo?

-Sé que puedes.

Aflojó la espada sin sacarla de la vaina.

-No me gustaría pensar que esto es alguna trampa, Corwin.

-Te aseguro que no lo es. Con todo el tiempo que he tenido para pensar hubiera ideado algo más sutil.

Suspiró. Luego asintió.

-De acuerdo, voy hacia ti.

-Ven.

Permaneció firme un momento, luego dio un paso hacia adelante.

Pronto estuvo a mi lado. Tendió la mano y me palmeó el hombro.

Sonrió.

-Corwin -dijo-, me alegra ver que has recuperado la vista.

Aparté la mirada.

-A mí también. A mí también.

-¿Quién es ese que está en el carro?

-Un amigo. Se llama Ganelón.

-¿Dónde está Benedict? ¿Qué problema hay?

Le hice un gesto.

-Allí atrás -dije-. Unos tres kilómetros más abajo. Está atado a un árbol. Su caballo está amarrado cerca.

-¿Entonces por qué estás tú aquí?

-Estoy huyendo.

-¿De qué?

-De Benedict. Yo fui quien lo ató.

Frunció el ceño.

-No entiendo...

Sacudí la cabeza.

-Hay un malentendido entre nosotros. No pude razonar con él y luchamos. Lo dejé inconsciente y lo até. No puedo soltarlo yo, de lo contrario me atacaría de nuevo. Tampoco puedo dejarlo como está. Podría ocurrirle

alguna desgracia antes de que pudiera liberarse. Por eso te llamé. Por favor, ve hacia donde está, suéltalo, y haz que vuelva a casa.

-¿Qué harás tú mientras tanto?

-Largarme de aquí, perderme en la Sombra. Nos harás a los dos un favor si evitas que trate de seguirme de nuevo. No querría tener que luchar con él por segunda vez.

-Ya veo. ¿Me explicas qué ha pasado?

-No lo se con certeza. Me llamó asesino. Te doy mi palabra de que no maté a nadie mientras estuve en Avalón. Por favor dile que te dije eso. No tengo ningún motivo para mentirte a ti, y te juro que es la verdad. Hay otro asunto que quizá le haya molestado un poco. Si te lo menciona, dile que tiene que atenerse a la explicación de Dará.

-¿Y cuál es?

Me encogí de hombros.

-Lo sabrás si te habla de ello. Si no lo hace, olvídalo.

-¿Dará, has dicho?

-Sí.

-Muy bien, haré lo que me has pedido... ¿Me dirás ahora cómo lograste escapar de Ámbar?

Sonreí.

-¿Interés académico? ¿O crees que quizá algún día necesitarás tú mismo la ruta?

Se rió entre dientes.

-Me parece un información que puede resultar muy útil.

-Lamento, querido hermano, que el mundo aún no esté preparado para conocer esto. Si tuviera que decírselo a alguien, te lo diría a ti: pero puede no beneficiarte en nada, mientras que guardar el secreto podría servirme en el futuro.

-En otras palabras, tienes un camino privado para salir y entrar en Ámbar. ¿Qué planes tienes, Corwin?

-¿Tú que crees?

-La respuesta es obvia. Pero mis sentimientos al respecto son contradictorios.

-¿Te molestaría explicármelos?

Señaló hacia un tramo del camino negro que era visible desde donde estábamos.

-Esa cosa -dijo-. Llega ya hasta el pie de Kolvir. Las más diversas amenazas la recorren para atacar Ámbar. Nos defendemos y siempre salimos victoriosos. Pero los ataques se intensifican y son cada vez más frecuentes. Ahora no es el momento adecuado para que des el paso, Corwin.

-Puede que sea el momento perfecto -dije.

-¿Cómo ha afrontado Eric la situación?

-Adecuadamente. Como dije, siempre salimos victoriosos.

-No me refiero a los ataques. Me refiero a todo el problema... su causa...

-Yo mismo he recorrido el camino negro durante un buen trecho.

-¿Y?

-No pude llegar hasta el fin. ¿Sabes que las sombras se hacen cada vez más salvajes y extrañas conforme te alejas de Ámbar?

-Sí.

-...Hasta que retuercen la mente misma y la encaminan hacia la locura?

-Sí.

-...Y más allá en algún lugar, se encuentran las Cortes del Caos. El camino continúa, Corwin. Estoy convencido que recorre toda esa distancia.

-Lo que me temía -dije.

-Por eso, simpatice con tu causa o no, no te recomiendo que actúes ahora. La seguridad de Ámbar debe prevalecer por encima de todo.

-Ya veo. Entonces por ahora no hay más que hablar.

-¿Y tus planes?

-Como no los conoces, sería inútil decirte que no han cambiado. Pero no han cambiado.

-No sé si desearte suerte, pero te deseo bien. Estoy contento de que veas de nuevo. -Me estrechó la mano-. Ahora será mejor que vaya por Benedict. ¿Según me has dicho no está mal herido?

-No por mí. Sólo le di unos pocos golpes. No te olvides de darle mi mensaje.

-Por supuesto.

-Y llévalo de vuelta a Avalón.

-Lo intentaré.

-Entonces, adiós por ahora, Gérard.

-Adiós, Corwin.

Se volvió y comenzó a bajar por el camino. Antes de volver al carro le contemplé hasta que se perdió de vista. Entonces guardé su Triunfo en el mazo y continué mi camino hacia Amberes.

8

Me paré en lo alto de la colina a contemplar la casa. Estaba rodeado de arbustos, por lo que yo no sobresalía especialmente.

Realmente no sé qué esperaba ver. ¿Los restos de un incendio? ¿Un coche en la carretera? ¿Una familia entre los muebles de madera roja del patio? ¿Guardias armados?

Vi que el techo necesitaba algunas tejas nuevas, y que el césped hacía tiempo que había retornado a su condición natural. Me sorprendí al ver que sólo había una ventana rota en la parte trasera.

Así que la casa tenía el aspecto de abandonada. ¿Hasta qué punto lo estaba?

Extendí la chaqueta sobre la tierra y me senté.

Encendí un cigarrillo. No había ninguna casa más en kilómetros a la redonda.

Obtuve cerca de setecientos mil dólares de los diamantes. Me había llevado una semana y media cerrar el trato. De Amberes viajamos a Bruselas, y pasamos varias noches en un club en la Rué de Char et Pain hasta que dio conmigo el hombre que yo quería.

Arthur quedó bastante asombrado con la propuesta. Era un hombre delgado de cabello blanco y bigote bien cuidado, ex oficial de la RAF, de Oxford. A los dos minutos empezó a menear la cabeza y se empeñó en interrumpirme con preguntas acerca de la entrega. Aún cuando no era ningún Sir Basil Zaharoff, se inquietaba mucho cuando las ideas de un cliente parecían poco elaboradas. Tenía miedo de que fallase algo demasiado pronto después de la entrega. Parecía pensar que de algún modo podía verse complicado. Por esta razón, estaba a menudo más dispuesto que otros a colaborar en el embarque de la mercancía. Se sentía preocupado con mis planes de transporte porque yo no parecía tener ninguno.

Lo único que se necesita generalmente para un trato como este es un certificado de destino final. Básicamente, es un documento que afirma que el país X ha encargado las armas en cuestión. Necesitas ese papel para obtener un permiso de exportación del país fabricante. Esto les libra de responsabilidades, aunque luego el cargamento sea desviado al país Y una vez que ha cruzado su frontera. Lo habitual es comprar la ayuda de un representante de embajada del país X -preferiblemente alguno que tenga amigos o parientes conectados con el Departamento de Defensa del país de origen- para poder sacar los papeles. Eso cuesta bastante dinero, y creo que Arthur tenía en la cabeza una lista de las tarifas vigentes.

-¿Pero cómo va a embarcarlos? -había preguntado insistentemente? -¿Cómo los hará llegar al lugar que desea?

-Eso -dije-, será mi problema. Deje que yo me ocupe de ello.

Pero él continuaba meneando la cabeza.

-No es buen negocio tratar de ahorrar de ese modo, Coronel -dijo (yo era para él un Coronel desde la primera vez que nos vimos, unos doce años atrás. No recuerdo bien por qué)-. No es nada bueno. Trate de ahorrar algunos dólares de ese modo y puede llegar a perder todo el cargamento y encontrarse con verdaderos problemas. Verá, yo puedo arreglarle los papeles con alguna de esas jóvenes naciones africanas por un precio bastante razonable...

-No. Arrégleme lo de las armas, y me basta.

Durante nuestra conversación, Ganelón se limitó a permanecer allí sentado bebiendo cerveza, con la barba tan roja y el aspecto tan siniestro como siempre, y asintiendo a todo lo que yo decía. Como él no hablaba inglés, no tenía idea de la marcha de las negociaciones. Ni le importaba. Pero siguiendo mis instrucciones periódicamente me hablaba en Thari, y conversábamos brevemente en ese idioma sobre nada en particular. Pura perversidad. El pobre y viejo Arthur era un buen lingüista y quería averiguar el destino de las piezas. Yo notaba cómo se esforzaba tratando de identificar el idioma cada vez que hablábamos. Al fin, comenzó a asentir como si lo hubiera conseguido.

Después de un poco más de discusión, nos interrumpió, estiró el cuello y dijo:

-Leí los periódicos. Estoy seguro que su gente podrá permitirse el coste del seguro.

Aquel alarde casi merecía que le dijese que sí.

Pero dije:

-No. Créame, cuando tome posesión de esos rifles automáticos, van a desaparecer de la faz de la Tierra.

-Buen truco, eso -dijo-, teniendo en cuenta que aún no sé de donde los vamos a sacar.

-No importa.

-La confianza es una buena cosa. Pero hay que evitar la temeridad...- se encogió de hombros-. En fin, sea como Vd. desea... es su problema.

Entonces le hablé de las municiones, y con eso debió quedar convencido de mi deterioro mental. Se quedó largo rato contemplándome. Esta vez ni siquiera movió la cabeza. Tardé unos buenos diez minutos en conseguir que prestara atención a los detalles del pedido. Fue entonces cuando comenzó a sacudir la cabeza y murmurar acerca de las balas de plata y de los detonadores inertes.

El último arbitro, el dinero en efectivo, le convenció de que había que hacer las cosas a mi modo. No había ningún problema con los rifles ni con los camiones, pero convencer a una fábrica de armas de que produjera mis municiones iba a ser caro, me dijo. Es más, no estaba seguro de poder encontrar alguna que deseara hacerlo. Cuando le dije que el precio no sería ningún obstáculo pareció enfadarse aún más. Si podía permitirme tirar el dinero en municiones extrañas y

experimentales, el certificado de destino final no era un gasto del otro mundo...

No. Le dije que no. A mi modo, le recordé.

Suspiró y se estiró los bordes del bigote. Luego asintió. Muy bien, lo haríamos a mi modo.

Me cobró más dinero, por supuesto. Ya que parecía razonable en todos los demás extremos, tal vez yo no fuese un psicótico, sino miembro de un grupo embarcado en una empresa cara e inútil. Aunque las ramificaciones debían haberle intrigado, aparentemente decidió no investigar demasiado sobre aquel tinglado de apariencia desconcertante. Deseaba aferrarse a cualquier oportunidad para separarase del proyecto. Una vez que encontró quien suministrase las municiones -resultó ser material suizo- no tuvo inconveniente en ponerme en contacto con ellos y lavarse las manos de todo excepto del dinero.

Ganelón y yo fuimos a Suiza con documentación falsa. El era alemán y yo portugués. No me preocupaba mucho lo que dijesen mis documentos, siempre y cuando la falsificación estuviese bien hecha, pero había decidido que el alemán era la mejor lengua que Ganelón podía aprender, ya que tenía que aprender una y siempre hay turistas alemanes en todas partes. La cogió bastante rápidamente. Le dije que si se encontraba con cualquier alemán o suizo verdaderos y tenía que dar explicaciones dijera que se había criado en Finlandia.

Pasamos tres semanas en Suiza, hasta que estuve satisfecho con el control de calidad de mis municiones. Tal como había sospechado, el material era completamente inerte en esta sombra. Pero yo había desarrollado la fórmula, lo cual era lo único importante en ese punto. La plata resultó cara, por supuesto. Quizá fui demasiado precavido. Sin embargo, hay algunos asuntos de Ámbar que es mejor despacharlos con ese metal, y yo podía pagarlo. Realmente a falta de oro ¿qué mejor bala para un rey? Si al cabo yo disparaba contra Eric, no habría ningún delito de *lése-majesté.* Concedédmelo, hermanos.

Entonces dejé que Ganelón se las arreglara solo por un tiempo, ya que representaba su papel de turista como un auténtico Stalisnawski. Lo vi partir hacia Italia, con la cámara al cuello y una mirada de despedida, y yo regresé volando a los Estados Unidos.

¿Regreso? Sí. Aquella casa deshabitada de la ladera de la colina, a mis pies, había sido mi hogar durante la mejor parte de una década. Me dirigía hacia allí cuando me vi empujado fuera de la carretera y sufrí el accidente que condujo a todo lo que ocurrió luego.

Di una chupada al cigarrillo y contemplé el lugar. Antes no estaba prácticamente en ruinas como ahora. Siempre la conservé en buen estado. La había comprado, no debía ni un dólar. Tenía seis habitaciones y un garaje anexo para dos coches. Con siete acres alrededor; en realidad toda la ladera de la colina. La mayor parte del tiempo había vivido allí solo. Me gustaba. Solía pasar horas y horas en el taller. Me pregunté si el grabado en boj de Mori seguiría colgado en mi estudio. *Cara a Cara,* se

llamaba, y representaba a dos guerreros trabados en mortal combate. Sería agradable tenerlo de nuevo. Aunque tenía la sensación de que ya no estaría. Probablemente todo lo que no hubiese sido robado lo habrían subastado para pagar los impuestos. Imaginaba que eso es lo que haría el Estado de New York. Estaba sorprendido de que la casa no tuviera nuevos ocupantes. Continué mirando para cerciorarme. Demonios, no tenía prisa. No tenía que ir a ninguna parte.

Había tomado contacto con Gérard poco después de llegar a Bélgica. Prefería no hablar con Benedict por el momento. Temía que si lo intentaba simplemente me atacaría, de un modo u otro.

Gérard me observó cuidadosamente. Se encontraba en algún lugar en campo abierto y parecía estar solo.

-¿Corwin? -dijo entonces-. Sí...

-Correcto. ¿Qué sucedió con Benedict?

- Lo encontré tal como me dijiste y lo liberé. Deseaba perseguirte otra vez, pero pude convencerle de que había transcurrido bastante tiempo desde que yo te viera. Como tú dijiste que le habías dejado inconsciente, supuse que lo mejor era decir eso. Además su caballo estaba muy cansado. Volvimos a Avalón juntos. Me quedé con él durante los funerales, y luego le pedí me prestase un caballo. Ahora estoy regresando a Ámbar.

-¿Funerales? ¿Qué funerales?

De nuevo me miró con una mirada calculadora.

-¿Realmente no lo sabes? -dijo.

-¡Si lo supiera, maldición, no te lo preguntaría!

-Sus sirvientes. Fueron asesinados. El dice que tú lo hiciste.

-No -dije-. No. Eso es ridículo. ¿Por qué iba yo a matar a sus sirvientes? No entiendo...

-Poco después de volver él los buscó, ya que no habían salido a darle la bienvenida. Los encontró asesinados y tú y tu compañero ya os habíais marchado.

-Ahora entiendo -dije-. ¿Dónde estaban los cuerpos?

-Enterrados, pero no muy profundamente, en el pequeño bosque que hay al otro lado del jardín, en la parte trasera de la casa.

Exactamente, exactamente... Mejor no mencionarle que sabía lo de la tumba.

-¿Pero qué posible razón cree que podría haber tenido yo para hacer algo así? -protesté.

-Está intrigado, Corwin. Ahora más intrigado que antes. No puede entender por qué no le mataste a él cuando tuviste ocasión de hacerlo, y por qué enviaste por mí cuando podrías haberle dejado allí.

-Ahora veo por qué me llamaba continuamente asesino mientras luchamos, pero... ¿Le contaste lo que te dije acerca de que no había matado a nadie?

-Sí. Al principio se encogió de hombros como si fuera una excusa para salvarte. Yo le dije que parecías sincero, y que también tú parecías intrigado. Creo que le dio que pensar un poco tu insistencia. Varias veces me preguntó si yo te creía.

-¿Me crees?

Bajó la vista.

-¡Maldición, Corwin! ¿Yo qué tengo que creer? Yo aparecí en mitad de esto. Hemos estado separados tanto tiempo...

Me miró.

-Además hay otras cosas -dijo.

-¿Qué?

-¿Por qué me llamaste a mí para que le ayudara? Tú le cogiste un mazo de cartas entero. Podrías haber llamado a cualquiera de nosotros.

-Debes estar bromeando -dije.

-No, quiero una respuesta.

-Muy bien. Tú eres el único en quien confío.

-¿Eso es todo!?

-No. Benedict no desea que en Ámbar se sepa su paradero. Tú y Julián sois los únicos que a mí me consta que conocen su refugio. Julián no me gusta, no confío en él. Por eso te llamé.

-¿Cómo sabías que Julián y yo sabíamos dónde estaba?

-El os ayudó a ambos cuando tuvisteis problemas hace poco en el camino negro, y os dio cobijo mientras os recuperabais. Dará me lo contó.

-¿Dará? ¿Quién es esta Dará?

-La hija huérfana de una pareja que había trabajado para Benedict -dije-. Ella estaba en la casa donde tú y Julián os alojasteis.

-Y le enviaste un brazalete. También me la mencionaste en el camino, cuando me llamaste.

-Exacto. ¿Qué sucede?

-Nada. Aunque realmente no la recuerdo. Dime, ¿por qué te marchaste tan repentinamente? Tienes que admitir que tu comportamiento parece el de un hombre culpable.

-Sí -dije-. Era culpable... pero no de asesinato. Yo fui a Avalón para obtener algo que me interesaba, lo conseguí, y me largué. Tú viste el carro, y también viste que llevaba carga en él. Me largué antes de que él volviera para no tener que responder a las preguntas qué Benedict pudiera

hacerme. ¡Infierno! ¡Si hubiera querido escapar, no habría utilizado un carro! Habría viajado a caballo, rápido y ligero.

-¿Qué había en el carro?

-No -dije-. No quise decírselo a Benedict y no quiero decírtelo a ti. Oh, supongo que él puede averiguarlo, pero no voy a facilitarle las cosas. Aunque no es importante. El hecho es que fui allí por algo y que lo conseguí. Baste con esto. Allí mi cargamento no tiene un valor especial, pero en otro lugar sí. ¿Vale?

-Sí -dijo-. Tiene cierto sentido.

-Entonces contesta mi pregunta. ¿Crees que los maté?

-No -contestó-. Te creo.

-¿Y con respecto a Benedict? ¿Qué piensa él?

-No te volverá a atacar sin hablar primero. Me consta que tiene dudas.

-Bien. Algo es, por lo menos. Gracias, Gérard. Me voy ya.

Me dispuse a romper el contacto.

-¡Espera, Corwin! ¡Espera!

-¿Qué pasa?

-¿Cómo cortaste el camino negro? En el lugar en que lo cruzaste destruiste un tramo. ¿Cómo lo hiciste?

-El Patrón -dije-. Si alguna vez tienes problemas con esa cosa, atácala con el Patrón. ¿Sabes que a veces hay que tenerlo en mente porque parece que las sombras se te escapan y todo se desquicia?

-Sí. Lo intenté pero no resultó. Lo único que conseguí fue un dolor de cabeza. Eso no es de la Sombra.

-Sí y no -dije-. Ya sé qué te ocurrió. No te esforzaste lo suficiente. Yo usé el Patrón hasta que mi cabeza pareció deshacerse, hasta que estuve medio ciego de dolor y a punto de desmayarme. Entonces fue el camino el que se deshizo. No fue nada agradable, pero resultó.

-Lo recordaré -dijo-. ¿Vas a hablar con Benedict ahora?

-No -repliqué-. El ya sabe todo lo que hemos hablado. Ahora que se está tranquilizando, comenzará a analizar e investigar un poco más lo ocurrido. Prefiero que lo averigüe por sí mismo...además no quiero arriesgarme a otra pelea. Cuando corte esta vez permaneceré largo tiempo en silencio. Resistiré todos sus esfuerzos para comunicarse conmigo.

-¿Qué hay de Ámbar, Corwin? ¿Qué hay de Ámbar?

Bajé los ojos.

-No te interpongas en mi camino cuando regrese, Gérard. Créeme, no habrá guerra.

-Corwin... Espera. Me gustaría pedirte que lo reconsideraras. No ataques a Ámbar ahora. Está débil, dominada por todos los males posibles.

-Lo siento, Gérard. Pero estoy seguro de que he pensado el asunto mucho más que todos vosotros juntos en los últimos cinco años.

-Entonces yo también lo siento.

-Creo que será mejor que me vaya.

Asintió.

-Adiós, Corwin.

-Adiós, Gérard.

Después de esperar durante varias horas a que el sol desapareciera detrás de la colina, dejando a la casa en un crepúsculo prematuro, apagué el último cigarrillo, sacudí la chaqueta, me la puse y me levanté. No había observado ningún signo de vida en el lugar, ningún movimiento detrás de las sucias ventanas, de la ventana rota. Lentamente, descendí por la colina.

La casa de Flora en Westchester había sido vendida unos años antes, lo cual no me sorprendió. Lo había averiguado por simple curiosidad ya que me encontraba en la ciudad. Incluso había pasado por delante en coche. Ya no había ninguna razón para que ella permaneciera en la Sombra Tierra. Su larga vigilancia había terminado satisfactoriamente, y la última vez que la vi recibía su premio en Ámbar. Me irritaba un poco haber permanecido tan cerca de ella durante tanto tiempo sin siquiera darme cuenta de su presencia.

Reflexioné sobre si debía o no ponerme en contacto con Random, y decidí no hacerlo. La única ventaja era que posiblemente me diese información acerca de la situación actual en Ámbar. Sería interesante, pero no era absolutamente esencial. Estaba bastante seguro de que podía confiar en él. Al fin y al cabo, en el pasado me había ayudado a veces. De acuerdo, no fue por altruismo, sin embargo había ido más lejos de lo que supuse que haría. Pero habían pasado cinco años, y desde entonces habían sucedido muchas cosas. Era tolerado nuevamente en Ámbar, y ahora tenía una esposa. Podría andar preocupado por cómo conquistar una posición mejor. Simplemente no lo sabía. Pero sopesando los posibles beneficios y las posibles pérdidas, pensé que era mejor esperar y verle personalmente la próxima vez que estuviera en la ciudad.

Mantuve mi palabra, resistiendo cualquier intento de contacto conmigo. Los hubo casi diariamente durante mis primeras semanas de estancia en la Sombra Tierra. Pero llevaba ya varias semanas sin que nadie me molestase de nuevo. ¿Por qué iba yo a darle a alguien libre acceso a mi maquinaria mental? No, gracias, hermanos.

Me dirigí a la parte trasera de la casa, me acerqué pegado a las paredes hasta una ventana y la limpié con el codo. Había observado el lugar durante tres días y me parecía muy extraño que hubiera alguien dentro. Sin embargo...

Me asomé.

Todo estaba revuelto, por supuesto, y faltaban muchas de mis cosas. Pero algunas todavía estaban allí. Avancé hacia la derecha e intenté abrir la puerta. Estaba cerrada. Me reí entre dientes.

Me dirigí al patio. La novena baldosa hacia dentro, la cuarta hacia delante. La llave estaba debajo. Mientras me volvía la limpié con la chaqueta. Entré.

Todo estaba cubierto de polvo, excepto en algunas zonas. Había botes de café, envoltorios de sándwiches, y los restos de una hamburguesa petrificada sobre la chimenea. Había entrado mucho polvo por ella durante mi ausencia. Atravesé la habitación y cerré la compuerta reguladora.

Vi que la puerta principal estaba rota alrededor de la cerradura. Probé a abrir. Parecía que hubiesen clavado la puerta. Había una obscenidad garabateada en la pared del vestíbulo. Entré en la cocina. Estaba completamente revuelta. Todo lo que había sobrevivido al pillaje estaba esparcido por el suelo. La cocina y el refrigerador habían desaparecido, y al arrastrarlos habían rayado el suelo.

Salí y me dirigí a inspeccionar mi taller. Sí, lo habían desvalijado. Completamente. Seguí adelante, y me sorprendió encontrar en el dormitorio intacta mi cama, todavía sin hacer, y dos sillas caras.

En el estudio me aguardaba una sorpresa más agradable. El gran escritorio estaba cubierto de polvo y cosas en desorden, pero siempre había estado así. Encendiendo un cigarrillo, me acerqué y me senté detrás. Creo que era demasiado pesado y voluminoso para que nadie pudiera llevárselo. Mis libros estaba todos en los estantes. Nadie roba libros excepto los amigos. Y allí...

No podía creerlo. Me puse en pie y atravesé la habitación para inspeccionarlo de cerca.

El hermoso relieve boj de Yoshitoshi Mori estaba colgado en el mismo lugar en que había estado siempre, limpio, oscuro, elegante, violento. Pensar que nadie se había largado con una de mis posesiones más preciadas...

¿Estaba limpio?

Lo observé con atención. Pasé el dedo por el marco.

Demasiado limpio. No tenía nada del polvo que cubría todas las cosas de la casa.

Miré si había cables que lo conectasen con algún dispositivo, pero no encontré ninguno; lo descolgué, y lo bajé.

No, la pared no estaba más clara detrás del relieve. Estaba igual que el resto de la pared.

Coloqué la obra de Mori en el asiento de al lado de la ventana y volví a mi escritorio. Me sentía turbado, e indudablemente alguien había

querido que lo estuviera. Era obvio, alguien se lo había llevado y cuidado -cosa que agradecí- y sólo recientemente lo había devuelto a su lugar. Era como si hubiesen previsto mi retorno.

Lo cual era motivo sobrado para que me largara inmediatamente. Pero eso era estúpido. Si había alguna trampa, ya tenía que estar activada. Saqué la automática del bolsillo de la chaqueta y me la coloqué en el cinturón. Ni siquiera yo mismo sabía que iba a volver. Había decidido venir porque me sobraba algo de tiempo. Tampoco estaba seguro de por qué había querido ver el lugar de nuevo.

O sea se trataba de un plan establecido por si volvía. Si volvía al viejo hogar, probablemente sería para llevarme lo único que merecía la pena recuperar. Así que preserva el relieve y luego déjalo para que se note. De acuerdo, lo había notado. Y todavía no había atacado, así que no parecía una trampa. ¿Entonces qué?

Sería un mensaje. Alguna especie de mensaje.

¿Cuál? ¿Cómo? ¿Y de quién?

El lugar más seguro de la casa, en caso de haber permanecido intacto, todavía sería la caja fuerte. Tenía un mecanismo al alcance de cualquiera de mis parientes. Me acerqué a la pared del fondo, presioné el panel y lo abrí. Hice girar el dial para marcar la combinación, di un paso atrás y abrí la portezuela con mi viejo bastón.

No hubo explosión. Bien. Lo suponía.

No contenía nada de gran valor en el interior: unos pocos cientos de dólares en efectivo, algunos bonos, recibos, correspondencia.

Un sobre. Un sobre blanco y nuevo me llamó la atención. No lo recordaba.

Llevaba mi nombres, escrito con letra elegante. No con bolígrafo.

Contenía una carta y un Triunfo.

Hermano Corwin, decía la carta, si *lees esto, significará que todavía pensamos lo bastante parecido como para que pueda prever un poco tus movimientos. Te agradezco el préstamo del relieve en boj: una de las dos posibles razones para que vuelvas a esa escuálida sombra. Me molesta tener que prescindir de él, ya que nuestros gustos también son similares y lleva varios años adornando mis cámaras. Hay algo en el relieve que tensa una fibra familiar. Toma la devolución como prenda de mi buena voluntad y como un ruego para que prestes atención. Como debo ser sincero contigo si quiero tener una oportunidad de convencerte de algo, no me disculparé por lo que ocurrió. En realidad lo único que lamento es no haberte matado cuando debí hacerlo. La vanidad me hizo actuar como un tonto. Aunque el tiempo haya podido curar tus ojos, dudo que pueda alterar los sentimientos que nos profesamos mutuamente. Tu mensaje -«volveré»- está en este momento sobre mi escritorio. Si lo hubiera escrito yo, sé que volvería. Como tenemos algunas cosas en común, preveo tu vuelta , y no sin algo de aprensión. Sabiendo que no eres ningún tonto, sé que vendrás con un ejército. Y aquí es*

donde la vanidad pasada se paga con el presente orgullo. Querría que hubiese paz entre nosotros, Corwin, por la seguridad del reino, no por ¡a mía. Potentes fuerzas surgidas de la Sombra han llegado a sitiar Ámbar regularmente, y yo no entiendo completamente su naturaleza. Contra estas fuerzas, las más formidables que recuerdo hayan asaltado Ámbar, la familia se ha unido tras de mí. Quisiera contar con tu ayuda en esta lucha. Si no es así, te pido que pospongas por un tiempo el invadirme. Si eliges ayudarnos, no te pediré ninguna clase de honores, sólo el reconocimiento de mi liderazgo mientras dure la crisis. Te serán brindados tus honores normales. Es importante que tomes contacto conmigo para comprobar la verdad de lo que digo. Como no he podido localizarte mediante tu Triunfo, te adjunto el mío para que lo uses. Aunque la posibilidad de que te esté mintiendo va a dominar tus pensamientos, te doy mi palabra de que no es así. Eric, Señor de Ámbar.

La releí y me reí entre dientes. ¿Pues para qué creía él que servían las maldiciones?

No vale, hermano mío. Fue muy amable por tu parte pensar en mí en tus momentos de apuro -y te creo, no lo dudes, ya que todos nosotros somos hombres honorables-, pero nuestro encuentro se producirá de acuerdo con mi agenda, y no con la tuya. Con respecto a Ámbar, estoy al tanto de sus necesidades, y me ocuparé de ellas a mi tiempo y manera. Tú, Eric, cometes el error, de considerarte necesario. Los cementerios están llenos de hombres que pensaron que no podrían ser remplazados. Pero esto esperaré a decírtelo cara a cara.

Guardé la carta y el Triunfo en el bolsillo de la chaqueta. Apagué el cigarrillo en el sucio cenicero del escritorio. Luego cogí unas sábanas del dormitorio para envolver a mis combatientes. Esta vez me esperarían en un lugar más seguro.

Mientras recorría la casa otra vez, me pregunté por qué había vuelto realmente. Pensé en algunas de las personas que había conocido cuando vivía aquí, y me pregunté si alguna vez pensaban en mí, si se preguntaban lo que me habría sucedido. Nunca lo sabría, por supuesto.

La noche cayó aunque el cielo estaba claro y sus primeras estrellas rutilaban cuando salí y cerré la puerta. Di la vuelta a la casa y devolví la llave a su lugar debajo del patio. Luego subí por la colina.

Cuando volví a mirar desde la cima, la casa parecía haberse hundido en la oscuridad, convertida en mísero despojo, como una lata de cerveza vacía arrojada a un lado del camino. Crucé la cima y comencé a descender, dirigiéndome campo a través hacia el lugar donde había aparcado, lamentando haber mirado hacia atrás.

9

Ganelón y yo nos marchamos de Suiza en un par de camiones. Los compramos en Bélgica, y cargué los rifles en el mío. Calculando unos 4 o 5 kilos por pieza, los trescientos pesaban alrededor de tonelada y media, lo cual no estaba mal. Después de cargar la munición, todavía nos quedó bastante lugar para el combustible y las provisiones. Habíamos tomado un pequeño atajo a través de la Sombra, por supuesto, con el fin de evitar a la gente apostada en la frontera para demorar el tráfico. Nos fuimos de la misma manera, encabezando yo la marcha para abrir camino, por decirlo así.

Conduje a través de una tierra de oscuras colinas y pequeños pueblos, donde los únicos vehículos que vimos eran tirados por caballos. Cuando el cielo se hizo de un amarillo brillante, las bestias de carga eran rayadas y con plumas. Condujimos durante horas, encontrando finalmente el camino negro, avanzando paralelos a él por un tiempo, cambiando luego de dirección. El cielo experimentó una docena de variaciones, y los contornos de la tierra se mezclaron fundiéndose las montañas en los llanos y viceversa. Ascendimos por caminos malos y nos deslizamos por otros tan uniformes, lisos y duros como el cristal. Subimos laboriosamente hasta lo alto de un monte y rodeamos un mar oscuro como el -vino. Pasamos por tormentas y nieblas.

Me llevó medio día encontrar de nuevo a la gente que buscaba, o una sombra tan parecida que no existía ninguna diferencia. Sí, eran los que había explotado en otra ocasión. Eran tipos bajos, muy peludos y morenos, con largos colmillos y garras retráctiles. Pero tenían dedos hechos para el gatillo y me adoraban. Quedaron entusiasmados y contentos con mi vuelta. No importa que cinco años antes hubiera enviado a sus mejores hombres a morir a una tierra extraña. A los dioses no hay que pedirles cuentas, sino amarles, honrarles y obedecerles. Quedaron bastante desilusionados al ver que solo quería llevarme a unos cientos. Tuve que rechazar a miles de voluntarios. Esta vez no tuve mayores escrúpulos de conciencia. Un modo de mirarlo podría ser que al emplear a este grupo yo pretendiera lograr que los otros no hubiesen muerto en vano. Por supuesto, yo no lo veía de ese modo, pero gozo con los sofismas. También supongo que podría considerarlos mercenarios pagados con monedas espirituales. ¿Qué diferencia existe entre luchar por dinero o por una creencia espiritual? Cuando necesitaba tropas yo era capaz de brindar cualquiera de las dos cosas.

En realidad no corrían mucho riesgo, ya que serían los únicos que tendrían armas de fuego. En su tierra mi munición todavía era inerte, y nos llevó varios días de marcha a través de la Sombra alcanzar una tierra lo suficientemente parecida a Ámbar como para que funcionara. El único inconveniente consistía en que las sombras siguen una ley congruente de correspondencias, así que el lugar estaba realmente cerca de Ámbar. Esto me mantuvo en guardia a lo largo del entrenamiento. No era fácil que apareciera por aquella sombra alguno de mis hermanos. Sin embargo, coincidencias peores han sucedido.

Nos entrenamos cerca de tres semanas, hasta que decidí que estábamos preparados. Entonces, una fría y brillante mañana, levantamos el campamento y nos introdujimos en la Sombra.

La columna de tropas avanzaba detrás de los camiones. Estos dejarían de funcionar una vez que nos acercáramos a Ámbar ya que estaban causando algunos problemas; pero había que utilizarlos para transportar el equipo lo más lejos posible.

Esta vez, tenía la intención de subir a la cima de Kolvir desde el norte en vez de intentarlo de nuevo por la cara que daba al mar. Todos los hombres conocían los planes, y la disposición de las escuadras de tiradores ya había sido establecida y ensayada.

Nos deteníamos a comer, lo hacíamos copiosamente y continuábamos, perdiendo de vista lentamente distintas sombras. El cielo se volvió de un azul oscuro pero brillante: era el cielo de Ámbar. La tierra de entre las rocas era negra y las hierbas de un verde vivo. El follaje de los árboles y arbustos tenía una húmeda fosforescencia. El aire era dulce y puro.

Al anochecer pasamos por entre los enormes árboles de los bordes de Arden. Acampamos allí, estableciendo una guardia nutrida. Ganelón, que ahora vestía de caqui y llevaba boina, estuvo sentado a mi lado casi toda la noche, estudiando los mapas que yo había trazado. Todavía nos quedaba una marcha de alrededor de sesenta y cinco kilómetros hasta las montañas.

Los camiones dejaron de funcionar la tarde siguiente. Pasaron a través de varias transformaciones, deteniéndose repetidamente, hasta que se negaron a continuar. Los empujamos a un barranco y los cubrimos con ramas. Distribuimos las municiones y el resto de las provisiones y continuamos.

A partir de entonces abandonamos el duro y sucio camino y nos abrimos paso a través del bosque. Como yo todavía lo conocía bien, resultó menos problemático de lo que había supuesto. Naturalmente nos hizo avanzar más lentamente, pero disminuyó las probabilidades de vernos sorprendidos por alguna de las patrullas de Julián. Los árboles eran bastante grandes, ya que estábamos en el centro de Arden, y fui recordando la topografía a medida que avanzábamos.

Aquel día no encontramos nada más amenazador que unos cuantos zorros, ciervos, conejos y ardillas. Los olores del lugar y su color verde, dorado y pardo, me trajeron recuerdos de tiempos más felices. Cerca del anochecer subí a un árbol gigante y pude deducir la distancia que nos separaba de Kolvir. En este momento había una tormenta desarrollándose en sus cimas y las nubes ocultaban sus zonas más altas.

Al mediodía siguiente topamos con una de las patrullas de Julián. Realmente no sé quién sorprendió a quién, ni quién quedó más sorprendido. El fuego se inició casi inmediatamente. Grité a voz en cuello para que se detuvieran, ya que todos parecían ansiosos por probar sus armas en un blanco vivo. Era un grupo pequeño -una docena y media de hombres- y los liquidamos a todos. Tuvimos sólo una baja, pues uno de

nuestros hombres hirió a un compañero... o quizá el hombre se hirió a sí mismo. Nunca me enteré bien de la historia. Entonces apretamos el paso, pues habíamos hecho mucho ruido y no tenía la menor idea de la disposición de otras fuerzas en los alrededores.

Para el anochecer habíamos ganado una altitud y distancia considerables, y las montañas aparecían a la vista siempre que lo accidentado del terreno lo permitía. Aquellas nubes de tormenta seguían pegadas a sus cimas. Mis tropas estaba excitadas por la matanza del día y tardaron bastante en dormir aquella noche.

Al día siguiente llegamos al pie de las montañas, evitando con éxito a dos patrullas. Hice continuar el ascenso hasta mucho después de caer la noche, para poder alcanzar un lugar bien protegido que conocía. Dormimos a una altitud aproximada de ochocientos metros mayor que la noche anterior. Estábamos bajo los mantos de las nubes, pero no llovía, a pesar de una constante tensión atmosférica como la que precede a una tormenta. Aquella noche yo no dormí bien. Soñé con la ardiente cabeza del gato en llamas y con Lorraine.

A la mañana siguiente, marchamos bajo un cielo gris, y empujé a las tropas despiadadamente, cuesta arriba todo el tiempo. Oímos los sonidos de truenos distantes, y la atmósfera cobró vida, cargada de electricidad.

A eso de media mañana, mientras conducía a nuestra columna por una ruta sinuosa y rocosa, oí un grito a retaguardia, seguido de varias explosiones de armas de fuego. Retrocedí inmediatamente.

Un pequeño grupo de hombres, Ganelón entre ellos, estaba contemplando algo, hablando en voz baja. Me abrí camino.

No podía creerlo. En mi vida había sido visto ninguna tan cerca de Ámbar. Quizá tenía diez pies de largo, y llevaba aquella terrible parodia de rostro humano sobre sus hombros de león, con las alas de águila plegadas por encima de sus costados ahora ensangrentados, con la cola que aún se retorcía, similar a la de un escorpión. Yo había visto a la manticora una vez en unas islas muy al sur. Era una terrible bestia que siempre había ocupado uno de los primeros lugares en mi lista de indeseables.

-Partió a Rail por la mitad, partió a Rail por la mitad -repetía sin parar uno de los hombres.

A unos veinte pasos de distancia vi lo que quedaba de Rail. Lo cubrimos con una manta, sepultándolo con rocas. Era lo único que podíamos hacer. Por lo menos el accidente sirvió para restablecer un poco la precaución que parecía haber desparecido después de la fácil victoria del día anterior. Los hombres marchaban en silencio y alerta cuando continuamos nuestro camino.

-Vaya bicho -dijo Ganelón-. ¿Posee la inteligencia de un hombre?

-No lo sé.

-Tengo una sensación extraña, Corwin. Como si fuera a suceder algo terrible. No sé de qué otro modo decírtelo.

-Lo sé.

-¿Tú también lo sientes?

-Sí.

Asintió con la cabeza.

-Quizá sea el clima -dije.

Asintió nuevamente, con mas lentitud.

Mientras ascendíamos el cielo continuaba oscureciéndose, y los truenos retumbaban sin cesar. El resplandor de intensos relámpagos llenaba el oeste y los vientos se hicieron más fuertes. Alzando la vista, pude ver las enormes masas de nubes que coronaban las cimas más altas. Sobre ellas se recortaban una y otra vez las siluetas de seres negros con forma de pájaro.

Más tarde encontramos otra manticora, pero la eliminamos sin sufrir ningún daño. Aproximadamente una hora después fuimos atacados por una bandada de grandes aves con picos como navajas de afeitar, que no se parecían a nada que yo hubiera visto antes. Logramos deshacernos de ellas, pero esto también me turbó.

Seguimos ascendiendo, preguntándonos cuando se iba a desatar la tormenta. La velocidad de los vientos aumentó.

El día se oscureció de repente, aunque yo sabía que el sol todavía no se había puesto. El aire cobró un aspecto neblinoso cuando nos aproximamos al enjambre de nubes. Una sensación de humedad lo empapó todo. Las rocas eran más resbaladizas. Estuve tentado de ordenar un alto, pero aún estábamos a una buena distancia de Kolvir y no quería tener que racionar las provisiones, que había calculado cuidadosamente.

Ganamos aproximadamente otros siete kilómetros y bastante más de quinientos metros de altura antes de vernos obligados a detenernos. La oscuridad era completa ya, con la única excepción de la luz de los intermitentes relámpagos. Acampamos formando un gran círculo en una pendiente dura y lisa, y apostamos centinelas alrededor de su perímetro. El trueno remedaba largos compases de música marcial. La temperatura descendió vertiginosamente. Aunque yo hubiese permitido encender hogueras no había nada por los alrededores que pudiera quemarse. Nos instalamos dispuestos a aguantar un tiempo frío y oscuro.

Las manticoras atacaron varias horas después, silenciosa y súbitamente. Murieron siete hombres y matamos a dieciséis bestias. No tengo idea de cuántas más escaparon. Maldije a Eric mientras me vendaba las heridas y me pregunté de qué sombra las habría sacado.

Durante lo que debía ser la mañana, avanzamos ocho kilómetros hacia Kolvir antes de desviarnos al oeste. Era una de las tres posibles rutas, y yo siempre la había considerado la mejor para un posible ataque. Los pájaros volvieron a atormentarnos nuevamente, varias veces, en mayor número y con mayor insistencia. Con matar a unos pocos bastaba para provocar su desbandada.

Finalmente, tras rodear la base de un escarpado altísimo, nuestro camino nos llevó hacia arriba entre truenos y niebla, hasta que de repente nos deparó una amplia panorámica a nuestros pies. Divisábamos muchos kilómetros del Valle de Garnath, que estaba a nuestra derecha.

Ordené un alto y me adelanté a observar.

La última vez que había visto aquel adorable valle estaba convertido en un paraje abandonado e insólito. Ahora las cosas estaban todavía peor. El camino negro lo atravesaba, llegando hasta el mismo pie de Kolvir, donde se detenía. Se estaba librando una batalla en el valle. Fuerzas de caballería entrechocaban, combatían y se retiraban. También avanzaban líneas de infantería, se entrelazaban, retrocedían. Les iluminaba el fulgor de constantes rayos que caían entre ellos. Los pájaros oscuros sobrevolaban el lugar como cenizas al viento.

La humedad lo envolvía todo como una fría manta. Los ecos de los truenos rebotaban entra las cimas. Contemplé, intrigado, la lucha de allí abajo.

La distancia era demasiado grande para poder distinguir a los combatientes. Al principio pensé que alguien más había emprendido lo mismo que yo: que tal vez Bleys había sobrevivido y volvía con un nuevo ejército.

Pero no. Estos venían del oeste, por el camino negro. Y entonces vi que los acompañaban los pájaros, y también unas formas que saltaban y no eran ni hombres ni caballos. Las manticoras tal vez.

Los rayos caían sobre ellos a medida que aparecían, destruyéndolos, quemándolos, explotando. Al comprobar que nunca caían cerca de los defensores, recordé que al parecer Eric había adquirido cierto control sobre aquel aparato conocido como la Joya del Juicio, con la cual Papá había dominado el clima de la zona de Ámbar. Cinco años antes Eric la había empleado contra nosotros con un efecto notable.

Así que las fuerzas provenientes de la Sombra, de las que tanto me habían hablado, eran todavía más fuertes que lo que yo pensaba. Yo había imaginado ataques, pero no una batalla de esta magnitud al pie de Kolvir. Contemplé las operaciones que se desarrollaban allí abajo en la oscuridad. El camino parecía vibrar por la actividad de su entorno.

Ganelón se aproximó y permaneció a mi lado. Estuvo en silencio largo rato. No quería que me preguntara, pero me sentía incapaz de explicar aquello excepto como respuesta a una pregunta.

-¿Y ahora, qué, Corwin?

-Debemos avanzar más rápido -dije-. Quiero estar en Ámbar esta noche.

Avanzamos de nuevo. El camino fue más fácil durante un tiempo, y eso nos ayudó. La tormenta sin lluvia continuaba aumentando el brillo y volumen de los relámpagos y truenos, íbamos envueltos en un crepúsculo constante.

Cuando aquella tarde llegamos a un lugar aparentemente seguro -a ocho kilómetros de los barrios del norte de Ámbar -ordené otro alto, para descansar y tomar la última comida. Teníamos que hablar a gritos para hacernos oír, por lo que no pude arengar a los hombres. Simplemente hice circular el aviso de que estábamos cerca y debíamos estar preparados.

Cogí mi ración y me fui a inspeccionar el terreno mientras los otros descansaban. Aproximadamente a ochocientos metros de distancia ascendí por un risco empinado, deteniéndome cuando llegué a su cima. En los peñascos de enfrente se libraba alguna clase de batalla.

Me mantuve agazapado y observé. Una fuerza perteneciente a Ámbar combatía contra una fuerza más nutrida de atacantes, que debían haber subido antes que nosotros a aquellas alturas o habían llegado por medios diferentes. Sospechaba lo último, ya que no habíamos visto huellas recientes. La batalla explicaba la buena suerte de que gozamos al no encontrar patrullas defensivas en nuestro camino.

Me aproximé. Aunque los atacantes podrían haber llegado por alguna de las otras dos rutas, vi la prueba de que no había sido este el caso. Todavía estaban arribando, y era una visión terrible, ya que venían por los aires.

Bajaban por el lado oeste como grandes manojos de hojas arrastradas por el viento. El movimiento aéreo que había contemplado desde lejos era más variado de lo que parecía; no había sólo multitud de pájaros. Los atacantes montaban seres alados, con dos piernas: una especie de dragones. Lo más parecido que yo había visto era una bestia heráldica llamada wivern. Y tampoco había visto hasta entonces ningún wivern que no fuera decorativo, ni había tenido jamás deseo de buscar uno.

Me pregunté cuánto tiempo llevarían enzarzados en aquella batalla, tanto en el valle como allí arriba. Atendiendo a la duración de aquella tormenta que no era natural, calculé que serían ya largas horas de combate.

Entre los defensores había numerosos arqueros, que causaban estragos entre los seres voladores y sus jinetes. Estallaron entre ellos también láminas de puro infierno: los relámpagos brillaban fulgurantes, haciéndolos caer al suelo como cenizas volcánicas. Pero seguían llegando y aterrizando, lanzándose tanto hombres como bestias a atacar a los que permanecían atrincherados. Busqué y encontré el brillo intermitente que emitía la Joya del Juicio cuando era operada. Venía del centro del cuerpo más compacto de defensores, enclavados cerca de la base de un alto risco.

Observé detenidamente, prestando toda mi atención al portador de la gema. Sí, no podía haber duda. Era Eric.

Me acerqué aún más arrastrándome pegado al suelo. Vi al jefe del grupo de defensores más cercano decapitar a un wivern de un sólo golpe de espada. Con la mano izquierda cogió de la montura al jinete y lo arrojó a más de diez metros fuera de la plataforma, monte abajo. Cuando entonces se volvió para gritar una orden, vi que era Gérard. Parecía dirigir un

asalto a los flancos de la masa de atacantes que estaban acosando a las fuerzas al pie del risco. Por el extremo opuesto, un destacamento similar hacía lo mismo. ¿Otro de mis hermanos?

Me desplacé hacia la derecha para observar el frente oeste. La batalla en el valle continuaba con el mismo rigor. Desde esta distancia era imposible decir quién era quién, y menos aún quién estaba ganando. Aunque podía ver que del oeste no les llegaba ningún refuerzo a los atacantes.

Estaba perplejo pensando en cuál sería el mejor

modo de actuar. Obviamente no podía atacar a Eric cuando estaba comprometido en algo tan crucial como la defensa de Ámbar misma. Esperar a recoger los restos después, podría ser lo mas prudente. Sin embargo, sentía internamente cómo los dientes de rata de la duda iban royendo esa idea.

Aun sin refuerzos para los atacantes, el resultado de la contienda no parecía claro en absoluto. Los invasores eran fuertes y numerosos. No tenía idea de los recursos que le podían quedar a Eric. En ese momento me era imposible calcular si los bonos de guerra de Ámbar serian una buena inversión. Si Eric perdía, entonces sería necesario que yo mismo me ocupara de los atacantes, una vez desperdiciada gran parte de la fuerza de Ámbar.

Si ahora entraba yo en combate con mis automáticas no había duda de que aplastaríamos a los jinetes de los wivern rápidamente. A propósito, alguno o algunos de mis hermanos debían hallarse en el valle. Mediante los Triunfos podría establecer un puente para trasladar allí a algunas de mis tropas. Quienquiera que estuviera allí abajo luchando por Ámbar quedaría atónito si repentinamente aparecieran mis tiradores.

Presté atención de nuevo al conflicto cercano. No, no marchaba bien. Especulé con los resultados de mi intervención. Eric seguramente no estaría en posición de atacarme. Aparte de cualquier simpatía con que pudiera contar yo por todo lo que me había hecho pasar, obtendría el mérito de sacarle las castañas del fuego. Aunque quedaría agradecido por la ayuda, no se alegraría mucho de los sentimientos generales que esto despertaría. Realmente no. Yo entraría en Ámbar con una guardia personal mortal y contando con la buena voluntad de todos. Era un pensamiento seductor. Me ofrecía la ruta más suave hacia mi objetivo, en vez del asalto brutal y directo culminado con un regicidio, tal como había previsto.

Sí. Me encontré sonriendo. Estaba a punto de convertirme en un héroe.

Pero debo concederme el hecho de que no me guiaba sólo el interés personal. Si hubiese tenido que elegir entre Ámbar con Eric en el trono y Ámbar caída, no hay ninguna duda de que mi elección hubiera sido la misma: atacar. Las cosas no estaban desarrollándose bien, y aunque redundaría en mi ventaja dejar pasar el día, eso, en última instancia, no

era esencial. No te podría odiar tanto Eric, si no amara todavía más a Ámbar.

Retrocedí y bajé rápidamente la pendiente, mientras el resplandor de los relámpagos proyectaba mi sombra en todas direcciones.

Me detuve en la periferia de mi campamento. En el otro extremo del mismo, Ganelón conversaba a gritos con un jinete solitario, y yo reconocí el caballo.

Me acerqué y a una señal del jinete, el caballo se abrió camino entre las tropas para venir hacia mí. Ganelón meneó la cabeza y lo siguió.

El jinete era Dará. Tan pronto como estuvo al alcance de mi voz, le grité:

-¿Qué demonios estás haciendo aquí?

Desmontó, sonriendo, y permaneció ante mí.

-Quería venir a Ámbar -dijo-. Y eso hice.

-¿Cómo llegaste aquí?

-Seguí al abuelo -dijo-. Me di cuenta de que es más fácil seguir a alguien a través de la Sombra que abrirte camino tú misma.

-¿Benedict está aquí?

Hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

-Abajo. Está dirigiendo las fuerzas del valle. Julián también está allí.

Ganelón se aproximó.

-Me ha dicho que nos siguió hasta aquí -gritó-. Que lleva un par de días detrás de nosotros.

-¿Es cierto? -pregunté.

Asintió nuevamente, todavía sonriendo.

-No fue muy difícil.

-¿Pero por qué lo hiciste?

-¡Para entrar en Ámbar, por supuesto! ¡Quiero recorrer el Patrón! ¿Te diriges hacia allí, no?

-Por supuesto. ¡Pero sucede que en el camino hay una guerra!

-¿Qué vas a hacer al respecto?

-¡Ganarla, por supuesto!

-Bien, te esperaré.

Maldije durante unos momentos para darme tiempo a pensar, luego le pregunté:

-¿Dónde estabas cuando Benedict volvió?

La sonrisa desapareció.

-No lo sé -dijo-. Salí a cabalgar cuando te marchaste, y permanecí fuera todo el día. Quería estar sola para pensar. Cuando regresé al anochecer él no estaba. Al día siguiente salí de nuevo. Me alejé mucho, y cuando oscureció decidí acampar. Lo hago a menudo. A la tarde siguiente, mientras regresaba a casa, llegué a la cima de una colina y lo vi pasar, dirigiéndose hacia el este. Decidí seguirlo. El camino me condujo a través de la Sombra, ahora lo entiendo... y tú tenías razón cuando dijiste que era más fácil seguirlo. No sé cuánto tiempo pasó. El tiempo se mezcló con el espacio. El llegó aquí, y yo reconocí el lugar por uno de los dibujos de las cartas. Se encontró con Julián en un bosque, hacia el norte, y ambos volvieron juntos para participar en esa batalla que se está librando allí abajo. -Hizo un gesto hacia el valle-. Yo permanecí varios días en el bosque, sin saber qué hacer. Temía perderme si emprendía el regreso... Entonces vi que tus fuerzas escalaban la montaña. Os vi a ti y a Ganelón a la cabeza. Sabía que Ámbar quedaba por ese camino, y te seguí. Esperé hasta ahora para aproximarme porque quería que estuvieras muy cerca de Ámbar y así no pudieras hacerme volver a casa.

-No creo que me estés diciendo toda la verdad -dije-, pero no tengo tiempo para ocuparme de esto. Ahora vamos a avanzar, y habrá pelea. Lo más seguro para ti es que permanezcas en el campamento. Te destinaré un par de guardias.

-¡No los quiero!

-No me importa lo que quieras. Vas a tenerlos. Cuando acabe la lucha enviaré por ti.

Entonces me volví y elegí a dos hombres al azar, ordenándoles que se quedasen a protegerla. No parecían muy contentos con la idea.

- ¿Qué son esas armas que llevan tus hombres? -preguntó Dará.

-Más tarde -dije-. Estoy ocupado.

Di unas breves órdenes, explicando la situación, y ordené mis patrullas.

-Pareces tener muy pocos hombres -dijo.

-Son suficientes -repliqué-. Te veré más tarde.

La dejé allí con sus guardias.

Fuimos por la ruta que yo había explorado. El trueno cesó mientras avanzábamos, y el silencio más que tranquilizarme me inquietó. El crepúsculo se instaló nuevamente a nuestro alrededor, y aquella atmósfera húmeda y pesada me hizo sudar.

Ordené un alto antes de que alcanzáramos el primer punto desde el que yo había observado el desarrollo de la batalla. Entonces volví allí, acompañado por Ganelón.

Los jinetes de los wivern dominaban la zona y sus bestias peleaban a su lado. Estaban acorralando a los defensores contra la pared del risco. Busqué a Eric pero no pude verle, ni tampoco el brillo de su joya.

- ¿Quiénes son los enemigos? -me preguntó Ganelón.

-Los que cabalgan sobre las bestias.

Ahora que la artillería celestial había cesado, todos estaban aterrizando. Tan pronto como tocaban la sólida superficie, se lanzaban al ataque. Traté de divisar a Gérard entre los defensores, pero ya no estaba a la vista.

-Trae a las tropas -dije, alzando mi rifle-. Diles que maten a los jinetes y a las bestias.

Ganelón retrocedió y yo apunté hacia un wivern que descendía, disparé, y contemplé como su veloz ataque se convertía de repente en un confuso movimiento de plumas. Se estrelló contra las rocas y comenzó a aletear. Disparé de nuevo.

La bestia comenzó a arder mientras moría. Pronto tuve tres hogueras encendidas. Me arrastré hasta la segunda posición que ya antes explorara. Me instalé bien, apunté y disparé otra vez.

Le di a otro, pero para entonces algunos de ellos estaban girando en mi dirección. Disparé el resto de la munición y me apresuré a recargar. Varios de ellos ya venían hacia mi. Eran muy rápidos.

Logré detenerlos y estaba cargando de nuevo cuando llegó la primera escuadra de tiradores. Nuestros disparos eran cerrados y cuando llegaron los demás comenzamos a avanzar.

En diez minutos acabó todo. Al parecer, tras las primeras cinco bajas, se dieron cuenta de que no tenían ninguna posibilidad de éxito, y comenzaron a huir hacia la cornisa, arrojándose hacia el espacio para ser transportados nuevamente por los aires. Los abatíamos mientras corrían, y pronto estuvieron rodeados.

La roca húmeda se elevaba diáfanamente a nuestra izquierda, perdida su cima en las nubes, por lo que parecía alzarse hasta el infinito sobre nosotros. Los vientos todavía zarandeaban el humo y la niebla, y las rocas estaban viscosas y manchadas de sangre. Cuando nos vieron avanzar, disparando, las fuerzas de Ámbar se dieron cuenta rápidamente que estábamos con ellos y comenzaron a contraatacar desde su posición en la base del risco. Vi que los mandaba mi hermano Caine. Por un momento nuestras miradas se cruzaron y quedaron clavadas a distancia, luego se lanzó a la contienda.

Dispersos grupos de amberitas se unieron para formar un segundo cuerpo de choque cuando los atacantes retrocedieron. En realidad no hicieron más que limitar nuestro campo de tiro atacando el flanco más alejado de los enloquecidos hombres bestias y sus wivern, pero no tenía ningún medio de hacérselo saber. Nos acercamos, y pudimos disparar con precisión.

Un pequeño grupo de hombres permanecía en la base del risco. Tenía el presentimiento de que estaban protegiendo a Eric, y que posiblemente él estaba herido, ya que los efectos de la tormenta habían cesado de repente. Me abrí camino en aquella dirección.

Los disparos ya estaban comenzando a cesar cuando me aproximé al grupo, y no me di cuenta de lo que iba a suceder hasta que fue demasiado tarde.

Algo grande me sorprendió por detrás y se puso a mi altura de improviso. Me tiré al suelo, rodé, y apunté con el rifle automáticamente. Sin embargo mi dedo no presionó el gatillo. Era Dará, que acababa de alcanzarme montada a caballo. Se volvió riendo mientras yo le gritaba.

-¡Regresa inmediatamente! ¡Maldita seas! ¡Te matarán!

-¡Nos veremos en Ámbar! -gritó, y se lanzó a través de las espantosas rocas hasta llegar al sendero que había más allá.

Estaba furioso. Pero de momento no podía hacer nada. Rugiendo, me levanté y seguí adelante.

Mientras me acercaba al grupo, oí pronunciar mi nombre varias veces. Las cabezas se volvían en mi dirección. La gente se hacía a un lado para dejarme pasar. Reconocí a muchos de ellos, pero no les presté atención.

Creo que vi a Gérard al mismo tiempo que él a mí. Había permanecido arrodillado en el centro, se puso en pie y esperó. Su rostro no reflejaba ninguna expresión.

Al aproximarse más, vi que ocurría lo que yo había sospechado. Gérard estaba de rodillas atendiendo a un hombre herido tendido en el suelo. Era Eric.

Saludé con la cabeza a Gérard al llegar a su lado, y miré a Eric. Me embargaban sentimientos encontrados. De varias heridas en el pecho le manaba sangre muy reluciente y abundante. Cubría la Joya del Juicio, que todavía colgaba de una cadena a su cuello. Débilmente, observé su lánguida y brillante pulsación, parecida a un corazón, debajo de la sangre. Los ojos de Eric estaban cerrados, y la cabeza descansaba sobre una capa doblada. Su respiración era lenta y pesada.

Me arrodillé, incapaz de apartar la vista de aquel rostro ceniciento. Traté de hacer un poco a un lado mi odio, ya que obviamente estaba muriendo, para intentar entender mejor a aquel hombre que era mi hermano durante los pocos momentos que le quedaban. Y noté que me inspiraba cierta simpatía al considerar todo lo que estaba perdiendo junto con su vida y al ser consciente de que podría haber sido yo el que yaciese allí en caso de haberme impuesto cinco años antes. Traté de pensar en algo a su favor, y todo lo que pude hallar fueron meras palabras de epitafio: *Murió luchando por Ámbar.* No era poco. La frase continuó bailando en mi mente.

Sus ojos se fruncieron, parpadearon, se abrieron. Al cruzarse nuestras miradas su rostro permaneció sin expresión. Me pregunté si me habría reconocido.

Pero él musitó mi nombre, y añadió:

-Sabía que serías tú -se detuvo para respirar y continuó-: ¿Te ahorraron el trabajo, no?

No repliqué. El ya sabía la respuesta.

-Algún día te tocará el turno a ti -continuó-. Entonces estaremos empatados.

Se rió entre dientes y se dio cuenta demasiado tarde de que no tendría que haberlo hecho. Le dio un desagradable espasmo de tos húmeda. Cuando terminó, me miró.

-Pude sentir tu maldición -dijo-. En todas partes. Todo el tiempo. Ni siquiera tuviste que morir para que tu imprecación me persiguiese.

Entonces, como si leyera mis pensamientos, sonrió levemente y dijo:

-No, no te dedicaré mi maldición de moribundo. La

he reservado para los enemigos de Ámbar: esos de ahí. -Señaló con los ojos. Entonces la pronunció, en un murmullo, y yo temblé al oírla.

Su mirada volvió a mi rostro por un momento. Luego dio un tirón de la cadena que llevaba al cuello.

-La Joya... -dijo-. Llévala contigo al centro del Patrón. Álzala. Muy cerca... de un ojo. Mira en su interior... y considéralo un espacio. Trata de proyectarte... dentro. Tú no vas. Pero hay... experiencia... Después, ya sabes usarla...

-¿Cómo? -comencé, pero me detuve. Ya me había dicho cómo sintonizarme con ella. ¿Por qué preguntarle, para desperdiciar su aliento, cómo lo había descubierto?

Pero lo entendió y logró decir:

-Las notas de Dworkin...Bajo la chimenea... en mi...

Entonces le dominó otro ataque de tos y le salió sangre por la nariz y por la boca. Aspiró profundamente y se incorporó a medias, con los ojos desorbitados.

-Arréglatelas tan bien como yo lo hice... ¡bastardo! - dijo entonces cayendo en mis brazos y con un sobresalto exhaló su último y sangriento aliento.

Lo sostuve varios minutos, luego lo dejé descansar en su posición anterior. Sus ojos todavía estaban abiertos, y yo alargué la mano y los cerré. Casi automáticamente uní sus manos sobre la gema ahora sin vida. No tenía estómago para quitársela en ese momento. Entonces me puse de pie, me quité la capa, y lo cubrí con ella.

Al volverme, vi que todos me estaban contemplando. Muchas eran caras familiares. Aunque había algunas extrañas entre ellas. A la mayoría los conocí aquella noche en que llegué a cenar encadenado...

No. No era momento para pensar en eso. Lo aparté de mi mente. Los disparos se habían detenido, y Ganelón llamaba a las tropas y ordenaba que formasen.

Comencé a caminar.

Pasé entre los amberitas. Pasé entre los muertos. Dejé a mis propias tropas y me acerqué al borde del risco.

Abajo, en el valle, continuaba la lucha. La caballería seguía avanzando como aguas turbulentas, mezclándose, retrocediendo, atacando, y la infantería seguía desplazándose como enjambres de insectos.

Extraje las cartas que le había quitado a Benedict. Saqué la suya del paquete. Parpadeó ante mí, y al cabo de

un tiempo se produjo el contacto. Montaba el mismo caballo rojo y negro con el que me había perseguido. Estaba en movimiento, en medio de la refriega. Viendo que se estaba enfrentando a otro jinete, permanecí inmóvil. El pronunció una sola palabra.

-Espera -dijo.

Con dos rápidos movimientos de su espada despachó al oponente. Luego volvió grupas y comenzó a alejarse de la lucha. Vi que las riendas de su caballo había sido alargadas y que permanecían atadas flojamente alrededor de lo que quedaba de su brazo derecho. Le llevó diez minutos apartarse a un lugar de relativa calma. Entonces me contempló, y pude ver que él también estaba estudiando el paisaje que había a mi espalda.

-Sí, estoy aquí arriba -le dije-. Hemos ganado. Eric murió en la batalla.

Me mantuvo la mirada, esperando a que continuara. Su cara no traicionaba ninguna emoción.

-Ganamos porque traje tiradores -dije-. Al fin di con un agente explosivo que funciona aquí.

Los ojos se le achicaron y asintió. Creo que inmediatamente se dio cuenta de cuál era el material y de dónde lo había obtenido.

-Aunque hay muchas cosas que deseo discutir contigo -seguí-, primero quiero ocuparme del enemigo. Si mantienes el contacto, te enviaré a varios cientos de tiradores.

Sonrió.

-Apúrate -dijo.

Llamé a gritos a Ganelón, y me contestó a sólo unos pasos de distancia. Le dije que formara a las tropas en fila de a uno. Asintió y se marchó a dar las órdenes.

Mientras esperábamos, dije:

-Benedict, Dará está aquí. Pudo seguirte por la Sombra cuando viniste de Avalón. Quiero...

Mostró los dientes y gritó:

-¿Quién demonios es esta Dará de la que hablas continuamente? ¡Nunca tuve noticia de ella hasta que apareciste tú! ¡Por favor, dime! ¡Me gustaría saberlo!

Sonreí levemente.

-No me vengas con eso -dije, meneando la cabeza-. Sé todo con respecto a ella, aunque no le he dicho a nadie que tienes una biznieta.

No pudo evitar quedar con la boca abierta y los ojos como platos.

-Corwin -dijo-, o estás loco o te han engañado. No tengo ningún descendiente, que yo sepa. Y eso de que alguien me haya seguido por la Sombra... vine aquí con el Triunfo de Julián.

Por supuesto mi única excusa para no poner en claro las incoherencias de Dará inmediatamente era mi preocupación con el conflicto. A Benedict debían haberle notificado la batalla por medio de los Triunfos. ¿Por qué iba a perder tiempo viajando cuando tenía al alcance de la mano un medio de locomoción instantáneo?

-¡Maldición! -dije-. ¡Ahora debe estar en Ámbar! ¡Escucha, Benedict! Voy a traer a Gérard o a Caine para que conduzcan la transferencia de tropas hacia ti. Ganelón irá también. Da las órdenes a través de él.

Miré a mi alrededor, vi a Gérard hablando con varios de los nobles. Le grité con una urgencia desesperada. Su cabeza giró rápidamente. Entonces comenzó a correr en mi dirección.

-¡Corwin! ¿Qué sucede? -gritó Benedict.

-¡No lo sé! ¡Pero hay algo que anda muy mal!

Le arrojé el Triunfo a Gérard en cuanto se aproximó.

-¡Asegúrate de que las tropas llegan hasta Benedict! -dije-. ¿Está Random en palacio?

-Sí.

-¿Libre o encerrado?

-Libre más o menos. Tendrá algunos guardias cerca. Eric todavía no confía...no confiaba de él.

Me volví.

-Ganelón -llamé-. Haz lo que Gérard te diga. Te va a enviar hasta Benedict. Yo tengo que ir a Ámbar ahora.

-De acuerdo -dijo.

Gérard se dirigió hacia él, y yo busqué entre los Triunfos otra vez. Localicé el de Random y me concentré. En ese momento, finalmente, comenzó a llover.

Hice contacto casi inmediatamente.

-Hola, Random -dije tan pronto como su imagen cobró vida-. ¿Me recuerdas?

-¿Dónde estas? -preguntó.

-En las montañas -le dije-. Acabamos de ganar una batalla, y le estoy enviando a Benedict la ayuda que necesita para limpiar el valle. Aunque ahora necesito tu colaboración. Llévame donde estés.

-No sé, Corwin, Eric...

-Eric está muerto.

-¿Entonces quién tiene al mando?

-¿Quién crees? ¡Llévame!

Asintió rápidamente y tendió la mano. Yo alargué la mía y la cogí. Di un paso. Me encontré a su lado en una terraza que daba a los patios. La barandilla era de mármol blanco, y no había mucha vida abajo. Estábamos en el segundo piso.

Me tambaleé y él cogió mi brazo.

-¡Estás herido! -exclamó.

Negué con la cabeza, y sólo entonces me di cuenta de lo cansado que estaba. No había dormido mucho las noches anteriores. Eso, y todo lo demás...

-No -dije, mirando la sangre reseca que había en mi camisa-. Simplemente cansado. La sangre es de Eric.

Se pasó la mano por el rubio cabello y frunció los labios.

-Así que finalmente lo mataste... -dijo en voz baja.

Sacudí nuevamente la cabeza.

-No. Ya estaba moribundo cuando llegué a él. ¡Ven conmigo ahora! ¡Apresúrate! ¡Es importante!

-¿Adonde? ¿Qué sucede?

-Al Patrón -dije-. ¿Por qué? No estoy seguro, pero sé que es importante. ¡Vamos!

Entramos en el palacio y corrimos hacia la escalera más próxima. Había dos guardias en ella. Pero se pusieron firmes al acercarnos y no intentaron cortarnos el paso.

-Estoy contento de que sea verdad lo de tus ojos -dijo Random mientras descendíamos-. ¿Ves bien?

-Sí. He oído que todavía estás casado.

-En efecto, lo estoy.

Cuando llegamos a la planta baja, nos lanzamos hacia la derecha. Había otro par de guardias al pie de las escaleras, pero no intentaron detenernos.

-Sí -insistió, mientras marchábamos hasta el centro del palacio-. Te sorprende, ¿no es cierto?

-Así es. Pensé que ibas a dejar pasar el año y luego la dejarías.

-Igual que yo -dijo-. Pero me enamoré de ella. De verdad.

-Cosas más extrañas han sucedido.

Atravesamos el comedor de mármol y entramos en un largo y estrecho corredor que conducía al extremo posterior del edificio, entre sombras y polvo. Tuve que reprimir un escalofrío al pensar en qué condiciones me encontraba yo la última vez que había pasado por aquel pasillo.

-Ella realmente se preocupaba por mí -dijo-. Como nunca antes lo había hecho nadie.

Alcanzamos la puerta que daba a la plataforma que escondía la larga escalera de caracol. Estaba abierta. La atravesamos y comenzamos a bajar.

-Yo no -dijo mientras girábamos y girábamos rápidamente-. Yo no quería enamorarme. En aquel momento al menos. Todo el tiempo hemos sido prisioneros. ¿Cómo puede sentirse satisfecha con eso?

-Eso ya ha acabado -dije-. ¿Te convertiste en un prisionero porque me seguiste y trataste de matar a Eric, no es cierto?

-Sí. Entonces ella se vino conmigo.

-No lo olvidaré -dije.

Bajábamos volando. Había que descender a una gran profundidad y sólo había antorchas cada doce metros o cosa parecida. Era una enorme caverna natural. Me pregunté si alguien sabría cuántos túneles y corredores contenía. Súbitamente me sentí abrumado de compasión por cualquiera de los pobres diablos que estarían pudriéndose en sus mazmorras, fuera cual fuere el motivo. Decidí dejarlos en libertad a todos o hallar algo mejor que hacer con ellos.

Pasaron largos minutos. Podía ver el titilar de las antorchas y las linternas abajo.

-Busco a una muchacha -dije-, y su nombre es Dará. Me dijo que era biznieta de Benedict y me dio razones para creerla. Yo le conté cosas referentes a la Sombra, la realidad y el Patrón. Ella posee algún poder sobre la Sombra, y estaba ansiosa por recorrer el Patrón. La última vez que la vi, venía hacia acá. Ahora Benedict jura que no la conoce. Me ha entrado miedo. Quiero mantenerla alejada del Patrón. Quiero interrogarla.

-Es extraño -dijo-. Mucho. Estoy de acuerdo contigo. ¿Crees que ahora puede encontrarse ahí?

-Si no está, creo que pronto aparecerá.

Finalmente llegamos abajo, y yo comencé a correr por las sombras hacia el túnel correspondiente.

-¡Espera! -gritó Random.

Me detuve y me volví. Tardé un momento en localizarle, ya que estaba detrás de las escaleras. Retrocedí.

Mi pregunta no tuvo tiempo de llegar a los labios. Vi que estaba arrodillado ante un hombre grande y con barba.

-Muerto -dijo-. Con una hoja muy fina y bien manejada. Hace poco que ocurrió.

-¡Vamos!

Ambos corrimos hacia el túnel y entramos por él. Su séptimo pasaje lateral era el que buscaba. Desenvainé a Grayswandir mientras nos aproximábamos, ya que aquella puerta grande y oscura de bordes metálicos estaba entreabierta.

La atravesé de un salto seguido de cerca por Random. El suelo de aquella enorme estancia es negro y parece tan liso como el cristal, aunque no es resbaladizo. El Patrón arde sobre él, en su interior: un laberinto brillante de líneas curvas que quizá tenga ciento cincuenta metros de largo. Nos detuvimos en su borde a escudriñarlo.

Había algo allí, recorriéndolo. Al mirar sentí el viejo y vibrante frío que siempre produce aquello. ¿Era Dará? Me resultaba difícil distinguir la figura entre los surtidores de chispas que surgían constantemente a su alrededor. Quienquiera que fuese tenía que ser de sangre real, ya que era de conocimiento común que cualquier otro que lo pisase sería destruido inmediatamente por el Patrón, y este individuo ya había conseguido pasar la Gran Curva y estaba luchando con las complicadas series de arcos que conducían hasta el Velo Final.

Aquella figura con forma de luciérnaga parecía transformarse mientras avanzaba. Durante un tiempo, mis sentidos se negaron a aceptar las fugaces visiones subliminales que debían estar llegando hasta mí. Oí como Random jadeaba a mi lado, y esto pareció romper mi dique subconsciente. Una horda de impresiones inundó mi mente.

Parecía crecer sin límite en aquella cámara de aspecto eternamente insustancial. Luego encogerse, disminuir hasta quedar casi en nada. Por un momento pareció una mujer espigada: posiblemente Dará, con el cabello encendido por el brillo, cayendo en cascada, crepitando con electricidad estática. Luego dejó de ser cabello, para convertirse en grandes y curvos cuernos que nacieran de alguna ancha y borrosa frente, cuyo dueño, de piernas arqueadas, pugnaba por arrastrar las pezuñas a lo largo del resplandeciente camino. Entonces fue otra cosa... Un gato enorme... Una mujer sin rostro... Un ser de alas claras de indescriptible belleza... Una torre de cenizas...

-¡Dará! -grité- ¿eres tú?

El eco me devolvió la voz, y eso fue todo. Quienquiera que fuese, persona o cosa, ahora estaba luchando con el Velo Final. Mis músculos se tensaron con una simpatía no deseada hacia el esfuerzo que estaba realizando.

Finalmente, lo atravesó.

¡Sí, era Dará! Alta y magnífica ahora. Hermosa y de algún modo horrible al mismo tiempo. Su visión desgarró el material de mi mente. Sus brazos se alzaban exultantes y una risa inhumana fluía de sus labios. Yo quería apartar la vista, sin embargo no podía moverme. ¿Había yo

realmente sostenido, acariciado, amado, a *eso!* Me sentía poderosamente repelido y simultáneamente atraído como nunca antes. No podía entender esta abrumadora ambivalencia.

Entonces ella me miró.

La risa cesó. Sonó su alterada voz.

-Lord Corwin, ¿sois soberano de Ámbar ahora?

No sé cómo lo hice pero pude responder:

-Sí, a efectos prácticos -dije.

-¡Bien! ¡Entonces preparaos para vuestra némesis!

-¿Quién eres? ¿*Qué* eres?

-Nunca lo sabréis -dijo-. En este momento... es ya demasiado tarde.

-No comprendo. ¿Qué quieres decir?

-Ámbar -dijo-, será destruida.

Y desapareció.

-¿Qué demonios -dijo Random-, era eso?

Meneé la cabeza.

-No lo sé. Realmente no lo sé. Y tengo la impresión de que averiguarlo es lo más importante del mundo.

Me cogió el brazo.

-Corwin -dijo-. Ella -eso- habla en serio. Y puede ser posible, lo sabes.

Asentí.

-Lo sé.

-¿Qué vamos a hacer ahora?

Envainé a Grayswandir y me volví hacia la puerta.

-Recoger los trozos -dije-. Ahora tengo en la mano lo que siempre pensé que quería, y debo asegurarlo. No puedo esperar a lo que se nos viene encima. Debo buscarla y detenerla antes de que pueda llegar a Ámbar.

-¿Sabes dónde buscarla? -preguntó.

Doblamos por el túnel.

-Creo que está en la otra punta del camino negro -dije.

Avanzamos a través de la caverna hacia las escaleras donde el hombre muerto yacía y giramos ascendiendo por encima de él en la oscuridad.